

## D) EL TERCER ALTHUSSER. COMENTARIOS AL POST-SCRIPTUM A MODO DE EPILOGO DEL LIBRO DE SANCHEZ VAZQUEZ

*"Yo defiendo la dictadura del proletariado. Porque,  
reinstaurada, nos abre la estrategia del comunismo"*

*Louis Althusser*

La última parte de *Ciencia y revolución* está dedicada a comentar los cuatro artículos publicados en 1978 por Althusser en *Le Monde* bajo el título general de *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*.<sup>625</sup> En vistas de la prohibición por parte de la Dirección de PCF de abrir cualquier tribuna libre, Althusser se vio en la necesidad, ante la imposibilidad de proponerlos a *L'Humanité*, de publicar los artículos mencionados en *Le Monde*. Althusser, en su tercera etapa, encabeza una breve, explosiva e infructuosa rebelión en el PCF contra la burocracia partidaria en general y contra G. Marchais, su Secretario General, en particular. Tras de él se halla un puñado de teóricos prestigiados como Etienne Balibar, Jean Pierre Lefebvre, Georges Labica, Guy Bois y Maurice Moissonier, entre otros.<sup>626</sup> Si el primero y el segundo Althusser daban la apariencia de moverse única y exclusivamente en el nivel de la teoría, el tercero se debate sobre problemas directamente referidos al PCF y la lucha de clases en Francia. En sus dos primeras etapas, Althusser parecía dedicarse, como buen filósofo, tan sólo al debate especulativo porque abordaba los problemas teóricos, no referidos a tal o cual país, tal o cual lucha de clases concreta o tal o cual partido comunista, sino en un grado de abstracción que podía convenir, *mutatis mutandis*, a cualquiera de esos sitios, de esas luchas o de esas organizaciones políticas. Sin embargo, el telón de fondo de esos pronunciamientos teóricos era la organización política del propio Althusser: el PCF. El primer Althusser, en efecto, no combatió en contra del humanismo, el historicismo, el evolucionismo, etc., tan sólo porque fueran posibles desviaciones del marxismo en general, sino porque habían encarnado en la organización política de la cual él era militante. Althusser se lanzó, pues, a la ofensiva, aunque empleando cautamente la estrategia de un complicado rodeo que incluía una discusión filosófica y científica estructurada de manera sumamente general y en ocasiones no exenta del barroquismo de una especialización exagerada. Los frutos no se hicieron esperar. Los burócratas del partido –y sus múltiples aliados y corifeos extrapartidarios– exigieron acallar a un teórico que cuestionaba en realidad

(aunque lo hiciera en un nivel tal de abstracción que al principio parecía no representar ningún peligro) la forma en que tenía lugar la *práctica teórica* dentro del partido y su Dirección. Había que buscar, entonces, los "lados flacos" de Althusser. Y bien que los tenía. Los dirigentes del Partido pasaron, pises, a la ofensiva. Directa o indirectamente se le acusó –en concordancia con no pocos críticos ajenos al Partido– de teorista, positivista, formalista, kantiano, estructuralista. Ante la ofensiva burocrática, Althusser se vio en la necesidad de replegarse. Ya hemos analizado las vicisitudes de esta retirada. La honestidad de nuestro pensador no podía menos que obligarlo a reflexionar sobre sus "vicios", sus "provocaciones teóricas" carentes de la matización pertinente, sus afirmaciones unilaterales, en una palabra, sus "lados flacos". Su autocrítica –la esencia del segundo Althusser– es el intento de tomar conciencia de sus limitaciones. Tomarla, como respuesta tanto a aquella parte de la ráfaga de críticas que le parecía justa, cuanto a la exigencia de rectificación que brotaba de la interioridad de su espíritu. La rectificación, sin embargo, no cambió las cosas: ni el PCF modificó su línea ni se mejoró la situación de nuestro pensador dentro del Partido. Además, tuvieron lugar entonces acontecimientos políticos importantes en Francia, entre los que destaca la alianza de PCF y del PS para luchar conjuntamente en las elecciones y el fracaso de esta política a continuación. Este es el momento en que madura el tercer Althusser. Un Althusser que, a diferencia del primero y del segundo, ya no va a combatir las deformaciones del Partido de manera indirecta, a través del rodeo de la teoría, sino que, por primera vez, se va a lanzar a denunciar *lo que no puede durar en el Partido Comunista*. Ya no va a tratarse de una *lucha teórica* que se destaca en un trasfondo político, sino de una *lucha política* que se destaca en un trasfondo teórico. Y, además, va a pasar Althusser nuevamente a la ofensiva.

En el primer artículo, Althusser somete a una severa crítica la estrategia seguida por la Dirección del PCF con motivo de la unión de los dos grandes partidos "de izquierda" y la derrota electoral a que fueron sometidos. Althusser critica, verbigracia, la política de alianzas del PCF. Dice al respecto: "hay alianzas y alianzas. Y sobre este punto se oponen dos concepciones límite. O bien se conciben las alianzas en términos de *contrato* suscrito entre organizaciones políticas consideradas como 'propietarias' de su electorado, o bien se conciben en términos de *combate* de la parte organizada de la clase obrera para extender su influencia. En el primer caso se trata de, aplicar una concepción jurídica y electoralista... En el segundo caso... se trata de una concepción que... compromete directamente al Partido en la lucha de masas para extender su audiencia y conquistar posiciones más amplias... La cuestión, en definitiva, es de la primacía: o *primacía de contrato*, o *primacía del combate*".<sup>627</sup> Esto se relaciona con el problema del *tope electoral* o el número de votos que

obtiene cada partido. El tope de votos del PCF, hace notar Althusser, no reside ante todo en la pequeñaburguesía, como lo afirma la burocracia partidaria, sino *en la clase obrera misma*: "Sólo el 33 por ciento de sus votos fue al PS, el 20 por ciento a la derecha, y el resto se ha refugiado en la abstención".<sup>628</sup> Cumplida su tarea autocrítica, orientada en el sentido que esclarecen los ejemplos citados, Althusser "se asigna un objetivo de más largo alcance: analizar el mecanismo interno de la organización en la que el error, lejos de reconocerse y analizarse, 'es suprimido autoritariamente... en virtud del principio de que el Partido siempre tiene razón'".<sup>629</sup> Althusser actúa en este momento de manera semejante a como lo hizo en México José Revueltas en 1958-59: ambos parten de un fracaso notorio de la política partidaria (Althusser del "tropiezo" electoral de las izquierdas, Revueltas de la derrota del movimiento ferrocarrilero), los dos someten a una crítica severa la política seguida por el partido en un caso y otro (Althusser el tipo de alianza que concertaron el PCF y el PS, el ocultamiento de la lucha de clases en el Informe de Marchais, etc., Revueltas la incapacidad de repliegue del PCM, etc.), los dos vuelven los ojos inmediatamente, después a la propia organización (Althusser para denunciar por que la crítica de la base a la Dirección no puede prosperar en el PCF, Revueltas para hacer ver que el problema del PCM, en cuanto tal, no era cometer tal o cual error, sino *estar incapacitado para acertar*). Los dos, por consiguiente, se convierten en *críticos del centralismo democrático*. Revueltas fue, sin embargo, más allá que Althusser, en virtud de que llegó a la conclusión de que el PCM adolecía de *irrealidad histórica*, o, lo que es igual, que el Partido existente actualmente en México no representaba, a través de toda su historia, los intereses –científicos y revolucionarios– de la clase obrera, en virtud no de una mala política o de tales o cuales errores estratégicos o tácticos, sino *por razones estructurales*. Como veremos más adelante, Althusser se halla a punto de sostener, aunque no con estas palabras, la *tesis de la irrealidad histórica del PCF*.

¿Qué es lo que no puede durar en el PC? No es otra cosa que "su estructura y funcionamiento calcados, por un lado, del aparato del Estado burgués en cuanto que reproduce en su seno 'el modo de funcionamiento burgués de la política' (sus formas de dominación y el cuerpo mismo de la dirección) y, por otro, del aparato militar con su división vertical en compartimientos estancos (cada militante queda encerrado en la 'columna ascendente' que va desde su organización de base hasta el CC, sin que pueda entrar en una 'relación horizontal' con los militantes de otra 'columna')".<sup>630</sup> El resultado de este doble calco es la conformación de un *mecanismo partidario* que produce de manera espontánea la separación entre los dirigentes y los militantes y entre el partido y las masas. Las grandes cuestiones son tratadas en la cúspide por un reducido número de dirigentes, expertos o especialistas y no por comunistas de base. Althusser lo dice en esta forma:

"El hecho de que el partido, y en base a la tradición stalinista, la teoría sea 'propiedad' de los dirigentes y que esta 'propiedad' de la teoría y de la verdad disimule otras 'propiedades', las de los militantes y las propias masas, no debe interpretarse en términos individuales, sino en términos de sistema".<sup>631</sup> El producto de la máquina-partido "es un tipo de militante – escribe Sánchez Vázquez exponiendo el pensamiento del tercer Althusser– que se caracteriza por su incondicionalidad, y puesto que 'el partido –es decir, la dirección– siempre tiene razón' este militante expresa su adhesión total y acrítica a los dirigentes que 'encarnan para él la unidad y voluntad del partido'. También la verdad; de ahí que piensen por la base misma. La teoría, por consiguiente, se considera propiedad de un grupo y se adelanta a los análisis concretos, que se vuelven superfluos, ya que no son más que la 'aplicación' de una verdad superior".<sup>632</sup> Althusser asocia deliberadamente el PCF con la noción de máquina porque es el término, nos dice, que emplean Marx y Lenin sobre el Estado. El partido es, pues, un Estado "dentro" del Estado, un Estado en miniatura. Pero un Estado-máquina calcado del modelo burgués. Dice nuestro filósofo: "*He aquí el aspecto parlamentario del partido*. En un extremo se encuentra la masa de militantes, que discuten libremente en sus células y secciones. Es el 'pueblo soberano': pero esto acaba cuando se llega al techo de los secretariados de federación, dirigidos por permanentes. Aquí es donde se produce la ruptura y el aparato adquiere preponderancia sobre la base".<sup>633</sup> Se supone, añade Althusser, que el CC, electo por los delegados de la federación, es el órgano legislativo y ejecutivo del partido. Pero ¿qué pasa? "En la práctica, este órgano soberano sirve más como caja de resonancia de las decisiones de la dirección y como garantía de su aplicación, que para proponer cualquier novedad. Nunca se ha sabido de una iniciativa del CC".<sup>634</sup> A raíz del fracaso electoral, Althusser anota que en el PCF haya un hecho nuevo: el que los militantes, al mismo tiempo que esperan explicaciones de la dirección, las buscan por sí mismos, como lo muestra el hecho de que se despertó en los organismos de base una agitada discusión en relación con los últimos acontecimientos. "En cuanto a la propuesta de G. Marchais: 'Hay que discutir, está muy bien', los comunistas saben lo que esto significa en la *práctica*: discutir en el *aislamiento* de las células, quizá en una conferencia de sección y nada más".<sup>635</sup> Es de aclarar que en el PCF existe el sistema de elección indirecta llamado de la "delegación a tres niveles" (célula-sección, sección-federación y federación-Comité Central).

El tercer Althusser critica vigorosamente la forma en que opera el centralismo democrático de su Partido. Es cierto que dice: los militantes de base –entre los que se incluye– "creen que el centralismo democrático puede y debe ser conservado, a condición de cambiar sus reglas y, más aún, su práctica";<sup>636</sup> pero, como dice Sánchez Vázquez, "aunque Althusser afirma que no se trata de renunciar al centralismo democrático, sin

embargo las medidas que propone, particularmente la 'relación horizontal', introducen en él una modificación tan profunda que a duras penas podría ser reconocido".<sup>637</sup> Althusser hace notar que en el Partido se suele hablar de una circulación descendente y una circulación ascendente; pero ambas, de acuerdo con un "centralismo democrático" que de democrático no tiene sino el nombre, no operan de igual manera dentro de la fisiología interna de la organización. En efecto, "si la 'circulación ascendente' se interrumpe a nivel federación, sin cuyo acuerdo no llega nunca a la cumbre, la 'circulación descendente' no tropieza por lo contrario con ningún obstáculo en la columna: todas las órdenes de la dirección llegan a la base".<sup>638</sup> Althusser, combate, pues, la *com-partimentación* vertical que recuerda, como hemos dicho, la estructura de la jerarquía militar. Nuestro filósofo no ignora que "cualquier tentativa de establecer una 'relación horizontal' sigue siendo considerada como 'fracciona' ".<sup>639</sup> Pero está convencido de que la relación horizontal o relación intercelular permite "el libre cambio generalizado de experiencias y análisis" y, con él, la sustitución de unidad partidaria artificiosa y dogmatizada por una unidad viva susceptible de rectificar los yerros y ratificar los aciertos. Reconoce, claro, "que hay circunstancias, como las de la clandestinidad, bajo la Resistencia, en que esas formas de organización se justifican, pero 'en las condiciones actuales', se han vuelto caducas, anacrónicas y esterilizantes no sólo para los militantes, sino también para las masas".<sup>640</sup> Sánchez Vázquez, en la exposición de las ideas centrales del tercer Althusser —expuestas en los artículos de *Le Monde*—, llama la atención sobre dos puntos: la *apropiación* de la teoría por una cúpula dirigente y la forma de organización (centralismo-verticalismo) que impide establecer la adecuada circulación entre la dirección y la base y entre el partido y las masas. "A nuestro modo de ver —dice a continuación— ambos aspectos se hallan indisolublemente unidos: la apropiación del saber requiere un centralismo y verticalismo absolutos, en tanto que el acceso a la teoría mediante el libre intercambio generalizado de ideas y experiencias de los militantes... es incompatible con la división del partido en compartimentos estancos".<sup>641</sup>

Hay algo muy importante que hemos dejado en el tintero. El tránsito del primero y el segundo Althusser al tercero es, aunque éste último no lo plantee en los mismos términos, la conversión de su adhesión a la teoría leninista del partido por una concepción sobre la organización política que se aproxima notoriamente a la sostenida por Rosa Luxemburgo. Esta "luxemburgización" de Althusser es, asimismo, una de las razones políticas de fondo de la coincidencia que Sánchez Vázquez cree hallar entre los planteamientos del tercer Althusser y los suyos propios. Sánchez Vázquez hace notar que Althusser, en su tercera etapa, "critica la organización para la cual la realización del interés objetivo pasa sólo por la conciencia que viene de fuera, 'como se dice desde Kautsky', y no de dentro

de la lucha de clases".<sup>642</sup> Althusser "reivindica 'el análisis (que) viene así espontáneamente de la base', así como el intento de 'reflexionar como marxistas', es decir, ante todo como mujeres y hombres capaces de 'pensar por sí mismos' (Marx)..."<sup>643</sup> Con esto queda minada la teoría leninista del partido, la teoría que ha servido para justificar la concepción del partido como *propietario* de la conciencia teórico-política (de hecho monopolizada por la Dirección), así como para escindir la cúspide y la base, el Partido y las masas.<sup>644</sup> Remitiéndose a la tradición marxista, Althusser afirma que la liberación de la clase obrera es obra de ella misma y que no debe contar, en su proceso emancipatorio, con fuerzas ajenas. "De lo cual se desprende claramente que si la conciencia no es propiedad de un centro..., también los militantes y las propias masas pueden elevarse desde dentro, desde la lucha de clases, a ciertos niveles de ella".<sup>645</sup> Por consiguiente, las críticas de Althusser al PCF en el terreno organizativo (culto del Partido, autoritarismo de la dirección —el CC es la "santa concentración" de las deformaciones del Partido—, verticalismo absoluto, manipulación de los militantes, separación del partido y las masas. etc.) coinciden con su debate en contra de la doctrina kautskiano-leninista de la conciencia que "viene de fuera" y del saber como *propiedad privada* de los dirigentes, o, como decía Bakunin, de los "ingenieros sociales". En esta dirección hay que interpretar la crítica althusseriana a la frase de G. Marchais de que hay que "impregnar a los trabajadores" de una justa orientación política, ya que "impregnar es dar desde el exterior la conciencia de una verdad de la que no se tiene conciencia".<sup>646</sup> Y Althusser añade: "todo este lenguaje revela una concepción religiosa de la Verdad, que subsiste íntegra en la dirección y en muchos militantes, y una concepción de la relación entre el partido y las masas en la que es el partido (la dirección) quien detenta el pleno derecho de conciencia, con la cual hay que "impregnar" a las masas".<sup>647</sup>

Volvamos a Sánchez Vázquez. "Lo que está en juego —nos dice— en las cuestiones organizativas tratadas por Althusser es el problema medular de las relaciones entre la teoría y la práctica".<sup>648</sup> En el partido no debe, no puede perdurar una forma organizativa que da prioridad a la teoría. Volviendo a Marx, y en contra del vanguardismo leninista, Althusser no busca hegeliana-mente el origen de la teoría "en un terreno puramente teórico, con independencia del movimiento obrero, sino en la práctica misma".<sup>649</sup> La práctica ya no es vista como simple aplicación de la teoría. La determinación de lo teórico por lo práctico ya no se reduce sólo a la *causación teleológica*. La práctica "recobra así sus derechos en el universo del pensamiento althusseriano".<sup>650</sup> El enfoque del tercer Althusser no puede dejar de afectar, piensa su crítico, profundamente al modo de concebir las relaciones entre la teoría y la práctica del primer Althusser y aun del segundo. "Es indudable que su manera de abordar los dos puntos antes señalados [ 1) papel de práctica... en la formación de la conciencia... y 2)

forma de organización que permita a los militantes ese acceso a la teoría...] no deja espacio habitable al teoricismo".<sup>651</sup> El acorde final del texto de Sánchez Vázquez es, entonces, altamente significativo: "En nuestro libro habíamos llegado a la conclusión de que Althusser, pese al severo e insistente esfuerzo autocrítico..., no había llegado a superar el teoricismo. Ahora, a la vista de los artículos de *Le Monde*, en la medida en que sus planteamientos en cuestiones organizativas afectan al problema medular de las relaciones de la teoría y la práctica, llegamos a la conclusión de que, en este problema, Althusser alcanza un punto de no retorno a su teoricismo anterior".<sup>652</sup>

El primer Sánchez Vázquez coincide, por consiguiente, con el tercer Althusser. Pero antes de analizar las posiciones de éste último, y las opiniones de Sánchez Vázquez al respecto, realicemos una lectura crítica de dos textos althusserianos de innegable importancia para entender las tesis que caracterizan al tercer Althusser.

2. Sánchez Vázquez no tuvo la oportunidad, al parecer, de entrar en conocimiento de dos artículos esenciales del Althusser de la tercera etapa:

1. "Algunas cuestiones de la crisis de la teoría marxista del movimiento comunista internacional" (texto de la conferencia pronunciada por Althusser en el Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos técnicos de Catalunya el día 6 de julio de 1976), 2. "Sobre el alcance histórico del XXII Congreso" (intervención en un debate organizado por el Círculo de la *Unión d'Etudiants Communistes*, Filosofía, en la Sorbona, París), ambos publicados en español, junto con otros ensayos, en el volumen *Nuevos escritos*".<sup>653</sup>

El primer artículo gira en torno esencialmente del problema de la dictadura del proletariado y del abandono de dicho concepto por parte del XXII Congreso del PCF. Althusser anota el hecho paradójico de que el Partido abandonó oficialmente, en el Congreso mencionado, la noción de dictadura del proletariado; "pero el mismo Congreso votó por unanimidad una resolución que se apoya enteramente, de la *a* a la *z*, en la dictadura del prole-tariado, aunque no la nombre ni una sola vez".<sup>654</sup> Althusser sugiere que el partido suprimió, por razones tácticas, su formulación estratégica fundamen-tal. Algo así como volver clandestinos los objetivos reales del Partido. Pero el problema de la dictadura del proletariado tiene su historia, su historia en Marx y Engels, en Lenin y Stalin. Se puede afirmar que este tema se encuentra en la *orden del día* de todos los partidos comunistas. "Está en la orden del día en la Unión Soviética desde 1936, es decir, después de que Stalin declaró oficialmente que la dictadura del proletariado ya se había dejado atrás en la URSS... Pero al tiempo que Stalin afirmaba que la dictadura del proletariado había sido sobrepasada en la URSS, declaraba que era indispensable para los otros partidos comunistas, puesto que todavía no habían llegado, como lo había hecho la URSS, al

socialismo".<sup>655</sup> Althusser comenta lo anterior, de la siguiente forma: "debo decir que esa idea de Stalin, de que, cuando una formación social alcanza el socialismo... este país ha sobrepasado la dictadura del proletariado, es una idea que contradice todas las tesis de Marx y Lenin..."<sup>656</sup>

El PCF, el PCI y el PCE, forman la "trinidad de partidos eurocomunistas" que, como se sabe, han abjurado de hecho o de derecho de la noción de dictadura del proletariado. Althusser analiza brevemente la situación al respecto del PCI. Es verdad que este Partido, al acabar la guerra y por influencia de Togliatti, suprimió de sus estatutos la mención de la dictadura del proletariado. Fue, por así decirlo, el pionero en el abandono factual de esta tesis que Lenin consideraba –recuérdese *El Estado y la revolución*– el criterio esencial para definir a un partido como revolucionario. Pero "se interesa en ella, puesto que nunca la ha abandonado oficialmente, y puesto que toda su política se apoya en la teoría que Gramsci desarrolló en torno a la noción de "hegemonía".<sup>657</sup> Mas "en Gramsci, la noción de hegemonía es una noción ambigua, en particular cuando da a entender que la hegemonía, que en un principio es el consenso que obtiene una clase cuando consigue tomar el poder de Estado, puede existir *antes* de la toma del poder del Estado".<sup>658</sup> Sugiere Gramsci, o por lo menos es lo que afirman algunos de sus comentaristas (ubicados en la línea interpretativa de Togliatti), "que la hegemonía anterior a la toma del poder del Estado no es sólo una hegemonía del proletariado sobre sus aliados (que es la tesis de Lenin) sino una hegemonía *sobre toda la sociedad*".<sup>659</sup>

La dictadura del proletariado sería, en estas condiciones, el medio privilegiado para la toma del poder y para asegurar, con ello, *la hegemonía proletaria. Dicho de otro modo, de acuerdo con "estos intérpretes de Gramsci, que son muy sutiles, más sutiles que el mismo Lenin, que nunca consideró esta posibilidad, la hegemonía del proletariado presenta la característica extraordinaria de existir antes de las condiciones históricas, es decir económicas, políticas e ideológicas de su propia existencia, o sea antes de la toma del poder de Estado"*.<sup>660</sup>

Lo cual es un círculo vicioso. Pero, aunque "no se puede estar indefinidamente ante un círculo vicioso", "eso es lo que hacen los intérpretes de Gramsci... En todo caso, si el círculo está cerrado, la cuestión permanece abierta, y se solucionará con el desarrollo de la lucha de clases en Italia"<sup>661</sup>

Lo que está en juego es, pues, la idea misma de la dictadura del proletariado. Avancemos que Althusser, junto con Balibar y otros, es uno de los teóricos que mayor resistencia pusieron ante el abandono de las tesis marxistas de la dictadura del proletariado. Y la razón de ello estriba, al decir del propio Althusser, que dicho concepto "posee el estatuto de un concepto científico, sólido, lo más sólido que pueda haber, como una verdad científica demostrada"<sup>662</sup> Pero no todos están de acuerdo con ello.



Los dirigentes del PCF, por ejemplo, piensan que el cambio de las circunstancias, la emergencia de nuevas condiciones históricas, obligan a los marxistas en general y al PCF en particular a modificar creativamente sus planteamientos y a transformar, para enriquecerla y ponerla en consonancia con el cambio de los tiempos, la línea política. Argumentan, pues, de manera historicista. Dan cuerpo historicista a su revisionismo político. Pero "la interpretación historicista de la dictadura del proletariado defendida por los dirigentes del partido francés es evidentemente un absurdo ya que un concepto científico, una verdad objetiva no puede, como ha dicho un dirigente del partido francés, ser sobrepasada 'por la vida' ".<sup>663</sup> Para no perderse en malos entendidos y ambigüedades, Althusser recomienda tener presente la distinción entre la dictadura del proletariado y las formas políticas por las cuales se ejerce. La primera es necesaria, las segundas contingentes. La primera, desde el punto de vista de la emancipación obrera, es insoslayable. Las segundas pueden asumir una modalidad u otra de acuerdo con las condiciones históricas concretas. "Es innegable que –nos dice el tercer Althusser–, en la tradición histórica y política..., el concepto de dictadura del proletariado se identifica hoy, en un 100%, con la toma violenta del poder de Estado... Pero... esta identificación no corresponde a ninguna necesidad teórica, ni tampoco a ninguna necesidad histórica general".<sup>664</sup> Del concepto de dictadura del proletariado no se pueden deducir las formas históricas concretas de la toma del poder. Estas formas deben deducirse del análisis de la realidad social, tanto en sentido nacional cuanto internacional.

El problema de la dictadura del proletariado nos remite a la cuestión de la teoría marxista del Estado. Después de aludir a la concepción marxista de las clases y la lucha de clases, después de subrayar –afirmación importante que ya había hecho acto de presencia en la *Respuesta* a Lewis— de que, en Marx, existe "la preeminencia de la lucha de clases sobre las clases",<sup>665</sup> Althusser reivindica expresamente, contra las interpretaciones eurocomunistas y "gramscianas" del Estado, el carácter *instrumental* de éste. Nos dice: "El Estado, instrumento del dominio de clase al servicio de la clase dominante, no sólo sirve para intervenciones concretas (violentas o no), sino, sobre todo, para la reproducción de las condiciones generales (jurídicas, económicas, políticas e ideológicas) de las relaciones de producción, y por consiguiente de las relaciones de clases que existen en provecho de la clase dominante".<sup>666</sup> Este tema no es, desde luego, nuevo para Althusser. Lo ha tratado no sólo en su primer escrito sobre los Apartados Ideológicos de Estado (que ya comentamos) sino en la "Nota sobre los Apartados Ideológicos de Estado (AIE)", de diciembre de 1976, en que, entre otras cosas, Althusser intenta responder a quienes lo han acusado de caer en tesis *funcionalistas* en lo que se refiere a los AIE.<sup>667</sup> El Estado, confirma Althusser, no sólo es un instrumento, sino aún más: un

*aparato* o una *máquina*. "Al igual como la máquina de vapor –arguye metafóricamente– opera la transformación del calor en movimiento, el Estado es la máquina que transforma las relaciones de fuerza de la lucha de clases en relaciones jurídicas reguladas por leyes".<sup>.668</sup> En la sociedad moderna. "sólo una clase puede detentar el poder del Estado, o la burguesía o el proletariado".<sup>.669</sup> Independientemente de sus formas gubernamentales, el Estado es en esencia la dictadura de la minoría sobre la mayoría o viceversa. Retengamos en la memoria esta afirmación binarista porque de ella depende, como veremos después, buena parte de las limitaciones que caracterizan la concepción filosófica y política de Althusser.

3. El artículo "sobre el alcance del XXII Congreso" es también un producto muy característico de la tercera etapa de Althusser. Aquí subraya nuestro filósofo que es imposible hacerse una clara idea del significado del XXII Congreso del PCF si no se tienen presentes dos grandes crisis que dominan la situación política mundial: por un lado la crisis, cada vez más grave, del imperialismo y, por otro, la crisis, también cada vez más severa, del movimiento comunista internacional. El imperialismo, que vivió etapas críticas durante la primera guerra mundial y en 1929, asiste a su tercera crisis prerrevolucionaria. Sin embargo, a pesar de ésta, el imperialismo dispone de fuerzas y recursos considerables "para hacerles pagar a la clase obrera interna

cional, a los países del tercer mundo, a sus trabajadores emigrantes y a los países capitalistas dependientes, la factura de su crisis y el mantenimiento, el restablecimiento o el afianzamiento de su supremacía".<sup>.670</sup> En las actuales circunstancias, es peligroso subestimar la fuerza del imperialismo y la del Estado burgués: "el que esté dominado por su fracción monopolista no le impide mantener y restaurar su base de masas".<sup>.671</sup> *Paradójicamente*, hace notar el autor del artículo, "nunca el movimiento revolucionario ha sido tan potente a nivel mundial como desde el momento en que el movimiento de liberación y de independencia del tercer mundo se unió a la lucha anticapitalista de las metrópolis. Pero también paradójicamente nunca la crisis del movimiento comunista internacional, abierta (escisión chino-soviética) o latente (conflicto entre el movimiento comunista occidental y la URSS) había sido tan aguda".<sup>.672</sup>

El documento del Congreso es una especie de Manifiesto político que explica a los franceses, y no sólo a la clase obrera, el tipo de sociedad por el que luchan los comunistas: el *socialismo*. "Obsérvese una diferencia importante: el XXII Congreso no hablaba del socialismo, sino del Programa Común; en cambio, todo el documento del XXII Congreso *está centrado en el socialismo*".<sup>.673</sup> ¿Cuál es la originalidad de este XXII Congreso en su tratamiento del problema de las vías para lograr el socialismo? "La principal novedad –responde Althusser– es afirmar que toda esa estrategia *será democrática y pacífica*... El pueblo francés no dará

el paso al socialismo por medio de la coacción, sino democráticamente, mediante el voto, con toda libertad".<sup>674</sup> Por primera vez en la historia, proclama el XXII Congreso, el paso al socialismo *puede* ser pacífico, por primera vez existe la posibilidad de un *socialismo democrático de masas*. El XXII Congreso, por otra parte, abandona la noción de la dictadura del proletariado y paso violento al socialismo, la recusación de éste último (a favor de un tránsito pacífico al socialismo), acarrea necesariamente el rechazo de la dictadura del proletariado. Althusser saca a relucir, por consiguiente, una argumentación que, aunque esquemáticamente, ya conocíamos: "la expresión *dictadura del proletariado* encierra elementos relativamente *contingentes* y elementos *necesarios*".<sup>675</sup> Y añade: "la cuestión del paso pacífico al socialismo es un elemento *contingente*: estamos en la lucha de clases, si la relación de fuerzas es altamente favorable al proletariado y a los trabajadores, y altamente desfavorable al imperialismo y a la burguesía nacional, *en este caso* el paso pacífico es posible... La realización de una alianza de clases lo más amplia posible *en torno al núcleo fuerte de la clase obrera...*, es también un elemento *contingente*..."<sup>676</sup> ¿Qué quiere decir "elementos contingentes de la dictadura del proletariado"? Significa que esas condiciones *pueden darse o no darse*. No se dieron en 1917. La revolución estalló, entonces, de manera violenta, y con alianza de clase entre los obreros y los campesinos cuya fragilidad se evidenció después. "Por el contrario, hay en el concepto de dictadura del proletariado elementos que no son *contingentes* (que no dependen de las circunstancias), sino *necesarios*, sin los cuales la revolución puede tropezar y fracasar. Lo esencial de la cuestión de la dictadura del proletariado en la actualidad se encuentra *en la cuestión del socialismo y en la cuestión del Estado*."<sup>677</sup> ¿Qué argumentos se han dado para excluir del programa del PCF la estrategia de la dictadura del proletariado? "Se ha dicho que después de Hitler, Mussolini, Franco la palabra 'dictadura' se ha convertido en 'intolerable'. Se ha dicho también que el proletariado, núcleo fuerte de la clase obrera, es *demasiado reducido* para la amplia unión popular que queremos".<sup>678</sup> Althusser denuncia el hecho de que, cuando "los comentaristas del abandono de la dictadura del proletariado decían: dictadura = Hitler, Mussolini, etc...", en realidad estaban diciendo: *dictadura = Stalin y su socialismo. En realidad querían decir: no queremos un socialismo como éste, nunca más*".<sup>679</sup>

La cuestión de la dictadura del proletariado se relaciona, dice Althusser, con dos problemas: el del socialismo y el del Estado. En el XXII Congreso, el socialismo "no se ha presentado como lo que es: un *período de transición contradictorio* entre el capitalismo y el comunismo, sino, al contrario, como la terminación de un proceso, o, hablando claramente, como un *modo de producción estable*..."<sup>680</sup> Althusser afirma resueltamente que el socialismo no es un modo de producción sino un *régimen de*

*transición*. "Contrariamente a los modos de producción –puntualiza–, que se definen por sus relaciones de producción, el socialismo no puede definirse por sí mismo, por sus relaciones de producción..., sino por la contradicción entre el capitalismo, del que ha salido, y el comunismo, del cual es la primera fase: es decir, en función de su posición ante el comunismo..."<sup>681</sup> Lejos, entonces, de hacer énfasis en la contradicción decisiva *capitalismo/comunismo* que caracteriza la fase de transición socialista, el XXII Congreso presenta ésta última como la *solución general*, sin contradicciones, de la lucha obrera y popular. No considera, por consiguiente, al socialismo dentro de la *estrategia del comunismo*. Otro tanto ocurre con la cuestión del Estado. Althusser aclara que no se refiere "al Estado burgués que seguirá existiendo con la aplicación del Programa Común",<sup>682</sup> sino al Estado que resulte de la revolución socialista, suponiendo que el paso hasta él sea pacífico".<sup>683</sup> En este punto es en el que la dictadura del proletariado muestra su *necesidad*. Marx y Lenin insistieron en que al Estado burgués –dice Althusser– "había que destruirlo y... relacionaron esta *destrucción*... con la *desaparición* ulterior del nuevo Estado revolucionario, desaparición indispensable *para que el socialismo no vaya alargándose indefinidamente, sino que lleve al comunismo*".<sup>684</sup> Por haber abandonado, de modo precipitado y sin matizaciones, el concepto de la dictadura del proletariado, "el XXII Congreso se ha visto desgraciadamente privado de la posibilidad de pensar la *destrucción* y la *desaparición* del Estado de otra manera que no sea la acaramelada fórmula de la *democratización del Estado, como si la simple fórmula jurídica de la democracia en general, pudiera bastar, no ya para analizar y resolver, sino ni siquiera para plantear de manera correcta los temibles problemas del Estado y de sus aparatos, que son problemas de clase y no problemas de derecho*".<sup>685</sup>

Los errores respecto a la concepción del socialismo y el Estado, le hacen volver los ojos a Althusser al organismo que yerra: al Partido. Y a la forma organizativa que en lugar de ayudar a salir de los errores, los afianza y perpetúa: al centralismo democrático en su versión tradicional de prosapia stalinista.<sup>686</sup> Althusser pregunta ¿a que responde el centralismo democrático? Y contesta: "A la necesidad política vital de asegurar la unidad de pensamiento y la unidad de acción del partido a fin de replicar victoriosamente ala lucha de clases burguesa".<sup>687</sup> ¿Cuál es su forma *ideal* de operar? "Su mecanismo es sencillo –explica nuestro intelectual comunista–: las decisiones son libremente discutidas y democráticamente aceptadas en cada escalón del partido (célula, sección, federación, congreso). Una vez que han sido aceptadas por el Congreso del Partido son obligatorias para cada militante en la acción. Pero con tal de que se acepte esa disciplina cada cual puede mantener su punto de vista. Así pues, en principio las cosas son claras, incluso transparentes. Pero en la realidad son más-

complicadas. Es suficiente, por ejemplo, con observar que los delegados a un Congreso, órgano soberano del Partido, son elegidos en una votación mayoritaria en tres turnos (células-secciones, secciones-federaciones, federaciones-Congreso), que ni siquiera es la fórmula más avanzada de la democracia formal, y que elimina automática-mente *toda discrepancia* en las sesiones plenarias del Congreso, el cual llega por lo general a decisiones unánimes sin una *verdadera discusión*".<sup>688</sup>

Ya en la época de Lenin –subraya Althusser– la cuestión organizativa se planteó de tres formas: las *fracciones*, las tendencias y un centralismo democrático sin fracciones ni tendencias. "Lenin siempre estuvo en contra de las fracciones –aclara nuestro filósofo–, a las que acusaba de descomponer el partido en organizaciones autónomas, para acabar por destruirlo. Pero Lenin fue partidario en todo momento de las *tendencias*, aunque éstas puedan degenerar en fracciones".<sup>689</sup> ¿Debemos aceptar esa formulación de Lenin: fracción no, tendencias sí?, se pregunta Althusser. Y responde: "a esa cuestión enormemente delicada personalmente me inclinaría por responder con una negativa; porque yo creo que, por sus formas teóricas y prácticas, la organización en tendencias estables tiende a reproducir en un partido que no es burgués, sino proletario, obrero, *una forma típicamente burguesa* de representación de las corrientes de opinión..."<sup>690</sup> Althusser reconoce, desde luego, que en un "gran partido vivo" existen siempre *contradicciones* (o puntos de vista discrepantes) y tendencias que las ponen de relieve. No se trata de negar esto. "Pero, en cambio, *el reconocimiento jurídico y la institucionalización de las tendencias* no me parece la mejor manera de resolver esas contradicciones, o de sacar el mejor partido de ellas en el seno del partido obrero revolucionario".<sup>691</sup> Althusser aclara enfáticamente que si rechaza el reconocimiento de las tendencias en el interior del Partido, "no debe ser para *retroceder hacia menos libertad* o hacia la destrucción de toda libertad en el Partido como hizo Stalin".<sup>692</sup> Debe ser, por lo contrario, "*para ir más allá, hacia más libertad*, para poder así responder a las exigencias de la práctica política de la vanguardia de la clase obrera y a la llamada del XXII Congreso".<sup>693</sup>

4. Si leemos con detenimiento los tres textos básicos de la tercera etapa de Althusser, esto es, *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*, *Algunas cuestiones de la crisis de la teoría marxista del movimiento comunista internacional* y *Sobre el alcance histórico del XXII Congreso*, advertimos que todos giran en torno de las siguientes cuestiones: las *clases sociales*, el *Estado*, el *Partido* y el *socialismo*. Hagamos, pues, cuatro apartados para comentar críticamente en ellos las opiniones que le merecen cada uno de esos temas al tercer Althusser.<sup>694</sup>

a) *El problema de las clases sociales*. Aunque no se detiene Althusser demasiado en este punto, aunque sólo nos brinda observaciones

superficiales al respecto, resulta indudable que el problema de las clases sociales, de la interpretación althusseriana de ellas, es el *telón de fondo* en el que actúan y adquieren sentido los otros temas: el del Estado, el Partido y el socialismo. Althusser retoma en el escrito *Algunas cuestiones de la crisis...* su concepción, expuesta en la *Respuesta a Lewis*, de "la preeminencia de la lucha de clases sobre las clases". Althusser opina con justa razón, a nuestro entender, que debe rechazarse la concepción ideológica de que primero existen las clases sociales y luego entran en pugna, de que la existencia precede al conflicto; cree, en cambio, que *la forma de existencia de las clases es su lucha*. Todo velamiento de la existencia de las clases y su pugna le parece reprobable e indicio de que se está sustituyendo el marxismo por alguna forma de planteamiento burgués. Por eso se conduce, en *Lo que no puede durar...*, de que en el Informe de Marchais, a raíz del fracaso electoral de la alianza entre socialistas y comunistas, no aparezca la lucha de clases, siendo que en él sólo se explica "desde arriba" la historia de 1972 a 1978 "como una batalla entre dos líneas, la de la dirección del PC y la de la dirección del PS".<sup>695</sup> El planteamiento de Althusser es correcto. No es posible en ningún análisis marxista "olvidar" la existencia de las clases y su lucha. Y no sólo la lucha de clases del proletariado, sino también la lucha de clases de la burguesía. Esta es la razón por la que, en el mismo texto, Althusser se queje de que Marchais no habla tampoco de "*la lucha de clases de la burguesía*",<sup>696</sup> para añadir a continuación que: "La burguesía no aparece en el informe más que como una fuerza oculta y diabólica que interviene para empujar al PS a la vía de la socialdemocracia"<sup>697</sup> y para terminar afirmando contundentemente que: "Al igual que el árbol esconde el bosque, la crisis [del CME] escondía en nuestros textos oficiales la lucha de clases".<sup>698</sup> El planteamiento de Althusser es correcto y ortodoxo. Pero es limitado. Es la interpretación de las clases sociales que campea, en términos generales, dentro del ámbito del marxismo revolucionario. Pero se trata de lo que hemos denominado la *concepción binaria de las clases*. Para esta concepción, la sociedad capitalista no se halla conformada sino por dos y sólo dos clases sociales: el capital y el trabajo, la burguesía y el proletariado. Como se sabe, Marx empleó, en *El capital*, un método específico —el de la *abstracción dialéctica*— que le permitió "hacer a un lado" ciertos problemas que, aunque existentes, entorpecían el análisis científico de una realidad determinada. Examinó el modo de producción capitalista, por ejemplo, "como si" no existiera mercado exterior y "como si" se hallara configurado por sólo dos clases sociales: los dueños de los medios de producción (capitalistas) y los desposeídos de ellos (asalariados). La abstracción científica pone entre paréntesis ciertos aspectos de la realidad; pero hay un momento en que —y de ello estaba plenamente consciente Marx—, cuando ya se ha examinado el objeto del conocimiento, la abstracción científica debe "hacerse a un lado"

y, con ello, destruir todo paréntesis metodológico. Digámoslo así: una vez que se ha aclarado, en efecto, la esencia del modo de producción capitalista, debe reintroducirse el tema del mercado exterior y el de las "clases intermedias". En Marx, la *reintroducción* de ambas cuestiones en el discurso teórico dejó mucho que desear. Tan es así que, en lo que al primer problema se refiere, los herederos de Marx se van a escindir en diferentes tendencias al intentar ofrecer una teoría del capitalismo mundial que, por no dejar de lado el mercado externo, se convirtió en objeto de un estudio novedoso que requería diferente tratamiento y respuestas no contenidas en el examen "reducido", desde el punto de vista metodológico, que ofreciera Marx. Aquí surgirán distintas interpretaciones respecto a la internacionalización del capital, del fenómeno del imperialismo, de la relación entre los países capitalistas avanzados y los subdesarrollados o entre un *centro* capitalista y una *periferia* con fuertes residuos precapitalistas. Aquí entrarán en pugna la interpretación de Rosa Luxemburgo sobre la acumulación del capital (que necesita del mercado exterior para realizar la totalidad del producto social) y la interpretación de Lenin (que es de la opinión de que para realizar dicho producto –y su parte decisiva: el capital constante– basta el mercado interno). Tan es así que, en lo que al segundo problema se refiere, la cuestión de nuestra época es la de detectar la estructura, el carácter, la función y el destino histórico de estos "sectores intermedios" de los que Marx no ofrece una teoría científica sino observaciones impresionistas y fragmentarias. Estamos convencidos, desde luego, que no es posible hacer una teoría científica de la internacionalización del capital, si no se toma en cuenta los análisis que sobre el capital a secas, en abstracto, llevó a cabo Marx, y también que es *imposible realizar una teoría rigurosa de qué son los llamados sectores intermedios, si no se parte del estudio científico emprendido por Marx sobre el capital y el trabajo*. Nosotros sostenemos, respecto al segundo problema, que la conformación clasista real de la sociedad capitalista no es binaria, *sino ternaria*.<sup>699</sup> El análisis marxista de la contradicción *capital/trabajo*, de la mercancía, del valor de uso y el valor de cambio, del valor como sustancia, de la plusvalía, de la acumulación, etc., *constituyen el antecedente obligado de nuestras proposiciones*. La concepción *ternaria* parte del análisis científico que presupone la concepción *binaria*. Sólo es posible hablar de una *clase intelectual*, y transitar del modelo dicotómico al tricotómico, si se parte de la concepción económica, de carácter binario, de Marx. Althusser está inscrito, en este punto, dentro de la tradición marxista. A pesar de haber hablado de la existencia de *medios intelectuales o teóricos de producción*, y de haber abierto la posibilidad de poder diferenciar estructuralmente la intelectualidad, la burguesía y el trabajo manual, advirtió sólo las consecuencias epistemológicas de su planteamiento, pero no las implicaciones sociales del

mismo. No pudo caer en cuenta de la repercusión de su planteamiento en el problema de las clases sociales. Nosotros sostenemos, en cambio, que la intelectualidad constituye una *clase social sui generis* porque, aunque carece de medios *materiales* de producción (a diferencia de los capitalistas), posee, como lo ha demostrado Althusser, medios *intelectuales* de producción (a diferencia de los trabajadores manuales). Althusser (que ha negado la existencia de una *clase intelectual*) podría argumentar, como lo hace toda la ortodoxia, que las clases se definen por las relaciones de producción, o, lo que es igual, por la apropiación o no de las condiciones *materiales* de la producción. La intelectualidad, en este sentido, no sería clase social, sino un "sector" de los desposeídos. Un segmento de la clase trabajadora, privilegiado sin duda, pero formando unidad con dicha clase. Althusser argumentaría contra la idea de que la intelectualidad en el capitalismo constituye una clase (una clase dominada-dominante) con argumentos similares a los que emplean sus detractores para combatir su concepción de una *práctica teórica*. Si la práctica, dicen éstos, es la transformación *de lo real*, y un tipo de actividad que se define *a diferencia* de lo teórico, ¿por qué llamar a la *teoría práctica teórica* si aquélla no implica una modificación de lo real y se define a diferencia de lo práctico? Si las clases, diría Althusser, se definen por la apropiación o no de medios *materiales* de producción, y si los sectores que poseen otro tipo de medios de producción –los intelectuales– no caen dentro de aquel criterio ¿por qué denominar clase a lo que, por definición, está excluido de su *status*? Quienes rechazan el concepto de *práctica teórica* (porque suponen que toda práctica es *no teórica*) y quienes rechazan la noción de *clase intelectual* (porque se hallan convencidos de que las clases se determinan por la propiedad o no de medios *materiales* de producción y no de los medios *intelectuales* de ella) están "casados" con definiciones rígidas, dadas de una vez por todas. No ven la posibilidad y la necesidad de "*extender*" un concepto, de ampliar su radio de acción para entender mejor las cosas. Althusser *extendió* el concepto de práctica hasta abarcar no sólo la producción empírica sino también la producción teórica; pero se resiste a extender el concepto de *clase* hasta abarcar no sólo los agrupamientos sociales determinados por la propiedad o no de medios *materiales* de producción, sino también los determinados por la posesión o no de medios de producción *teóricos*. La *extensión* de un concepto es legítima, a nuestro modo de ver las cosas, cuando dicha operación arroja claridad *tórica* y política, cuando nos permite comprender mejor aquello que pretendemos transformar. Y este es el caso de la *extensión* de la noción de clase social, ya que si hablamos de clases sociales (*género*) definidas por la apropiación *material* (especie) o por la apropiación *intelectual* (*especie*) entendemos cuál es la configuración real de la sociedad capitalista y cuáles son sus leyes de tendencia. Y este doble conocimiento le puede servir de base a la



clase obrera para visualizar el camino de su emancipación. En el marxismo no existe una teoría científica de lo que es la intelectualidad en general y de la intelectualidad que existe en y por el capitalismo en particular. La *intelligentsia* no es una capa, una fracción o estrato de la burguesía. No lo es tampoco de la clase obrera. Cabe, sí, dentro de la denominación genérica de proletariado o clase trabajadora; pero, en el seno del trabajo en general (productivo o no, asalariado o no), mantiene diferencias *cualitativas* con el trabajo manual. No es una capa de la burguesía porque ésta se define por el volumen de medios de producción que posee el capitalista (de tal modo que podemos hablar de gran burguesía, mediana burguesía y pequeña burguesía). Las capas mantienen diferencias *cuantitativas* entre sí; pero no se distinguen en sentido *cualitativo*: todos los capitalistas poseen medios *materiales* de producción. No es tampoco un estrato de la clase obrera, porque ésta carece no sólo de medios de producción *materiales* sino también intelectuales. Los estratos de la clase obrera o del trabajo manual son capas también diferenciadas *cuantitativamente*, pero no *cualitativamente*: se puede hablar, en efecto, de obreros muy calificados, de calificación media o no calificados, y ello alude a una diferenciación *cuantitativa*; pero todos tienen la misma cualidad: la de estar desposeídos de medios *materiales* e *intelectuales* de Producción, y de hallarse condenados, por ende, a realizar un trabajo que, por hacer uso de medios *materiales* de producción y elaborar productos *físicos*, debe ser considerado como trabajo manual. El movimiento marxista ha considerado a veces, por razones estratégicas, a la intelectualidad como un estrato de la burguesía (tal era la opinión, por ejemplo, de Lenin). En otras ocasiones, la ha considerado como estrato de la clase obrera (tal el caso del eurocomunismo). Este cambio violento en la caracterización de la intelectualidad responde no sólo a ciertas necesidades estratégicas o tácticas, sino al vacío o a la ausencia de una teoría que esclarezca cuál es la esencia y la función histórica de la *intelligentsia* en el capitalismo. Hay quien piensa que la intelectualidad es un segmento de la burguesía, en el entendido de que debe hacerse una diferencia entre burgués y capitalista. En este sentido, se dice, si bien todo burgués es capitalista, no todo capitalista es burgués. Capitalista es el industrial (en la ciudad y el campo) que, por ser dueño de los medios de producción, recibe, al realizar su producto, una parte de la plusvalía. El capitalista, por ende, está ubicado en la esfera de la producción y es el primero en adueñarse de la parte de la plusvalía (la *ganancia industrial*) que le corresponde. El comerciante, el banquero o el terrateniente rentista no son capitalistas; pero sí burgueses, ya que, aunque no se encuentran en la esfera de la producción, sino en la del intercambio o los servicios, sí participan en la distribución de plusvalía (de la plusvalía generada en la esfera productiva) porque son dueños, respectivamente, de medios de circulación, de dinero o de una cantidad de

tierra. El ser dueños, por ende, de estos medios *materiales* de la función económica global, les permite obtener la *ganancia comercial*, el *interés* o la *renta del suelo* que no son otra cosa que partes de proporción desigual en que se divide la plusvalía. *Burgués es, entonces, todo el que, por ser dueño de medios materiales de la producción, el intercambio, los servicios crediticios o la propiedad territorial, obtiene una parte de la plusvalía.* Por extensión, todo aquel que viva a expensas del trabajo productivo es un burgués, incluyendo, desde luego, a ciertos intelectuales a quienes se les remunera por arriba del valor de su fuerza de trabajo.<sup>700</sup> Pero los intelectuales, como categoría especial de la sociedad capitalista (es decir como un sector que, desposeído de medios de producción *materiales* de la función económica general, se les paga, por lo general, un salario equivalente al *trabajo en la fuerza de trabajo* que poseen y en ocasiones por abajo de dicho valor), no son burgueses. No son ni capitalistas ni burgueses. No son capitalistas porque no son dueños de medios *materiales* de la producción. No son burgueses porque no usufructúan parte de la plusvalía como los otros sectores de la burguesía.

La *intelligentsia* no es tampoco una *rama* de la burguesía o de la clase obrera. Las ramas son las áreas de aplicación del capital o el trabajo físico. No hay una rama especial de la economía que fuera la rama de la intelectualidad, en virtud de que los intelectuales *operan en todas las ramas de la economía*: hay intelectuales en la esfera de la producción, en la de la circulación o en la de los servicios.

La *intelligentsia* no es, asimismo, un *sector* de la economía. Los sectores se dividen de acuerdo con la forma material de su producto. El sector I elabora medios de producción. El sector II medios de consumo. Los intelectuales no forman una especie de sector III. Son elementos necesarios tanto en el sector I cuanto en el sector II.

La *intelligentsia* no es una *casta* porque las castas son agrupamientos, cohesionados mediante lazos religiosos o nobiliarios, que carecen de capilaridad social y que, por no hincar sus raíces determinativas en la infraestructura económica, sino en determinaciones superestructurales, carecen de la consistencia de las clases sociales. La sociedad capitalista, y la lucha de clases que le es inherente, a traído consigo, por esa razón, una paulatina descomposición de las castas. Las clases en general –y la intelectualidad no es una excepción– no se hallan cohesionadas necesariamente por motivos religiosos (como en la India) o por títulos nobiliarios (como en la nobleza de la Europa anterior a la Revolución francesa). Las clases sociales –y la intelectualidad reproduce también dicho fenómeno– no prohíben sino que permiten la capilaridad social (tanto ascendente como descendente). Hincan, además, sus raíces en la infraestructura económica. En el capitalismo la razón de fondo de que exista la división entre el capital y el trabajo es económica, pero también lo es de que exista la división, en el

seno del trabajo, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. La existencia y la lucha del capital y el trabajo no tienden a descomponer al trabajo intelectual (contrapuesto al manual) como si fuera una casta, sino, por lo contrario, coexisten conflictivamente con la clase intelectual, dando a luz una lucha de clases más compleja que la visualizada por una simple visión binaria de la sociedad capitalista.

La *intelligentsia* no es asimismo una *clase social* en el sentido tradicional del término (tradicional dentro del marxismo), porque no es detentadora de medios *materiales* de producción. Se podría suponer que es una *parte* del proletariado o de la fuerza laboral de la sociedad capitalista, aunque dicha suposición tendría que hacerse relegando al olvido que, aunque los obreros y los intelectuales pueden ser igualmente asalariados, poseen diferencias no *cuantitativas*, como la que existe entre un gran capitalista y un pequeño, o entre un obrero calificado y un obrero medio, sino diferencias de *calidad*, porque el tipo de trabajo intelectual opera con medios de producción y elabora productos *cuantitativamente* diversos a los empleados por el trabajo manual. Sin embargo, si *extendemos* deliberadamente la noción de *clase social* hasta abarcar no sólo los detentadores o no de los medios *materiales* de producción, sino de los medios *teóricos* de la misma (de acuerdo con el concepto episte-mológico propuesto por el primer Althusser; pero no rechazados ni por el segundo ni por el tercero), la *intelligentsia* puede ser definida como una *clase social*. No una clase social en el sentido "económico" (apropiativo-material), sino una clase social en sentido apropiativo-intelectual; especificación diferencial ésta, que no debe hacernos perder de vista lo que hay, asimismo, de común entre ambos tipos de clases.<sup>701</sup> La afirmación althusseriana de que es preeminente "la lucha de clases sobre las clases" conviene no sólo a las clases en el sentido apropiativo-material (capital/trabajo) sino a las clases en el sentido técnico-funcional (trabajo intelectual/trabajo manual). La forma de existencia de ambos tipos de clases sociales *es su lucha*. No existe por un lado el capital y por otro el trabajo, de tal manera que su pugna sea algo accidental que requiere, como opina la *ideología burguesa*, armonizarse. No existe tampoco por un lado el trabajo intelectual y por otro el trabajo manual, de tal modo que su pugna –secundaria frente a la anterior– resulte algo fortuito que exija, como opina la *ideología intelectual* (o la *ideología intelectual* dominada por la *ideología burguesa*), también armonizarse. La forma de ser de ambas contradicciones es *la unidad y lucha de contrarios*. La lucha de clases, por otro lado, se complica en el capitalismo porque no sólo el capital y el trabajo se hallan en pugna entre sí, y porque no sólo el trabajo intelectual y el trabajo manual viven un perpetuo conflicto social entre ambos, sino porque la *clase intelectual* mantiene contradicciones no sólo con la *clase obrera* sino con la *clase burguesa*. Es una clase – independientemente de la posición política de los diversos estratos que la

constituyen— que, por razones estructurales, se revela como *dominante-dominada*. Dominante respecto al trabajo manual, dominada respecto a la burguesía. La lucha de clases en el capitalismo se complica porque no sólo entran en contradicción los dos polos de las clases sociales en el sentido apropiativo-material (capital/trabajo) o los dos polos de las clases en sentido apropiativo-intelectual (trabajo intelectual/trabajo físico) sino que *ambos tipos de clases entran en conflagración*.

Cuando decimos que la antítesis *capital/trabajo* es la contradicción principal y que la oposición *trabajo intelectual/trabajo manual* es la contradicción secundaria, estos aspectos de lo principal y lo secundario aluden, por un lado, a la conformación económica, ya que el capital explota simultáneamente al trabajo intelectual y al trabajo manual, mientras que el trabajo intelectual *sólo tiene privilegios* frente al trabajo físico y, por otro, al hecho de que sin la alianza de los trabajadores en conjunto (o en su mayoría) no puede ser derrotado el capital. Se trata, pues, en este último aspecto, de una contradicción principal en *sentido empírico*. Los *trabajadores manuales, jefaturados por la intelectualidad laboral, constituyen el sector empírico-decisivo de la revolución anticapitalista*. La intelectualidad *para sí* (el *sector histórico* de la clase intelectual) no puede en ningún caso derrotar a la burguesía si no se apoya en el brazo material de la clase obrera y los campesinos. Pero si en lugar de considerar las cosas de manera estructural y empírica, las enfocamos de manera procesal e histórica, advertimos que el enemigo histórico de la clase burguesa no es la clase obrera —enemigo histórico en el sentido de ser la clase que, mediante el trueque de contrarios, ocupe el lugar dominante tras del desplazamiento del capital—, sino la *clase intelectual*. Hasta este momento, no se ha visto que la clase obrera se alíe a los intelectuales para, una vez derrotado el capital, erigir su dictadura manual, sino que, por lo contrario, la intelectualidad en ascenso es la que se ha aliado con los obreros y campesinos para una vez derrotado el capitalismo levantar su dictadura intelectual (burocrática, tecnocrática, militar). La contradicción *clase burguesa/clase intelectual* es, entonces, *desde el punto de vista histórico* —no económico, no empírico-decisivo— la contradicción principal. Todo este análisis es el que no pueden hacer ni Althusser ni Sánchez Vázquez, en virtud de que se mueven ambos dentro del prejuicio de la concepción *binaria*. En toda revolución social, hemos dicho en varias ocasiones, intervienen, desde el punto de vista de las clases sociales, tres personajes: los *agentes* del proceso (el "por" revolucionario), los *enemigos* del mismo (el "contra") y los *usufructuarios* de la transformación (el "para" de los acontecimientos). Los agentes del proceso se dividen, a su vez, en dirigentes y dirigidos, división ésta que responde no a circunstancias fortuitas, sino a razones estructurales. En las revoluciones anticapitalistas que han tenido lugar hasta ahora, el "por dirigente" (o la clase intelectual

*para sí*) se puede caracterizar como una *clase histórica*: tiene el porvenir en sus manos. Los enemigos de la revolución (o el "contra" del proceso), se pueden definir como una clase *ahistórica*: la burguesía tiene, en efecto, las horas contadas frente al embate popular. El "por dirigido" (los obreros, campesinos, etc.) se puede determinar como una *clase empírico-decisiva* para la destrucción del capital: serán quienes rompan la columna vertebral del régimen capitalista; pero quienes, asimismo, serán sustituidos "de manera natural y espontánea" por su "por dirigente", por su "vanguardia intelectual". Adviértase que el "sector histórico" de la clase intelectual, el sector que representa los intereses de toda la clase –aun que haya estratos de ella que no coincidan políticamente con su rol histórico–, objetivará en su lucha anticapitalista su estructura de clase definitoria: se aliará con el trabajo manual (obreros y campesinos) para destruir al capital; pero, una vez llevada a cabo esta empresa, dismantelará el poder popular y quedará dueña de la situación. La clase intelectual pasará así, de ser una *clase dominada* frente a la burguesía (en el capitalismo) a una *clase dominante* frente al trabajo manual (en el modo de producción intelectual). Será una clase que, mediante la revolución social anticapitalista, se sustantivará: *sustantivación* que implica no sólo la eliminación del capital privado, mediante la estatización de los medios *materiales* de la producción, sino su transformación de clase que sólo era dueña de los medios *intelectuales* de la producción (en el capitalismo) en una clase que es dueña simultáneamente de los medios *intelectuales* y *materiales* de la producción. La sustentivación implica que cada intelectual en el poder es dueño de ciertos medios intelectuales de la producción. Se trata de una posesión individual; pero de una posesión que es la condición posibilitante para detentar *de hecho* los medios materiales de producción. Posesión factual, indiscutible, aplastante, aunque formalmente se hable, desde el punto de vista jurídico, de propiedad *social* de dichos medios. Los intelectuales poseen los medios *materiales* de la producción porque previamente a ello poseen los medios *intelectuales* de ella. Si la posesión de los medios *intelectuales* es individual, como dijimos, la posesión de los medios *materiales* es *colectiva*. Pero dejemos las cosas en este punto, a reserva de volver más tarde sobre ellas. Si algo salta a la vista en las anteriores disquisiciones es lo que podríamos llamar un *enfoque histórico* en el tránsito de un régimen social a otro. El apotegma dialéctico de que "en el seno de lo viejo se genera lo nuevo" adquiere un profundo sentido cuando advertimos que la clase dominante y explotadora del "socialismo" no surge de la noche a la mañana, no es producto de la revolución, no se gesta por generación espontánea, sino que hinca sus raíces históricas en el capitalismo. La prehistoria de la clase dominante y explotadora de los regímenes llamados socialistas es la "inocente" intelectualidad de la

sociedad capitalista en general y su sector histórico (el "por dirigente", la vanguardia marxista, o marxista-leninista) en particular.

Althusser no deja de tener cierto punto de vista histórico. En *Lo que no puede durar en el Partido Comunista* se puede leer, por ejemplo: "La burguesía [el "por dirigente"] consiguió que [las revoluciones democrático-burguesas] las llevaran a cabo sus propios explotados, plebeyos, campesinos, proletarios y sus aliados [el "por dirigido"]. Siempre ha sabido dejar que sus fuerzas se desencadenasen, para esperarlas a la hora de poder, y abatirlas entonces en forma sangrienta, o reducirlas pacíficamente, confiscando en provecho propio los frutos de su victoria y de su derrota" [el "para"].<sup>702</sup> Sin embargo, su "punto de vista histórico" lo reserva Althusser al tránsito del feudalismo al capitalismo. Le pasa él, como a Marx y Engels y como a otros muchos marxistas entre los que hay que incluir a Sánchez Vázquez, que ve la sociedad feudal, no como *binaria* —a la manera en que la consideraban los ideólogos burgueses— sino *ternaria*. No era una sociedad desdoblada solamente en los polos *aristocracia/democracia*, sino *aristocracia y democracia* desdoblada, a su vez, en *clase poseedora y clase desposeída*. La *clase burguesa* es, pues, la *clase media* del antiguo régimen. La aristocracia, el "contra" del proceso, es una *clase ahistórica*: llamada a perecer. El proletariado y sus aliados, el "por dirigido" de la revolución, una *clase empírico-decisiva*: llamada a derrotar a la nobleza. La burguesía, el "para" de los acontecimientos, una *clase histórica* llamada a autoafirmarse tras de abatir en forma sangrienta o pacífica el poder popular que la llevó al poder. Althusser no aplica esta concepción dialéctica de la revolución social a las llamadas revoluciones "socialistas". ¿A qué se debe ello? A que no puede dejar el prejuicio *binarista*. Si el binarismo gestado en vísperas o en relación con la revolución *democrático-burguesa* era una *ideología burguesa* (porque ocultaba el carácter de clase de la burguesía *frente* a los sectores desposeídos del "tercer Estado"), el binarismo gestado en vísperas o en relación con la revolución *proletario-intelectual* es una *ideología intelectualista* (porque oculta el carácter de clase de la intelectualidad *ante* los sectores desposeídos de medios *intelectuales* de producción del "frente laboral" anticapitalista). Althusser asienta, no obstante, que todas las clases hacen su "nido (pensad en la burguesía) en la antigua sociedad",<sup>703</sup> con lo cual está afirmando el "punto de vista histórico" de que "en el seno de lo viejo se genera lo nuevo". Lo está afirmando respecto a la burguesía, a la revolución democrático-burguesa, ya que resulta evidente que el capital hizo "su nido" en el seno de la sociedad feudal. Pero ¿valdrá el mismo criterio para la revolución post-capitalista? Algo intuye Althusser, ya que, para salirle al paso a la posibilidad de un proletariado mediatizado por otras clases, como lo fue el pueblo por la burguesía (en la revolución democrático-burguesa) vuelve los ojos a "la tradición marxista que siempre

ha definido la tesis de que el proletariado tiene que "liberarse por sí mismo", ya que "no tiene otra opción, ni explotados que manipular.<sup>704</sup> Pero ¿existe la posibilidad de que la clase obrera se libere por sí misma? ¿Qué condiciones históricas supone tal acontecimiento? Dejemos flotando en el aire estas preguntas, a las que intentaremos responder en el apartado sobre el partido.

b) *El problema del Estado y la dictadura del proletariado.* Del mismo modo que conviene asentar que la forma de existencia de las clases es su contradicción, su lucha, su antinomia explícita o implícita, se puede decir que, en cierto sentido, la forma de existencia de la lucha de clases burguesa es *el Estado* y la forma de existencia de la lucha de clases proletarias es el *Partido obrero*. El tema de las clases sociales nos lleva, por ende, al problema del Estado y la dictadura proletaria, por una parte, y al problema del Partido, que trataremos a continuación, por otra. La concepción que del Estado nos ofrece Althusser está inscrita, en lo esencial, en la tradición marxista. Lo más relevante de su planteamiento al respecto es la crítica que endereza contra la concepción eurocomunista del Estado, Frente a quienes, inspirándose en Gramsci, o en una interpretación reformista de Gramsci, niegan el carácter *instrumental* del Estado; frente a quienes, basándose en una falsa concepción de la *hegemonía* proletaria, creen que ésta es susceptible de irse conquistando gradualmente *antes* de la toma del poder, Althusser reivindica dos cosas: la noción marxista del Estado *como aparato* y el concepto de *dictadura del proletariado*. Recordemos sus palabras sobre lo primero: así "como la máquina opera la transformación del calor en movimiento, el Estado es la máquina que transforma la violencia en poder, más concretamente la máquina que transforma las relaciones de fuerza de la lucha de clases en relaciones jurídicas reguladas por leyes".<sup>705</sup> Si tomamos en cuenta, además de esta caracterización del Estado, las formulaciones de Althusser sobre los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE),<sup>706</sup> advertimos que la teoría althusseriana del Estado pone el acento en el carácter de éste y en las funciones que le son inherentes; pero deja de lado otros dos elementos que conforman el Estado moderno y que, a nuestro modo de ver las cosas, no pueden ser relegadas al olvido: la *composición* del Estado y el problema del *poder en cuanto tal* como ingrediente sustancial de todo Estado. Althusser pone el acento en el carácter de *clase* del mismo. Las funciones *represivas* o *ideológicas* del Estado, que son analizadas por él en su tesis de los AIE —donde, por cierto, se deja sentir cierta influencia de Gramsci, probablemente asumida por Althusser vía Poulantzas—<sup>707</sup> se hallan determinadas por dicho *carácter*. El aparato estatal *burgués* ideologiza y/o reprime a las clases dominadas de acuerdo con su ca

rácter de clase. Pero no hay en Althusser —lo que cada vez resulta más urgente— *una teoría del funcionariado estatal*. Se sabe, por ejemplo, que el

carácter burgués del Estado no depende necesariamente de que el sector *burocrático-político de la clase burguesa* tenga la mayoría en el funcionariado estatal. Puede ocurrir –y tal cosa sucede cada vez con mayor frecuencia en los Estados capitalistas modernos– que la burguesía tomada en conjunto "delegue" a sectores "no capitalistas" la gestión burocrática. El Estado capitalista, de acuerdo con su *composición*, incluye en su seno por lo general tres tipos de funcionarios con poder decisorio: el sector burocrático-político de la *clase intelectual* (pero de una intelectualidad "fuera de sí" en sentido ascendente, esto es, aburguesada) y el sector burocrático-político de las *fuerzas armadas* (el que aunque está formado, en fin de cuentas, por una intelectualidad militar, tiene diferencias apreciables con el precedente).<sup>708</sup> No cabe duda de que la *composición* del Estado cae bajo el dominio, como en el caso de sus *funciones*, del *carácter de clase* que le es propio. Pero la *composición* del aparato estatal, el predominio, en el funcionariado, del sector burocrático-político de la *clase burguesa*, el sector burocrático-político de la *clase burguesa*, de la *clase intelectual* o de las *fuerzas armadas*, influye en el carácter del Estado o, para decirlo de manera más precisa, repercute en la forma específica en que encarna en el aparato estatal el carácter de clase. La *composición* del Estado no es, por otra parte, un elemento indiferente respecto a la conformación fáctica del Estado post-revolucionario. Aunque el Estado burgués se destruyan para dar lugar a la *dictadura del proletariado*, ésta última tiene que reconfigurarse tomando en cuenta (aunque, desde luego, con un nuevo contenido y echando mano de controles diversos a los existentes en la fase capitalista) la configuración específica del funcionariado estatal desplazado. Es innegable, nos parece, que no sólo hay en las grandes empresas privadas *la tendencia* a que los técnicos y managers, los hombres de ciencia y los especialistas, jueguen un papel cada vez más importante, sino que esta misma "orientación tecnoestructural" se da en el Estado. Tal evolución tendencial de las cosas no puede interpretarse, sin embargo, como lo hacen Rizzi y Burnham, dentro de la perspectiva marxista, o Galbraith, Gouldner o Bell, dentro de otras perspectivas, en el sentido de que hay un "decrecimiento del capitalismo". No. Las razones de la "delegación administrativa" en los intelectuales por parte de los burgueses, tanto en las grandes empresas privadas cuanto en el Estado, son las mismas: dicha delegación le conviene a la burguesía, le resulta más beneficiosa, más ahorrativa, más rentable. Pero adviértase, finalmente, que si el funcionariado del Estado burgués se halla formado esencialmente por el sector burocrático-político de la *clase intelectual* – aunque, como dijimos, de una intelectualidad subordinada realmente a la burguesía– cohesiona, por así decirlo, un volumen mayor de "elementos" o de "materia prima" para reconfigurar, una vez que se destruya el Estado burgués, el nuevo régimen estatal que llevará el nombre de dictadura del



proletariado; pero que –ojo con ello– devendrá la *dictadura de la clase intelectual* sobre el proletariado manual. Claro que los intelectuales aburguesados que conformaban el Estado destruido, serán "reeducados", modificando su *posición de clase*; dejando de ser intelectuales "fuera de sí" en sentido burgués, para ser intelectuales "para sí". Pero dicho proceso no será tan complicado si tomamos en cuenta: a) la estructura definitoria de dichos intelectuales (no ser dueños de medios *materiales* de producción), b) la necesidad por parte del nuevo régimen de poner la experiencia y conocimiento de ellos al servicio del "socialismo" y c) el oportunismo inherente de un estrato de clase intelectual que, como ya lo demostró en el sistema capitalista, está dispuesto a venderse *al mejor postor*. Todo se soluciona, y bien rápido, si el nuevo Estado se dispone a destinar una cuantiosa suma de su presupuesto a comprar la conciencia de estos intelectuales con jugosos emolumentos que les harán olvidar bien pronto que ya no forman parte de un régimen "democrático" sino dictatorial. Althusser no toma en cuenta tampoco el problema del *poder en cuanto tal* como pieza fundamental de todo Estado. *El ejercicio reiterado del poder, se ha dicho muchas veces, engendra intereses*. La razón de ello estriba en que quienes detentan, en la forma de la propiedad privada, las decisiones públicas esenciales, acumulan o monopolizan en unas cuantas manos el poder de todos. El problema del *poder en cuanto tal* si bien se da vinculado al carácter de clase del Estado, no se identifica con él. Es posible imaginarse una dictadura del proletariado, aún más, una dictadura que por ser ejercida contra la burguesía primero y contra la clase intelectual a continuación, se define como *dictadura del proletariado manual* en la que, si no se adquiere conciencia de tal peligro y se implementan las medidas correctivas derivadas de ello, reaparezca el *poder en cuanto tal*, la generación de intereses específicos copulares contrapuestos al pueblo en su conjunto. Pero dejemos aquí este problema, a reserva de tratarlo más adelante o de manera más sistemática en otro sitio.

Hay que concederle la razón a Althusser cuando hace notar que la política de la clase obrera debe basarse en la *estrategia del comunismo* y no en alguno de los objetivos intermedios absolutizados. La estrategia del comunismo es, pues, la garantía para que la política del partido de la clase obrera no devenga oportunismo, que la lucha anticapitalista pasa *necesariamente*, no por la "conquista del Estado" o por la "guerra de posiciones" perpetuada, sino por la *destrucción del Estado* y su sustitución por la *dictadura del proletariado*. Sólo la dictadura del proletariado, la verdadera dictadura del proletariado, garantiza que el Estado inicie su *proceso de extinción* hasta culminar con su desaparición en la fase superior del comunismo. Si la política de un partido, como el PCF, no se basa en la *estrategia del comunismo* sino en la absolutización de un objetivo intermedio –como el de la lucha de "toda Francia" contra el "puñado de

monopolistas" o contra el CME— se cae en la tesis oportunista de que "el Estado reviste tendencialmente una forma que lo hace directamente utilizable por el poder popular, ya que no se trata, pues, de 'destruirlo'...",<sup>709</sup> o en la "acaramelada fórmula" de la *democratización del Estado* planteada en el XXII Congreso. Ahora bien, la tesis de la *dictadura del proletariado* es susceptible de ser criticada desde la derecha (por las organizaciones políticas reformistas, por los *partidos-sumisión*) o ser criticada desde la izquierda (por las organizaciones políticas verdaderamente revolucionarias, por los *partidos destrucción-construcción*). Digámoslo de esta manera: los diferentes partidos en que se divide la izquierda (tomada esta palabra en su sentido más amplio) tienen su propia concepción sobre la línea política a seguir respecto al Estado burgués existente y la forma de dar al traste con él o reformarlo: 1) el *partido-sumisión* habla de la *conquista paulatina del Estado* o de su "democratización". En consonancia con ello, como la socialdemocracia de ayer y de siempre, y el eurocomunismo de hoy, rechaza el concepto de dictadura del proletariado; 2) el *partido-destrucción* combate deliberadamente la tesis de la conquista del Estado a favor de la destrucción del mismo. Reivindica, por consiguiente, la idea de Marx, Engels, Lenin, Trotsky de la *dictadura del proletariado*. Si el *partido-sumisión* se revela, por su concepción sobre la forma histórica en que piensa la desaparición del Estado —o sea con un *proceso de extinción* que puede generarse *desde antes* de la toma del poder— como un *partido del establishment capitalista*,<sup>710</sup> el *partido-destrucción* —como el planteado por Lenin y formulado por Althusser— puede ser caracterizado, también por la forma en que se imagina la desaparición del Estado —esto es, como un proceso de extinción que sólo puede aparecer *después* de la destrucción del Estado burgués y la sustitución de éste por la *dictadura del proletariado* como un partido que se contrapone *revolucionariamente* al régimen burgués y se define como *intelectualista*. Expliquemos esto con más detalle. La concepción binaria de las clases sociales que caracteriza el, en esto muy tradicional, discurso althusseriano, se refleja el planteamiento igualmente binario de la naturaleza del Estado moderno. Nuestro filósofo dice, podemos recordar, que "sólo una clase puede detentar el poder de Estado, o la burguesía o el proletariado". Resultado del binarismo, de hablar sólo de *dos* clases sociales, de proponer la socialización de los medios de producción, pero no la subversión de la división del trabajo, es llevar al poder, con nombre de *dictadura del proletariado*, una clase, la clase intelectual, que combate a la burguesía, destruye su Estado, y una vez que instaura el nuevo poder político, desmantela en el poder obrero-campesino que, como factor empírico-decisivo del proceso revolucionario, lo llevó á la cúpula del nuevo régimen; 3) el *partido destrucción-construcción*, además de combatir la tesis de la *conquista paulatina del Estado* (propia del reformismo del *partido-sumisión*), se diferencia

tajantemente de la teoría de la *dictadura del proletariado* (propia del *partido-destrucción*) porque si bien advierte con nitidez cómo destruir el capitalismo, si bien le asiste la razón cuando, de acuerdo con los clásicos del marxismo, se pronuncia decididamente, y actúa en consecuencia, por la destrucción del aparato estatal de la burguesía, no sigue una línea constructora del socialismo. Visualiza cómo destruir el capitalismo; pero no sabe cómo construir el socialismo. En efecto, la esencia de la crisis del movimiento comunista internacional consiste, a nuestro modo de considerar las cosas, en que, resultado a todas luces insuficiente la concepción *binaria* de las clases sociales, el marxismo habitual, convertido en "religión profana", impide abandonar ese punto de vista para asumir una concepción *ternaria*. El partido *destrucción-construcción* no propugna, por consiguiente, por la *dictadura del proletariado*, sino por la *dictadura del proletariado manual*. Parece un cambio insignificante de palabras. Pero esa mutación lexicológica implica la diferencia entre la revolución *proletario-intelectual* (que es la que se genera *necesariamente* cuando el partido revolucionario basa sus actos en la *dictadura del proletariado* a secas) y la revolución *socialista*. Si hablamos, como lo hacen los clásicos del marxismo, y lo repite Althusser, de *dictadura del proletariado*, estamos conservando el *empleo homológico* de la expresión *proletariado*, ya que este vocablo, utilizado como término contrapuesto a capital o burguesía, comprende de hecho no sólo al trabajo manual sino al trabajo intelectual. Encarna, pues, una ambigüedad: la ambigüedad que le viene como anillo al dedo a la cúspide intelectual de la "clase trabajadora" para ejercer con su poder (anticapitalista primero, y antiobrero y anticam-pesino, después) tras los velos de la ideologización *intelectual* de la inexistencia de diferencias *cualitativas* entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, tras los velos, en una palabra, de la concepción doctrinaria, implícita o explícita, de que *no existe una clase intelectual*. Nada mejor, en efecto, para ejercer una dictadura de clase que negar la existencia de la clase que detenta el poder y actúa dictatorialmente. Si, en cambio, en vez de referirnos a la *dictadura del proletariado*, hablamos de *dictadura del proletariado manual* se rompe de golpe el malentendido. Ya no se trata, en efecto, de que el proletariado en general derrote a la burguesía para erigir, con la denominación homológica de la *dictadura del proletariado*, la *dictadura intelectual sobre el trabajo manual*, sino de una dictadura que el *proletariado* ejerce contra el capital y que el *proletariado manual* endereza contra la clase intelectual. Contra una clase intelectual reconocida y denunciada. Contra una clase intelectual que pretende sustantivarse echando mano, entre otras cosas, de la ideología *intelectualista* que subyace en el empleo homológico del concepto de *dictadura del proletariado*. Tiene razón Althusser cuando subraya que la política de la clase obrera debe fincarse en la *estrategia del comunismo* y no en otra; pero esa estrategia se convierte en un mero ideal

utópico, en una escatología profana, en un objetivo inalcanzable, si no esclarecemos, con toda nitidez, cuáles son los medios que necesariamente se requiere conquistar para acceder a dicha finalidad. Marx escribe, como se sabe, que: "en la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!".<sup>711</sup> Aquí nos hallamos con el tipo de sociedad al que aspira o debe aspirar la clase obrera; el género de organización social a partir del cual debe diseñarse una estrategia determinada: la estrategia del comunismo. Como se sabe, Marx habla de comunismo en dos sentidos: como la organización social autogestiva y democrática, esto es, como el régimen social *ideal* (sin clases sociales, sin Estado, sin "la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo", etc.) a la que debe dirigir sus pasos, su lucha, su empeño el proletariado, y como el movimiento *real* –no ideal– que se desarrolla hacia ese fin. El comunismo es, entonces, tanto la meta como el camino. La afirmación althusseriana de que la lucha obrera debe basarse en la estrategia del comunismo, debe afinarse haciendo notar que dicha estrategia presupone el precioso ajuste del camino y la meta, los fines y los medios, la táctica y la estrategia. Al hablar de la *dictadura del proletariado* conservamos, ciertamente, la idea del comunismo como meta, del *comunismo-ideal*; pero traicionamos la exigencia del comunismo como *camino* hacia esa meta, del *comunismo-real*. Cuando hay un desfase entre el *comunismo-meta* y el *comunismo-trayecto*, el *comunismo-meta* opera como ideología. Pongamos el ejemplo de la URSS. La Unión Soviética es un régimen en el que, bajo la denominación de la *dictadura del proletariado*, se consumó la revolución *proletario-intelectual*. Fue, entonces, una revolución hecha *por* los obreros y campesinos, *contra* la autocracia zarista primero, y el capital privado después, para la intelectualidad (burocrática, tecnocrática, militar) que se sustantiva en el preciso momento en el que se apropia de hecho<sup>712</sup> de los medios *materiales* de la producción y, con ello, de los resortes esenciales de la economía política. Esto es lo que sucede en la realidad. Pero la ideología oficial sigue hablando del *comunismo como meta* y hasta, en el caso de Jrushiov, pone fecha al inicio de la fase superior del socialismo. Como el *modo de producción intelectual* no es socialismo, no es el régimen de transición al comunismo, ni siquiera el régimen de transición al socialismo, sino una

formación social clasista, donde existen explotadores y explotados, no puede considerarse una vía para llegar al comunismo (o su primera fase socialista) sino un *obstáculo* para acceder a él. Y si tomamos en cuenta que mientras el camino se atraviesa, se camina, y el obstáculo se rompe y se hace añicos, muy diferente política se deduce para la clase obrera si se trata del socialismo sin comillas o del "socialismo" con comillas. El *modo de producción intelectual* sigue hablando, desde luego, del comunismo. Se autoproclama *dictadura del proletariado, socialismo, Estado de todo el pueblo, camino para ir al comunismo*. Pero es un nuevo régimen de clases y de lucha de clases. El empleo de la noción del comunismo-ideal en este "socialismo", no es, entonces, un accidente: es la promesa futura de la emancipación definitiva. Es el consuelo para el valle de lágrimas. Es la escatología secular del marxismo asumido burocráticamente como religión profana. Ya lo decía Machajski: la ciencia socialista "deviene, a pesar de su ateísmo, una simple meditación religiosa y una plegaria por el advenimiento del paraíso".<sup>713</sup> Este peligro es el que no ven ni Althusser ni Sánchez Vázquez. La *estrategia del comunismo* implica, como dijimos, ajustar los medios con el fin. La observación althusseriana de que sólo si partimos de dicha estrategia (que implica la desaparición del Estado), sabremos a qué tipo de aparato estatal deben aspirar los obreros en el régimen post-capitalista, debe ser aplicada a la división del trabajo y, de modo diverso, al propio Estado. Si el régimen "socialista" no pone las bases para la desaparición de la "subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo", no es un sistema generado en y por la estrategia del comunismo. Si el régimen "socialista" no sienta las premisas para la extinción del Estado, no es, asimismo, una organización social establecida en y por la estrategia del comunismo. Si, por lo contrario, el "socialismo" es un modo de producción en el que, lejos de subvertirse la división del trabajo, se consolida, anquilosa y fortalece, si es un modo de producción en el que el Estado, en vez de ser un semi-Estado (Engels) se convierte en un super-Estado, la organización social de marras se establece no mediante la estrategia del comunismo, sino por medio de la estrategia de la *revolución proletario-intelectual*, que conserva el *comunismo-ideal* sólo como una pieza ideológica que le ayuda a la reproducción de condiciones de existencia en las que encarna desoladoramente un nuevo obstáculo clasista, ya no burgués sino intelectual, para acceder al régimen en que los expropiadores (materiales e intelectuales) sean expropiados.

Pero volvamos a la dictadura del proletariado. Althusser aclara, recordemos, que en relación con ella debe distinguirse un *elemento necesario* y otro *contingente*. El *necesario*, derivado de la estrategia del comunismo, estriba en la insoslayabilidad de la *dictadura del proletariado*. O dicho de otra forma: sólo si se destruye el Estado burgués y se instaura la dictadura del proletariado, se puede inaugurar un tipo de Estado que

estructuralmente inicie su proceso de extinción. En este punto, Althusser tiene razón contra el reformismo de Marchais y la dirección del PCF. El *contingente* alude a las vías concretas por medio de las cuales se puede establecer, en un país determinado y en una coyuntura particular, la *dictadura del proletariado*. El elemento contingente nos habla de que el acceso a la *dictadura del proletariado* es a veces violento y a veces pacífico, todo depende de las condiciones históricas nacionales e internacionales. Es, pues, un problema de correlación de fuerzas. Resulta falso, arguye Althusser, creer que la *dictadura del proletariado* está asociada necesariamente a una vía violenta. Este prejuicio, que es reasumido por el PCF, y el eurocomunismo en general, debe ser destruido. Althusser piensa que en Francia la línea política de la clase obrera debe ser: *la dictadura del proletariado no por un derrotero violento sino por medio de un tránsito pacífico*. Nuestro punto de vista discrepa tajantemente del anterior. Nosotros creemos que es tan necesaria la *dictadura del proletariado* como la *vía violenta* para conseguirla. Estamos convencidos, sí, de la necesidad de la *dictadura del proletariado* (del *proletariado manual*, recordemos): pero rechazamos que la *vía violenta* sea contingente, lo cual significaría que, en ciertas coyunturas históricas, podría ser sustituida por la *vía pacífica*. La *vía violenta* no es contingente porque ninguna clase social dominante está dispuesta a desaparecer de la escena si no se le *ejerce violencia*. El problema no está en la oposición entre lo *pacífico* y lo *violento*, sino entre las diversas formas que puede asumir la violencia. La recusación de la *violencia* por parte de Althusser a favor del *tránsito pacífico* es una concesión al reformismo, y una concesión peligrosa. Es cierto que, en determinadas condiciones –y algunos países de Europa pudieran llegar a ser el escenario de tal cosa–, podría darse un tránsito aparentemente pacífico, casi sin derramamiento de sangre, y sin la necesidad de apelar al golpe de Estado; pero esto sólo es posible si la clase obrera y los campesinos, aliados a amplios sectores de la población, *están preparados en el tránsito pacífico para el tránsito violento*, es decir, si los obreros y campesinos ejercen una *violencia potencial* tan amenazante que la clase en el poder no se atreve a desencadenar la guerra civil. El llamado *tránsito pacífico* es, pues, sólo posible, si tras de él se halla la *violencia*, la posibilidad de la lucha armada, la preparación de la estrategia militar de responder golpe contra golpe hasta el asalto al poder.

Althusser hace notar que en el XXII Congreso se abandonó el concepto de *dictadura del proletariado*, tras de argüirse expresamente que, a partir de los regímenes totalitarios fascistas, la noción de dictadura se había vuelto "intolerable". En el fondo, sin embargo, lo que se pretendía combatir era la dictadura stalinista. El PCF, en su "acaramelada" fase eurocomunista, pretende sustituir la dictadura por la democracia. Pero debemos andar con tiento respecto a estos términos, porque no toda dictadura es perjudicial ni

toda *democracia* es beneficiosa. En realidad tanto la *dictadura* cuanto la *democracia* son de clase. Hay dictadura burguesa y dictadura intelectual y hay democracia *burguesa* y democracia *intelectual*. Y de la misma manera que hemos hablado de una dictadura, la *dictadura del proletariado manual*, que combate tanto al gobierno de la minoría *apropiativo-material* sobre la mayoría, cuanto al gobierno de la minoría *apropiativo-intelectual* sobre la mayoría, debemos hablar de una *democracia manual*. Detengámonos en este punto. La palabra *democracia* es una bella expresión. Su significado etimológico, al menos en apariencia, es noble y digno. El *gobierno del pueblo*, en efecto, es un programa de acción, una bandera, un espléndido ideal. Pero en realidad, la democracia, o, lo que es igual, el gobierno del *demos* implica, desde su génesis, un engaño, porque ¿quién constituía el *demos*? ¿Qué sectores de la sociedad griega, incluso en la democracia ateniense, conformaban el *demos*? No los esclavos. No los verdaderos productores artesanos y agricultores sometidos al yugo de la esclavitud. No las víctimas del ergástulo. No los ilotas ni los gladiadores. Sólo los hombres libres. Y, de manera especial, sólo los poseedores de medios de producción, en el entendido de que por medios de producción se comprendían, al decir de los romanos, no sólo los instrumentos *mutum* o *semi-vocale* (herramientas y animales) sino los instrumentos *vocale* (la mano de obra esclava). Se trataba, pues, de una democracia esclavista porque la mayoría de la sociedad (de las *ciudades-estados* griegos o del Imperio romano) estaban excluidos del pueblo (*demos*) y carecían de personalidad jurídica. Si damos un gran salto histórico, nos hallamos con que la democracia moderna, de la que se habla a partir de la Ilustración, es también una democracia de clase: una democracia de la que, excluyéndose al proletariado, se define como democracia de la *clase burguesa*. Es cierto que esta democracia opera mediante ciertos principios que aparentemente expresan los intereses de la comunidad tomada en su conjunto: la minoría debe someterse a las decisiones de la mayoría, los representantes de la colectividad deben ser electos por el pueblo, la minoría tiene el derecho de seguir sosteniendo sus puntos de vista, etc. Pero esta democracia es un procedimiento *formal*; procedimiento que se adapta necesariamente al contenido pre-establecido *de la conformación clasista de la sociedad en que tiene lugar*. Cuando la democracia puramente formal es la manera habitual de funcionar de un sistema burgués o "socialista", deviene un procedimiento funcional *ideológico*. La dictadura de la clase dominante se ejerce mediante dicha democracia. Esta última es la apariencia de gestión popular que la clase dominante necesita para actuar, en lo esencial, de acuerdo con sus más caros intereses de clase. Tanto Marx como Lenin, Trotsky como Mao Tse-tung, hacían notar que la dictadura del proletariado no excluía la democracia, porque era, decían, una dictadura para los burgueses y una democracia para el proletariado. Pero la historia ha

demostrado tres cosas: 1) que se trataba, sí, de una dictadura contra el capital privado, aunque no (como después veremos) contra lo que podríamos llamar el *capital social planificado*; 2) que la dictadura se ejercía, aunque en nombre del proletariado, también contra la clase obrera (lo cual se hace evidente desde Kronstadt hasta la represión al sindicato *Solidaridad* en Polonia) y 3) que la democracia formal que funciona en este régimen es una democracia ya no burguesa, como tampoco obrera, sino una *democracia intelectual*. De la misma manera que se puede afirmar: quienes son libres, verdaderamente libres en el capitalismo, son los burgueses, se puede decir: quienes son libres, verdaderamente libres en el "socialismo", son los intelectuales en general y la intelectualidad burocrática, técnica y militar en particular.

Los eurocomunistas combaten la *dictadura del proletariado* supuestamente para asociar socialismo y democracia; pero como el abandono de dicha tesis es el rechazo de la línea política *destructiva*, se convierten, a pesar de sus intentos de diferenciarse de ella, en una nueva edición de la socialdemocracia. Al combatir la *dictadura del proletariado*, los eurocomunistas reniegan, sí, del stalinismo (y aun del leninismo); pero reniegan también de una política anticapitalista real y efectiva. Al combatir la *dictadura del proletariado*, a favor de la "acaramelada" fórmula de la "democratización" del Estado, los eurocomunistas se definen francamente como partidos-sumisión. Viven, sin embargo, como todos los partidos reformistas de prosapia marxista, una *ambigüedad*: son revolucionarios de nombre y evolucionistas de hecho. Son una pieza importante del engranaje del sistema burgués —Marchais está apuntalando al gobierno de Mitterand, como antes, desde la "oposición", apuntalaba al régimen de Giscard d'Estaing—; pero, dada la ambigüedad que encarna, si hubiera condiciones revolucionarias (no generadas por ellos sino pese a ellos) no se descarta la posibilidad de que, cambiando repentinamente de chaqueta, se suban rápidamente al convoy del nuevo régimen anticapitalista: al *modo de producción* intelectual (MPI).

La *dictadura del proletariado* no es la sustitución, como creían los clásicos del marxismo, de un régimen dictatorial ejercido contra los oprimidos, por un régimen dictatorial ejercido contra los opresores. No es la sustitución de la *democracia burguesa* por la *democracia obrera*, sino la sustitución de la democracia burguesa por la *democracia intelectual*. Mucho se habla, en el movimiento comunista internacional, de democracia. Y ello está bien. Pero la conquista de la *democracia real* y no de la *democracia formal*, de la *democracia obrero-campesina* y no de la *democracia burguesa* o de la *democracia intelectual*, estriba en luchar, basados en una recta interpretación de la *estrategia del comunismo*, por la *dictadura del proletariado manual*. Si y sólo si el proletariado manual, a través de sus instrumentos de lucha, toma el poder y destruye el monopolio de medios



materiales de producción y el monopolio de los conocimientos (que subyace en el fondo de las actividades burocráticas, tecnocráticas o militares), se definiría como un *régimen verdaderamente democrático*. Como un régimen de línea de masas. Como un régimen en que la democracia no sería ya la fórmula por medio de la cual la clase dominante ejerce, en medio de la demagogia, su poder de clase, sino la *democracia de la disolución de las clases*. La democracia de la revolución articulada. Hay toda una corriente, dentro del marxismo internacional, que, consciente de la usurpación del poder obrero por el poder burocrático, plantea como solución –y a esta tesis parece inclinarse Althusser– la *autogestión* de los obreros y campesinos, la organización de ellos en *consejos*, la materialización de la "democracia obrera y campesina". Arguyen que no sólo (de acuerdo con Marx) la liberación de la clase obrera es obra de ella misma, sino que el socialismo es la libre asociación de los productores y que, por ende, los verdaderos órganos de la *dictadura del proletariado* deben ser autogestivos y consejistas. Esta afirmación nos parece verdadera a medias. Se pretende contrarrestar la dictadura burocrática con la democracia obrera, pero una democracia obrera concebida de manera formal. Si la gestión burocrática se sustituyera por la llamada autogestión obrera, se estaría sustituyendo, en realidad, el dominio de la burocracia por *el dominio de la tecnocracia*. El verdadero antídoto contra la usurpación burocrática es la dictadura del proletariado manual, dictadura que debe ejercerse, sí, mediante la autogestión *consejista* de los obreros y campesinos; pero en un proceso de subversión de la división del trabajo. Consejos más revolución cultural. No consejos a solas. Y no consejos a solas porque el proletariado se escinde en trabajo calificado y trabajo no calificado, en trabajo intelectual y trabajo manual. La organización autogestiva de la sociedad es necesaria: representa la experiencia creciente (que las masas deben ir adquiriendo) de tomar los asuntos del Estado en sus manos. Pero, conjuntamente con esa reorganización consejista de la sociedad, debe implantarse la democracia real de la revolución cultural: democracia que consiste en el hecho de que el trabajo intelectual debe proletarizarse y el trabajo manual intelectualizarse. Sólo si se vive y se denuncia a la *clase intelectual en su conjunto* como enemiga de la clase obrera, se puede impedir que los burócratas sean sustituidos por los técnicos o por los militares, etc. La clase intelectual tiene que ser desplazada, en los países "socialistas", por el proletariado manual. No hay otro camino.

c) *El problema del partido*. Nosotros somos de la opinión, como sugerimos más arriba, que Althusser denuncia en realidad una de las encarnaciones del problema universal de la *inexistencia histórica del Partido* (Revueltas): la que tiene lugar en el PCF. La diferencia entre un partido *real* y uno *irreal* no estriba en una interpretación empirista de los yerros y los aciertos

computables a una organización o a otra. Puede haber, en efecto, partidos *reales* con errores y partidos *irreales* con "aciertos". La esencia de un partido *irreal* es su incapacidad histórica para aprender de los fracasos y los éxitos y para poner este aprendizaje al servicio de las vías conducentes a la realización de un objetivo político previamente esclarecido hasta nivel de una nítida teorización del futuro partidario. La característica fundamental del partido *real* es su eficacia histórica, no para dejar de cometer tal o cual error, sino para obtener permanentemente lecciones de los fracasos, "enseñanzas de una derrota" (Revueltas). Y también, desde luego, de las victorias relativas. La *realidad histórica* de un partido no es, entonces, un problema coyuntural, sino estructural. Sólo es *real* el partido que reúne, como su estructura definitoria, un plexo de características que constituyen la *conditio sine qua non* de su carácter de *verdadero representante de los intereses históricos del proletariado*. Entre estos factores (que, articulados, configuran la totalidad orgánica que define la *realidad* del Partido) deben mencionarse, si no todos, cuando menos los siguientes: a) dominio crítico de la teoría (del MH, el MD, etc.), b) "nacionalización" y enriquecimiento de esa teoría, c) correcto funcionamiento de la forma organizativa del Partido (en este caso: del centralismo democrático), d) ejercicio permanente de la "memoria política" (Revueltas), y e) justa vinculación con las masas, etc. Althusser llega a la conclusión de que el PCF carece de esos factores definitorios, como Revueltas llegó en 1960 a una igual conclusión respecto al PCM. El PCF adolece, por consiguiente, de *irrealidad histórica*. No es un partido que, a raíz del fracaso electoral, haya cometido tal o cual error, sino que carecía de la posibilidad, por razones estructurales, de acertar, y *carecía*, por idénticas razones, de aprender de sus errores y convertirlos, por así decirlo, en "materia prima" de sus aciertos posteriores. Respecto al *primer factor* que requiere la *realidad histórica* del Partido, esto es, el dominio crítico de la teoría, Althusser hace notar que: "hemos alcanzado en el partido el punto cero de la teoría marxista".<sup>714</sup> Un poco más adelante, Althusser asienta: "El hecho de que el marxismo esté en crisis en todo el mundo, deja a la dirección tan fría como la realidad mundial de la crisis económica durante los años del Programa Común".<sup>715</sup> Se conduce, por último, de que "la crisis del marxismo adopte en Francia la forma de la desaparición de la teoría marxista en el seno del Partido Comunista".<sup>716</sup> En relación con el *segundo factor* que exige la *realidad histórica*, o sea, la "nacionalización" y enriquecimiento de la teoría, Althusser escribe con cierta ironía: "La dirección se consuela con facilidad. Porque el partido tiene una 'teoría' propia: la 'teoría' llamada del capitalismo monopolista de Estado (CME) que es la versión francesa (reforzada por la tesis de P. Boccara sobre la sobreacumulación/desvalorización del capital) de la teoría soviética del capitalismo monopolista del Estado".<sup>717</sup> Althusser hace notar que las

conclusiones sobre el CME de la Dirección del PCF son: 1) que Francia ha entrado en una fase que es la "antecámara del socialismo", fase en que la concentración monopólica forma un "mecanismo único" con el Estado, 2) que Francia se halla dominada por un puñado de monopolistas y sus lacayos. "Las conclusiones *políticas* de ambas tesis son claras: 1) la antecámara del socialismo y el 'mecanismo único' Estado-monopolios *cambian la cuestión del Estado*. El Estado reviste tendencialmente una forma que lo hace directamente utilizable por el poder popular, ya que no se trata, pues, de 'destruirlo', y en el horizonte de este argumento se perfila ya 'el abandono de la dictadura del proletariado'; 2) si el Estado está prácticamente listo, también están ahí casi a punto las fuerzas para ocuparlo, porque frente al 'puñado de monopolistas' está toda *Francia*, víctima de los monopolios".<sup>718</sup> Más que de tratarse, entonces, de la "nacionalización" del marxismo, se trata de la "versión francesa" del reformismo o del revisionismo. En conexión con el *tercer factor* que implica la *realidad histórica* del Partido, o sea, el correcto funcionamiento de su forma organizativa, Althusser argumenta, entre otras cosas, qué "La dirección colectiva aparece decididamente como antítesis del 'culto a la personalidad'".<sup>719</sup> Las cosas parecen, pues, ir por buen camino, ya que, al igual que en la URSS (tras el XX Congreso) en el PCF se habla con insistencia de que el "culto a la personalidad" ha sido sustituido por la "dirección colectiva" y el restablecimiento, en contra de las prácticas stalinistas, de la democracia partidaria y el centralismo democrático rectamente entendido. Pero "¿qué sucede en realidad? El tema de la dirección colectiva cubre, de hecho, un pacto que liga a los dirigentes entre sí, les separa del cuerpo de militantes y contribuye a perpetuar su poder".<sup>720</sup> Digámoslo de este modo: no es que se haya transitado de la etapa stalinista del centralismo sin democracia a la etapa "leninista" de un centralismo democrático verdadero, sino de la fase del "culto a la personalidad" al período del "culto a la Dirección". "Lo que no puede durar en el partido – dice Althusser por boca de Sánchez Vázquez– es, en definitiva, una forma de organización que remite forzosamente a cierto *status* prioritario de la teoría, o lo que pasa por tal, y al rebajamiento de la práctica en su formación y acceso a ella".<sup>721</sup> En realidad, "con las medidas organizativas que propone Althusser, el centralismo, y el verticalismo consiguiente, pierden su valor organizativo",<sup>722</sup> con lo cual el tercer Althusser niega tajantemente que exista en el PCF un correcto funcionamiento del centralismo democrático.<sup>723</sup> En referencia al *cuarto factor* que supone la *realidad histórica* del Partido o, lo que es igual, el ejercicio permanente de la "memoria política", Althusser dice, con todas sus letras, que "Escribir la historia del partido es una tarea política. Conociendo la realidad de su dirección, nadie se sorprenderá de que el partido, al igual que el PC de la URSS, haya sido *incapaz* de escribir su propia historia: no puede soportar

mirarla cara a cara, porque se vería obligado a reconocer errores o cosas peores..."<sup>.724</sup> En vinculación, por último, con el *quinto factor* que supone la *realidad histórica* del Partido –último en la lista, pero no en importancia–, es decir, la justa vinculación con las masas, Althusser se queja con insistencia, como hemos visto, de que el PCF carece de "una relación viva con las masas". Y al preguntarse: "¿En qué consiste entonces reproducir la práctica burguesa en su propio seno?",<sup>.725</sup> contesta contundentemente: "En tratar a los militantes y a las masas *como a otros*, a los cuales la dirección hace realizar su política, en el más puro estilo burgués".<sup>.726</sup> Si se deja "actuar" el mecanismo interno del Partido, ¿qué es, por consiguiente, lo que produce espontáneamente? Responde Althusser: "la *separación* entre el partido y las masas".<sup>.727</sup> El partido genera las "cinco deformaciones" articuladas, además de otras, no por accidente, de manera fortuita y excepcional, sino porque es una máquina o un instrumento conformado de tal manera (añadamos nosotros: *a través de toda su historia*) que genera espontáneamente un tipo de actividad que, aunque puede tener mayor o menor importancia política, no representa los intereses históricos de la clase obrera: ni los intereses *destructivos* (del sistema capitalista) ni los intereses *constructivos* socialistas. Un partido puede ser de masas, y aun de masas obreras esencialmente, sin ser un partido *real*: será un partido formado *por obreros para* la burguesía (o, en ciertas coyunturas, para la *clase intelectual*). En Althusser no aparece la noción revueltista de la *irrealidad histórica*; pero se halla, creemos, y como acabamos de mostrarlo, en "estado práctico", de manera implícita.

Ante lo que hemos denominado la *irrealidad histórica* del PCF (visualizada claramente por Althusser), nuestro filósofo propone implementar una *línea de unión popular*, conformada por los siguientes puntos: "1. Una teoría marxista resucitada. Una teoría... capaz de afrontar no sólo las contradicciones, sino también sus *propias* contradicciones. Una teoría marxista salvada del seno de su crisis actual en el movimiento comunista, por la práctica del análisis concreto y por la práctica de las luchas populares... 2. Una crítica y una reforma profundas de la organización interna del partido y de su modo de funcionamiento... No se trata de renunciar al centralismo democrático, sino renovarlo y transformarlo... 3. Un análisis concreto de la situación de clase en Francia... 4. La definición de una política de alianzas de todas las fuerzas obreras y populares, que combine los contratos en la cumbre con el desarrollo de la lucha del partido en la base: una línea de *unión popular*".<sup>.728</sup>

Hay partidos que poseen una *irrealidad histórica integral* y los hay que sólo tienen una *irrealidad histórica parcial*. Los partidos que padecen de *irrealidad histórica integral* son aquellos que, por carecer de un contenido revolucionario, están desprovistos de realidad histórica *destructiva*, y por estar ausentes de una clara teoría de la construcción del socialismo, están

despojados de realidad histórica *constructiva*. Son, pues, *partidos-sumisión*. Puede haber casos en que una agrupación que carece de realidad histórica *destructiva*, visualice algunos aspectos importantes del socialismo futuro; pero en sentido estricto *sólo puede tener realidad constructiva quien posee realidad destructiva*. Los partidos que padecen de una *realidad histórica parcial* son aquellos que, aunque muestran incompetencia para encabezar el proceso de conformación del socialismo, acaban por conquistar la *realidad histórica* suficiente para jefaturar el proceso destructivo de las relaciones de producción capitalista.

No se puede afirmar que los *partidos-destrucción* carezcan en absoluto de ideas, planes, programas para conformar el régimen futuro. Todo lo contrario: tienen un concepto muy preciso de la construcción de *algo* que ya no es el capitalismo, pero que tampoco es el socialismo. Los *partidos-destrucción*, conscientes del carácter irracional del régimen burgués (y respondiendo no a los intereses históricos de la clase obrera, sino de la *clase intelectual*) tienen en su programa de construcción "socialista" la finalidad de "socializar" los medios *materiales* de la producción. Como se proponen llevar a cabo una "revolución económica" sin realizar las revoluciones cultural, sexual-familiar, antiautoritaria e internacionalista, el resultado de su acción conformadora, una vez destruido el capitalismo, no es el socialismo sino el *modo de producción intelectual*. Como no hay, entonces, destrucción sin construcción, los *partidos-destrucción* son partidos también *constructores*; pero no del régimen socialista, sino de una formación en que se sustantiva la *clase intelectual* y adquieren la hegemonía los sectores burocrático, tecnocrático o militar. Los *partidos-destrucción* poseen una *realidad histórica parcial*, decíamos anteriormente. Su *realidad teórica* se distingue por dos notas: por su competencia para *destruir* el régimen burgués y por su capacidad de crear, no el régimen socialista, sino el *régimen intelectual*. Normalmente creen, incluso de buena fe, estar creando el socialismo, cuando lo que están engendrando es un *modo de producción intelectual*. Los *partidos-destrucción* no son otra cosa, en realidad, que *partidos intelectualistas*, esto es, *partidos que, consciente-mente o no, se valen de la clase obrera y de los campesinos para destruir a la clase burguesa y elevar al poder a la clase intelectual*. Desde el punto de vista de clase, los partidos que carecen de realidad histórica *destructiva* (y desde luego *constructiva*) no escapan, a pesar de sus pretensiones, de la determinación burguesa o pequeño-burguesa. Son partidos reformistas. *Partidos-sumisión*. Los *partidos-destrucción* son partidos que expresan los intereses históricos de la *clase intelectual*, y los *partidos destrucción-construcción* deberán ser quienes reflejen los intereses de la *clase obrera*.

Tres son los actores clasistas que intervienen en una revolución social, hemos afirmado: los agentes (el "por"), los enemigos (el "contra") y los

beneficiarios (el "para"). Conviene subrayar ahora que el "por" se divide en "por dirigente" y "por dirigido" y hacer notar que esta división no es fortuita, no es un mero "accidente histórico" (como querría el historicismo) sino que es un desdoblamiento necesario de los agentes de la revolución que responde a la estructuración objetiva de ellos en el seno del antiguo régimen. El Tercer Estado, por ejemplo, se dividía en un "por dirigente" (la burguesía y sus intelectuales) y en un "por dirigido" (los desposeídos o los pobres del campo) porque había una línea demarcatoria que los dividía arrojándolos a una trinchera o a otra: la propiedad o no de los medios *materiales* de la producción. Se precisa señalar, asimismo, que el "por dirigente", apoyado en el "por dirigido", es quien, tras de destruir el poder de la clase dominante, se convierte en "para". La revolución *democrático-burguesa* es una revolución hecha "por" la democracia, "contra" la nobleza, "para" la burguesía. Pero la democracia se dividía, a su vez, en burgueses y proletarios, esto es, en una *clase histórica* y en una *clase empírico-decisiva*. No debemos dejar de lado, desde luego, que la clase capitalista que existía antes de la revolución burguesa no era políticamente homogénea: son discernibles por lo menos tres estratos de ella: el sector "fuera de sí en sentido ascendente", o la burguesía subordinada *realmente* a la aristocracia; el sector "para sí" de la clase o la burguesía subordinada *formalmente* al pueblo trabajador, y el sector "fuera de sí en sentido descendente", o la burguesía subordinada *realmente* a la clase trabajadora. Cae de suyo que el sector "para sí" de la clase burguesa es el *sector histórico de la clase histórica* y que los estratos "fuera de sí en sentido ascendente" o "fuera de sí en sentido descendente" son los *sectores no históricos* de la misma clase. Con la revolución *proletario-intelectual* sucede algo semejante: el "por" se desdobra en "por dirigente" (los intelectuales revolucionarios) y en "por dirigido" (los obreros y campesinos). Este desdoblamiento tampoco es casual, no es un acaecimiento fortuito (como señalaría el historicismo). Responde a una necesidad histórica: al hecho de que, dentro del *frente laboral* (explotado por los capitalistas), hay asimismo una línea divisoria objetiva que coloca a ambos agrupamientos en dos polos antitéticos: la propiedad o no de los medios *intelectuales* de la producción. También aquel "por dirigente" (la intelectualidad revolucionaria), apoyado en el "por dirigido" (el trabajo manual de la ciudad y del campo) se convierte en "para". Revolución hecha "por" el proletariado, "contra" el capital, "para" la clase intelectual. El "por dirigente" de la revolución *proletario-intelectual* es el partido. La afirmación althusseriana de "dime cómo funciona tu partido, y te diré cuáles son las formas de tu dictadura del proletariado" adquiere plena-mente su sentido de partir de lo expuesto con anterioridad. Detengámonos, por consiguiente, en la relación "*por dirigente*"/"*para*". Althusser considera al partido comunista como un Estado que es la prefiguración del Estado post-capitalista. Aún más.

Podríamos ampliar este punto de vista, subrayando que la diferencia entre el *partido-sumisión* y los partidos revolucionarios (el *partido-destrucción* y el *partido destrucción-construcción*) estriba en que mientras el primero deja de ser un "Estado dentro del Estado" para devenir un "grupo de presión" (y hasta puede llegar a "compartir el poder" siempre y cuando sacrifique toda "veleidad" revolucionaria), los segundos no dejan de ser en ningún momento un "Estado dentro del Estado". El partido revolucionario no sólo prefigura el Estado post-capitalista, sino que reproduce, en el tipo de relación de su cúpula directiva con la base partidaria, el carácter de la relación que mantiene con las masas. El "por dirigente" es la vanguardia *intelectual* del proletariado manual. Pero en sí mismo tiene una dirección que es la *vanguardia de la vanguardia*, la intelectualidad elevada a la segunda potencia: si el partido es, frente a las masas, el "intelectual colectivo" (primera potencia), la Dirección es, frente a los militantes de base, el "intelectual colectivo partidario" (segunda potencia). Si el partido en su conjunto posee medios *intelectuales* de producción de los que carece la masa por él controlada, la Dirección del partido monopoliza medios *intelectuales* de producción de los que están carentes los militantes de la base. Tiene razón Althusser cuando denuncia que la teoría, en el PCF, "es 'propiedad' de los dirigentes" y también cuando argumenta la necesidad de que ella "deje de ser considerada propiedad de dirigentes, 'expertos' o 'especialistas'..."

En otra parte hemos escrito: "creemos que el *partido de los trabajadores manuales* debe ser, no un avance del 'socialismo' concebido como una rígida sociedad jerárquica, sino un *laboratorio de comunismo*. Dos elementos, entre otros, caracterizan a éste: *la revolución cultural anticipada* (como parte de la revolución articulada anticipada) y la *democracia centralizada*. Un partido que no pone en marcha, de manera sistemática y planificada una *revolución cultural anticipativa* se rigidiza, se convierte en *laboratorio intelectualista* o en el '*por dirigente*' de la revolución tenida por socialista, pero que no es sino una *revolución proletario-intelectual*. La revolución cultural está destinada a subvertir poco a poco la división del trabajo y el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. No busca únicamente la manera en que puedan trabajar eficazmente los intelectuales y los manuales. No. Su *propósito es empezar a modificar el status de intelectual y de manual*. Para esto sabe que no hay otro medio que el de socializar los conocimientos, colectivizar las experiencias, difundir los métodos, abrir las informaciones selectas, en una palabra, *trasladar medios intelectuales de producción de los intelectuales a los manuales o de los cuadros experimentados a los iniciados*. El principio de *intelectualizar a los manuales y proletarizar a los intelectuales es la divisa esencial de la revolución cultural anticipativa*".<sup>729</sup> Y más adelante: "Para que el *laboratorio de comunismo* pueda realizarse se requiere

sustituir el *centralismo democrático* (que es la forma específica de un laboratorio intelectualista, de un laboratorio *sin* revolución cultural) por la *democracia centralizada* (que es la forma particular del laboratorio de comunismo, del laboratorio en que se realiza permanentemente la revolución cultural). La *democracia centralizada recupera del centralismo democrático una serie de puntos, formulaciones y experiencias*. Pero difiere de él en un punto central: la *democracia no es vista por ella de manera formal sino real*. *Democracia real* significa aquí: abatir paulatinamente la ignorancia que origina la enajenación o el control de unos individuos por otros. Incorporar sistemáticamente experiencias en quien no las tiene. Asediar y erradicar el 'egoísmo cultural' de los cuadros 'cultos', 'inteligentes' y 'experimentados'. Planificar la conversión gradual de los manuales en intelectuales, de los inexpertos en expertos, de los neófitos en cuadros. La *democracia centralizada*, que quede claro, no es una forma organizativa que intente socavar el centralismo. Nada de eso. El centralismo es absolutamente indispensable para la unidad de acción y, con ella, para la *destrucción* del capitalismo y la *construcción* del socialismo".<sup>730</sup> Y a continuación: "La modificación que trae consigo la democracia centralizada respecto al centralismo democrático, se aprecia en otro punto: mientras que en el centralismo democrático, el centralismo se asocia con una democracia *formal* que, por no modificar en ningún momento la *división partidaria del trabajo*, termina por ser un centralismo *intelectualista*, en la democracia centralizada, el centralismo se asocia con una democracia *real*, esto es, con la *revolución cultural anticipativa*. Principios como el de que la minoría debe acatar las decisiones de la mayoría o los organismos inferiores subordinarse a los acuerdos de los organismos dirigentes no pueden desecharse. Pero deben aplicarse en otro contexto: en una concepción organizativa en que la división del trabajo, ya no se trata como una *constante* (a la manera del centralismo democrático) sino como una *variable*. En este sentido, la democracia real no es un acto sino un proceso".<sup>731</sup> Prosigamos: "La *democracia centralizada* no puede encarnar una *democracia absoluta* (lo cual es imposible mientras subsista la división del trabajo), sino que debe, por así decirlo, ir incorporando una cantidad cada vez mayor de democracia en el Partido...".<sup>732</sup> Y más adelante: "La mera modificación de los términos *centralismo democrático* y *democracia centralizada* nos está hablando de algo muy elocuente: no se trata ya de un centralismo que se 'legitima' en la democracia formal de las votaciones y la designación de delegados ante los Congresos deliberativos y resolutivos. Se trata de una democracia real... que se centraliza. Se trata, pues, de sustituir el centralismo *intelectualista* (que es la esencia del centralismo democrático) por el centralismo *obrero-campesino* o centralismo *manual* (que es el fundamento de la *democracia centralizada*)".<sup>733</sup> Y por último: "Para llevar a cabo la democracia



centralizada y la revolución cultural anticipativa se requiere, entre otras cosas, de dos medidas fundamentales: la *rotación de cuadros* y la *escuela abierta...*"<sup>734</sup>

Ninguno de los partidos comunistas existentes ha conquistado una realidad histórica integral. Ninguno ha logrado articular una línea política, derivada de una recta comprensión de la *estrategia del comunismo*, que vincule la *destrucción del Estado burgués* (e inicie con ello el desplazamiento del capitalismo) y la *construcción de la dictadura del proletariado manual* (y comience así la confirmación socialista). Tal vez algún partido comunista ha logrado adquirir, o está en posibilidad de hacerlo, una *realidad histórica parcial*. Quizás logre, en una coyuntura especial, *destruir* el capitalismo y *construir* si no el socialismo, sí el *modo de producción intelectual*. Pero la inmensa mayoría, si no es que todos, los partidos comunistas y obreros que conforman el movimiento comunista internacional (dentro del capitalismo) adolecen de *irrealidad histórica integral*: no son capaces ni de *destruir* el capitalismo ni de *construir* el socialismo. Son, pues, partidos marxistas y revolucionarios de nombre y reformistas de hecho. Pero es necesario hacer ver, en relación con los *partidos-sumisión*, que viven, como ya hemos dicho anteriormente, una cierta ambigüedad: aunque no son partidos destructivos, aunque no son capaces de dirigir el proceso revolucionario del desmantelamiento de la burguesía, son partidos, para decirlo con un lenguaje caro a Althusser, que se hallan simultáneamente subsumidos *realmente* a la burguesía y subsumidos *formalmente* al "socialismo". No harán nunca la *revolución social*: pero, dada su subsunción *formal* a los principios revolucionarios del marxismo, podrán readaptarse a las nuevas condiciones históricas y hasta lograr la hegemonía en el *modo de producción intelectual*. Los *partidos-sumisión* y los *partidos-destrucción* tienen algo en común: se hallan organizados, o pueden estarlo, de acuerdo con el *centralismo democrático*. El *centralismo democrático* es una forma organizativa que, basada en la *división del trabajo partidario*, puede servir tanto a los partidos reformistas como aquellos que son revolucionarios, aunque en el sentido limitado de organizaciones políticas *intelectualistas*.

En el tercer Althusser hay, como hemos dicho, cierta *luxemburguización* en lo que al problema del partido se refiere. Es verdad que la concepción leninista sufrió ciertas modificaciones con el cambio de circunstancias (no es un enfoque igual el que lleva a cabo Lenin en vísperas del II Congreso del POSDR o el que realiza después de la revolución de 1905) y el enriquecimiento teórico (no es lo mismo *¿Qué hacer?* que el Prólogo a la recopilación *En doce años*). Y es cierto que la concepción de Rosa Luxemburgo sufrió también ciertas modificaciones con el cambio de circunstancias y el enriquecimiento teórico (no es la misma posición defendida en los *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* de 1904 o en *La revolución rusa*). No obstante, se puede decir que la

*esencia* de la teoría leninista del partido difiere sustancialmente de la *esencia* de la teoría de Rosa Luxemburgo al respecto. Rosa Luxemburgo es, a no dudarlo, más ortodoxa que Lenin en este punto. Ella, al diseñar su concepción del partido, no deja de tener presente en todo momento la convicción de Marx de que la emancipación de la clase obrera es obra de ella misma. El proletariado se constituye en clase, según ella y también según Marx, transitando de su ser *clase en sí* a ser *clase para sí* como producto de las circunstancias, de la lucha de clases y la explotación. Afirmémoslo de este modo: para Rosa Luxemburgo *el politizador del proletariado es el capitalismo en general y el ciclo económico que le es inherente en particular*. En estas condiciones, el partido obrero no es un organismo político que, desde fuera de la clase, opere como la vanguardia dirigente, sino que es la *expresión condensada* de la conciencia de clase obrera: el órgano ejecutivo de sus decisiones. A no dudarlo, hay cierta relación entre la concepción que Rosa Luxemburgo sostiene sobre el sistema capitalista en su conjunto (en *La acumulación del capital*) y su teoría del partido obrero. No es, desde luego, una relación mecánica; pero existe un nexo indudable. Rosa Luxemburgo –en polémica con Lenin, Bauer y otros– sostiene que el carácter irracional del capitalismo se revela en el hecho de que está imposibilitado para reproducirse ilimitadamente. La realización plena del producto social (c+v+p) no es posible en el *mercado interno* capitalista. Mercado interno que ella concibe, no en los estrechos marcos del mercado nacional (como Lenin), sino en el nivel del capitalismo mundial. La realización del producto no puede ser plena, de acuerdo con nuestra socialista, porque una parte del nuevo valor generado, esto es, la plusvalía capitalizada no halla equivalente en el mercado capitalista. Para su realización y, por ende, para la reproducción incesante de sus condiciones de vida, el capitalismo requiere de un *mercado externo* (precapitalista) que transfiera sin cesar al capitalismo el valor (sin equivalente) que implica el producto social tomado en conjunto. Rosa Luxemburgo es, entonces, partidaria de la tesis del derrumbe del capitalismo. Las horas del sistema capitalista están contadas. Tarde o temprano –puede ser un siglo, puede ser más, puede ser menos– el capitalismo se destruirá, víctima de sus propias contradicciones. Rosa Luxemburgo escribe: "El capitalismo es la primera forma económica con capacidad de desarrollo mundial... Pero es también la primera que no puede existir sola, sin otras formas económicas de qué alimentarse, y que al mismo tiempo que tiene la tendencia de convertirse en forma única, fracasa por la incapacidad interna de su desarrollo. Es una contradicción histórica..."<sup>735</sup> El papel de la clase obrera y su partido no es aguardar a que sobrevenga el derrumbe. Tal interpretación de las tesis de Rosa Luxemburgo sería falaz y oportunista. No. Su función es acelerar lo más posible la descomposición del capitalismo y el tránsito al socialismo. Por

eso arguye que: "El capitalismo va preparando su bancarrota por dos caminos. De una parte, porque... camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y proletarios... haciéndose imposible... toda nueva expansión... De otra parte... el capitalismo va agudizando los antagonismos de clase... en tales términos que... mucho antes de que se imponga en el mundo el régimen absoluto y uniforme de la producción capitalista, sobrevendrá la revolución del proletariado".<sup>736</sup>

Lenin parte de otros supuestos. La clase obrera tiene, sí, un instinto anticipalista; pero carece de la conciencia de clase que la guíe hacia su emancipación. Basada en sus propias fuerzas, puede desarrollar ciertas formas de lucha; pero son formas que, en general, no rebasan los marcos de las demandas puramente reivindicativas en sentido económico. El principio marxista de que la emancipación de la clase obrera es obra de ella misma, no debe interpretarse, según la teoría leninista del partido, en sentido *espontaneísta*. La lucha obrera requiere de una *vanguardia política* que combata las limitaciones de la concepción puramente tradeunionista del proletariado en su lucha cotidiana. Es cierto que el capitalismo, la explotación, las crisis económicas, etc., politizan a las masas. Pero también las despolitizan. Lenin tiene siempre en cuenta que la ideología dominante es la de la clase dominante, lo cual evidencia el hecho de que la clase obrera es, digámoslo así, *politizada* por la explotación y la agudización de las contradicciones económicas y *despolitizada* por la ideología y la represión. Lenin no cree, además, en el derrumbe apocalíptico del capitalismo. En *La cuestión de los mercados* y otros textos hace notar que el producto social puede ser realizado plenamente en el mercado interno, que él concibe como nacional. El verdadero problema de la realización del producto no es, como para Rosa Luxemburgo, el hallar el equivalente de la *plusvalía capitalizada*, sino el del *capital constante*. Como el sector I puede realizar, en condiciones francamente capitalistas, los medios de producción por él generados, en el *mercado interno* (nacional), el capitalismo no lleva en sí mismo, y en lo que a su conformación económica se refiere, las simientes de su propia destrucción. El capitalismo tiende a reproducirse constantemente. Es un sistema económico que no se va a destruir por sí mismo, sino que *debe* ser destruido. El papel del partido no es, como en Rosa Luxemburgo, acelerar el proceso de destrucción del capitalismo, sino lanzarse al asalto de un sistema que, siendo expoliador, podría sobrevivir ilimitadamente si no se convirtiera expresamente en *objeto de revolucionarización* por parte de la lucha del proletariado y su partido. Las diferencias entre Lenin y Rosa Luxemburgo no son únicamente sobre la forma en que ambos conciben la organización del combate del proletariado, sino sobre la manera en que los dos caracterizan las *condiciones objetivas* de la fase actual del capitalismo y la función, carácter y sentido de las

*condiciones subjetivas* que corresponden a aquéllas. Aunque existe un vínculo entre la tesis luxemburguista del *derrumbe capitalista*<sup>737</sup> y la reafirmación de que la emancipación de la clase obrera es obra de ella misma (con las implicaciones partidarias que de ello se derivan), y aunque existe un nexo entre la concepción leninista de la capacidad económica de supervivencia del capitalismo y la convicción de que la clase obrera por sus propias fuerzas no es capaz de emanciparse (con las implicaciones partidario-vanguardistas que ello implica), subsiste la pugna de ambas posiciones, su contraposición y antagonismo, incluso en el supuesto de que hallemos, como varios autores lo han señalado, un terreno en que puedan conciliarse las opiniones encontradas respecto a la caracterización de la capacidad o no del capitalismo para reproducirse incesantemente. Se dice, en efecto, que, aunque la ley de tendencia económica del capitalismo es *el derrumbe* (lo cual, en fin de cuentas, le daría la razón a Rosa Luxemburgo), hay una serie de movimientos contrarrestantes de dicha orientación general que convierten a la tesis mencionada en una posibilidad abstracta que se hunde en las penumbras de un porvenir incierto (lo cual coincidiría, en cierto modo, con el planteamiento de Lenin). Lo anterior supone que, aun si se hallara un terreno común en el cual se pudieran concebir las diferencias existentes respecto a la concepción de las *condiciones objetivas*, quedaría abierta la antítesis sobre la caracterización de las *condiciones subjetivas*. Nos resistimos, por eso, a aceptar la afirmación de Sánchez Vázquez, de que "hasta hoy no ha habido ningún otro modelo de partido marxista fundado teóricamente... que el leninista..."<sup>738</sup> Creemos que Rosa Luxemburgo propone "el otro" modelo, aunque lo haga de manera menos sistemática y aunque la repercusión de sus formulaciones en la práctica, si bien cada vez resulta más importante, no puede compararse con la leninista. Las dos posiciones se contraponen. Entre ellas hay lo que hemos llamado una *polaridad intersustentante*. Los excesos vanguardistas de una (la leninista) "justifican" en cierto momento la adopción de la otra (la luxemburguista) y los excesos *espontaneístas* de ésta última "explican" en cierto momento la asunción de la leninista. La primera peca de *empirismo*, la segunda de *racionalismo*. Y de la misma manera que si no hubiera aparecido la *dialéctica* (en su interpretación materialista) el empirismo y el racionalismo conservarían su status teórico de *antinomia insoluble*, de igual modo si no cambiamos de terreno teórico y práctico, la pugna entre el vanguardismo (racionalista) de Lenin y el espontaneísmo (empirista) de Rosa Luxemburgo, se reafirmarán como "las dos" posiciones y los "dos modelos" partidarios que lleven a los revolucionarios a dar, víctimas de la *polaridad intersustentante*, permanentes bandazos de una tesis a la otra. Nosostros hemos propuesto una salida. Nuestra proposición partidaria implica cuatro puntos: 1) *el partido debe ser obrero-campesino*. Lo cual no significa que no deba existir una vanguardia. Debe organizarse una

vanguardia *interna* a la clase obrera (como quería Rosa Luxemburgo); pero que se caracterice, no por realizar una *exportación extraclasista* de la conciencia de clase (como lo plantea de hecho Lenin) sino por una *exportación intraclasista* de dicha conciencia, lo cual significa que los elementos más avanzados de la clase obrera y los campesinos, deben elevar a los más atrasados, sin que ello impida, desde luego, que la vanguardia también aprenda de las experiencias de estos últimos, 2) el partido debe ser creado y fortalecido a partir de la noción de la *revolución articulada* en general y de la clase *intelectual* en particular, 3) el partido debe conformar un *laboratorio de comunismo* y 4) el partido debe organizarse, no de acuerdo con el centralismo democrático, sino de acuerdo con la *democracia centralizada*.

A la luz de lo visto en este inciso, o sea, de las tesis de la *irrealidad histórica* del Partido, de la diferencia entre *irrealidad histórica parcial* (propia de los *partidos-destrucción*) y la *irrealidad histórica integral* (que caracteriza a los *partidos-sumisión*), de la concordancia entre el "por dirigente" y el "para" del proceso revolucionario, de la diferencia entre el *centralismo-democrático* y la *democracia centralizada* y de nuestra proposición de una *teoría global del partido obrero-campesino*, veamos las soluciones que nos brinda Althusser.

La *línea de unión popular* propuesta por él ante la bancarrota del PCF implica los siguientes puntos:

"1. Una teoría marxista resucitada. Una teoría... capaz de afrontar no sólo las contradicciones, sino también sus propias contradicciones. Una teoría marxista salvada del seno de su crisis actual en el movimiento comunista, por la práctica del análisis concreto y por la práctica de las luchas populares..."

La afirmación de la necesidad de resucitar el marxismo nos parece vaga. Ante el reformismo eurocomunista y la negación terminante del stalinismo, ¿se trata de resucitar un *marxismo doctrinario* o el *marxismo creador*? Si interpretamos la necesidad del resurgimiento del marxismo como una vuelta al marxismo de Marx, dicha vaguedad encarnaría en el interrogante: ¿una vuelta "a lo que *dijo* Marx"? o ¿una vuelta a la *exigencia marxista de permanente renovación del marxismo*? Pensamos que Althusser identificaría su proclama de resucitar el marxismo con el segundo sentido o, lo que es más probable, con la reafirmación de las *verdades* dichas por Marx y, simultáneamente con ello, la obligación de los marxistas creadores de llenar vacíos, disipar malentendidos y *desarrollar creativamente la teoría* a partir de condiciones históricas de las que no fueron testigos ni Marx ni Engels. Pero el planteamiento de Althusser no escapa a la ortodoxia *binarista*, a los planteamientos simplistas y a las soluciones especulativas, retóricas y abstractas. En el mejor de los casos, la petición de llevar a cabo una teoría "capaz de afrontar no sólo las

contradicciones, sino sus propias contradicciones" o una teoría "salvada del seno de su crisis actual en el movimiento comunista, por la práctica del análisis concreto y por la práctica de las luchas populares", opera como un buen deseo. Althusser describe, con asepsia fenomenológica, la situación de *crisis* en el movimiento comunista. Los conflictos entre la URSS y China, la "guerra entre países socialistas", la pugna por la hegemonía entre los partidos, etc., son un claro síntoma de que "algo" le sucede al marxismo. Althusser afirma contundentemente que éste último está en crisis "en todo el mundo". Y le asiste la razón. Pero habría que matizar tal planteamiento con dos observaciones: a) la primera consistiría en preguntarnos si ¿no han habido otras crisis del marxismo (la provocada por Bernstein, la encarnada por Lenin, la sostenida por Stalin, etc.)? Aún más: en vida *de* Marx ¿no existía una crisis entre lo que Marx concebía como su obra y el "marxismo" en boga que le llevó a decir, en carta a Lafargue, que si "eso" era marxismo él no era marxista? O yendo al fondo, ¿la crisis no es connatural al marxismo (y a toda ciencia)? ¿No hay una perpetua conflagración entre el marxismo de Marx y el marxismo *abierto* por Marx? Si damos el nombre de *conflicto permanente* a la pugna entre el marxismo concebido como *sistema cerrado* y el marxismo concebido como *acumulación originaria teórica*, y llamamos *crisis* a los momentos en que ese conflicto se vuelve explosivo, no cabe duda de que estamos viviendo una etapa de *crisis* tanto del movimiento comunista interna-cional cuanto del marxismo en "todo el mundo". b) La segunda observación se dirigía a subrayar el hecho de que no basta con describir la *crisis*, sino explicarla, y explicarla de conformidad no con las recetas, la ceguera y el dogmatismo del marxismo anquilosado, sino de acuerdo con un marxismo que conquiste, precisamente en *esa* explicación, un enriquecimiento que haga añicos los marcos entorpecedores del *status* de *religión profana*. Nosotros pensamos –y el discurso althusseriano es bastante pobre en este punto– que la crisis del movimiento comunista y del marxismo en general se basa en la toma de conciencia por parte de sectores cada vez más numerosos de que *la destrucción del capitalismo no equivale a la construcción del socialismo*. Se basa en esto y sus múltiples implicaciones.<sup>739</sup> Althusser se queda en la epidermis del problema. Su "solución" deviene un deseo abstracto. El pide avanzar en la explicación del problema; pero no ofrece nada nuevo, nada importante, nada convincente.

"2. Una crítica y una reforma profundas de la organización interna del partido y de su modo de funcionamiento... No se trata de renunciar al centralismo democrático, sino renovarlo y transformarlo...

La crítica althusseriana al PCF contempla aspectos esenciales (de contenido) y aspectos formales. Detengámonos un momento en ambas facetas. Aspectos esenciales: Althusser denuncia "el hecho de que en el partido... la teoría sea 'propiedad' de los dirigentes".<sup>740</sup> Pese a las

limitaciones de este planteamiento –atribuir la existencia de dicho monopolio intelectual solamente "a la tradición stalinista" cuando es un producto *necesario* de la división del trabajo– representa un gran avance, y uno de los momentos más brillantes, a nuestro modo de ver las cosas, del tercer Althusser. Nuestro filósofo, sin embargo, no lleva a sus últimas consecuencias la formulación crítica diseñada. No advierte que no hay sólo un monopolio intelectual de los dirigentes *frente* a la base del partido, sino del partido en su conjunto *frente* a la clase obrera y sus aliados (en el capitalismo) y, en el caso de tener lugar una revolución social, un monopolio teórico de la clase intelectual y su Estado *frente* a los obreros y campesinos.

Es cierto que advierte el vínculo que existe entre la relación *dirección/base* y la relación *partido/masas*, y que no desconoce el nexo entre los *agentes* de la revolución y los *usufructuarios* de la misma al menos en lo que a la revolución burguesa se refiere.<sup>741</sup> Pero al tratar de las revoluciones post-capitalistas no ve estos vínculos a la luz de la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. No advierte que si hay un *por dirigente* y un *por dirigido*, que si aparece, en lo que al primero se refiere, lo que podríamos llamar (aludiendo a su dirección) "el *por dirigente* del *por dirigente*" y si hay, también en el primero, lo que podríamos nominar (refiriéndonos a su base) "el *por dirigido* del *por dirigente*", y que si, por último, hay una coincidencia entre el *por dirigente* de la revolución (y en especial del "por *dirigente* del *por dirigente*") y el *para* de la misma, todo ello se debe no a un hecho fortuito, sino a la división del trabajo que no sólo se manifiesta en la producción económica sino en la *producción revolucionaria*. En todo esto, hace acto de presencia lo que el joven Trotsky denominaba el *sustituismo*: el partido sustituye a las masas, el aparato sustituye al partido, el Comité Central sustituye al aparato, etc. En realidad el *sustituismo* –tesis de la que se olvidó el segundo Trotsky, aunque no el tercero– es, vélgase la expresión, la *fórmula algebraica del modo de producción intelectual*. Conviene hacer notar, antes de pasar adelante, que en el *frente laboral*, en el *por* de la revolución (tomado en conjunto), se da ampliamente la *armonización de clases*: el trabajo intelectual se "solidariza" con el trabajo manual ante un peligro común: el capital privado. Esta *armonización de clases* (política fundamental del marxismo-leninismo) tiene una pieza maestra: la afirmación contundente, tácita o expresa, de que la intelectualidad *no* conforma una clase separada del trabajo físico. Pero esta armonización clasista es transitoria: permanece el tiempo que dure el proceso de transformación revolucionaria. En efecto, una vez que triunfe el *proletariado* sobre la burguesía, la armonización se viene abajo y es sustituida por la dominación clasista de la clase intelectual (sustantivada) sobre el trabajo manual, e irrumpe, con ello, ya sin tapujos, la lucha de clases. Althusser reconoce, a no dudarlo, el *sustituismo*.<sup>742</sup> Pero

¿cuál es el fundamento del mismo? Althusser no lo dice. No lo dice, *aunque podría haberlo dicho*. El tercer Althusser alude a los intelectuales de tres maneras: en primer lugar se refiere a la forma en que la dirección del partido contra-ataca a sus críticos de base, echando mano de "los adjetivos infamantes de intelectuales 'de salón' y doctrinarios. El aparato del partido se cerrará sobre ellos".<sup>743</sup> En segundo lugar hace referencia a los "profesionales" y "expertos" de la Dirección que se presentan demagógicamente como trabajadores manuales, obreros, etc. Dice "¡Menudo consuelo y mixtificación, escribir en su cartilla electoral 'campesino', 'empleado de correos' 'metalúrgico', etc., cuando desde hace 20 años ha cambiado la condición del obrero por la de intelectual funcionalizado más o menos responsable!".<sup>744</sup> En tercer lugar, y como ya lo hemos subrayado, habla de los "expertos" de la Dirección como monopolizadores de la verdad, de la conciencia como "propiedad de un centro".

Es interesante anotar que existe un nexo entre el primer tratamiento de los intelectuales y el segundo: la Dirección califica despectivamente a sus "críticos de base" de *intelectuales de salón*, porque sabe que la base partidaria del PCF, en lo fundamental obrera (y militante en la CGT), posee un cierto instinto anti-intelectualista que puede degenerar fácilmente en *manualismo* u *obrerismo vulgar*. Los califica, pues, de "intelectuales de salón" o "doctrinarios" para desprestigiarlos frente a los trabajadores manuales del Partido. Pero al mismo tiempo que hace esto, se autopresenta –ella, una Dirección de "profesionales" y "expertos"– como integrada por obreros o trabajadores físicos, cuando en el mejor de los casos, se halla conformada por ex-obreros que han devenido "intelectuales funcionalizados". En realidad se trata de una pugna entre dos *tipos* de intelectuales: los intelectuales-burócratas y los intelectuales-críticos. El tercer tratamiento de los intelectuales da decididamente en el clavo: los burócratas dirigentes son, frente a la mayor parte de los miembros de base del Partido. "expertos" que monopolizan conocimientos. Althusser nos ofrece, pues, una serie de *derivaciones* de una estructura ausente: no logra advertir que el papel de los intelectuales, su lucha, su ocultamiento, etc. son roles, funciones, actitudes deducidas del hecho de que ciertos individuos poseen, en la forma de la propiedad privada, ciertos *medios intelectuales de producción*, de los que carecen otros. La lucha interna del PCF es, en este caso, una pugna *interintelectual* sobre el telón de fondo de su clase obrera que se halla *controlada* por un tipo de intelectuales (los burócratas) y no por el otro (los críticos). Althusser dio con el concepto de *medios intelectuales* de producción; pero no supo sacar las consecuencias sociales y políticas del mismo. Resultado de esto es que tiene una visión simplista y utópica de la solución del problema de la oposición *dirección/base* (fundada en el monopolio de los conocimientos). Su solución es, no la



*revolución cultural anticipativa*, no el reconocimiento de la existencia, en la dirección del partido y en el *por dirigente* tomando en conjunto, del sector *para sí* de la clase intelectual, sino los buenos deseos. Pretende modificar lo que *es*, mediante lo re *debe ser*. Cuando se pregunta: ¿en que consiste *reproducir* la "práctica política burguesa" en la organización proletaria?, nos proporciona esta respuesta: "En tratar a los militantes, y a las masas, como *a otros*, a los cuales la dirección hace realizar su política, en el más puro estilo burgués".<sup>745</sup> Es cierto que la dirección trata a los militantes y a las masas como "*a otros*" a los que hace realizar sus propósitos: pero esto no es el resultado de una mala política, de un "tratamiento" erróneo, sino *producto de una conformación estructural necesaria*. Los dirigentes tratan a la base y a la masa como "a otros" porque son, en realidad, "otros": esta *alteridad* no es otra cosa que la derivada de la diferenciación tipológica entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Cuando Althusser asiente, en la frase recientemente citada, y que ahora transcribimos completa: el que en el partido "la teoría sea 'propiedad' de los dirigentes, y que esta 'propiedad' de la teoría y de la verdad disimule otras 'propiedades', las de los militantes y las propias masas, no debe interpretarse en términos individuales, sino en términos de sistema",<sup>746</sup> nos induce a aclarar los siguientes puntos: Althusser homologiza, en primer lugar, la "propiedad" de los dirigentes y la "propiedad" de las bases y las masas. Es cierto, desde luego, que tanto el trabajo físico como el trabajo intelectual presuponen, generan o consolidan ciertas *cualidades* que pueden ser designadas, de acuerdo con sus atribuciones tipológicas, "propiedades" de un trabajo u otro; pero lo decisivo no es eso, sino la relación de *verticalidad* que, en general, se establece entre el trabajo que planifica y el trabajo que ejecuta, el trabajo que cohesiona (ideológicamente) y el trabajo cohesionado. De ninguna manera podemos suponer que el mero reconocimiento de que el *monopolio de la teoría* por parte de la dirección "disimule" otras "propiedades", va a cambiar las cosas. La forma de existencia de los dos *tipos* de trabajo que conforman el *frente laboral* es la *unidad y lucha de contrarios*. Y esta forma de ser no puede transformarse sino *revolucionariamente*. Althusser da la impresión, en segundo lugar, que va por buen camino al reconocer que el predominio de un tipo de "propiedad" sobre el otro, y la correspondiente "disimulación" de las *cualidades* del trabajo de la base y de las masas, por parte del "monopolio de la verdad" de los "expertos", "no debe interpretarse en términos individuales, sino en términos de sistema"; pero aquí sistema no significa, como para nosotros, la unidad orgánica partidaria resultante de la estructuración en un todo de la oposición técnico-funcional, no significa, como para nosotros, un *laboratorio* (burgués o intelectualista) en el que se reproduce *necesariamente* la división del trabajo, sino una errónea conformación partidaria de una línea política equivocada que es necesario

modificar. La poca profundidad en el análisis lleva, pues, al simplismo y a la utopía en la solución.

Ante el problema del partido revolucionario, dos teorías han pretendido explicarnos el status teórico-práctico de esta organización en la sociedad moderna: una afirma que el carácter, contenido y función del partido depende exclusiva o esencialmente de las condiciones históricas particulares de un país determinado. Todo intento de generalizar ciertas experiencias concretas le parece erróneo o, al menos, peligroso. Otra asienta que hay un carácter, contenido y función del partido que vale independientemente de las condiciones históricas particulares. Toda pretensión de crear un partido al margen de estos factores indispensables para que exista un partido revolucionario le parece a esta segunda teoría falso o riesgoso. La primera teoría cae en el *particularismo*, y es *historicista*; la segunda cae en el *universalismo abstracto*, y es *formalista*. A la primera le falta un tratamiento estructural, a la segunda un planteamiento histórico. Nuestro punto de vista es que el partido revolucionario es *una estructura que debe nacionalizarse*. A la luz, finalmente, de la última observación, pasemos a examinar las opiniones de Althusser sobre el mal funcionamiento orgánico del centralismo democrático en el PCF y las medidas correctivas que propone:

1. *El problema de la verticalidad*. Ante la verticalidad cuartelaría (cuerpo en que encarna el centralismo sin democracia), Althusser propone, recordemos, la *horizontalidad* o sea la posibilidad de entrar en relación *directa* unas células con otras. Nuestra opinión al respecto es que la *horizontalidad* sería deseable si no existiera el enemigo. Y si esto es verdadero especialmente para países como el nuestro, y para prácticamente todas las naciones de América Latina, no deja de serlo, nos parece, respecto a Europa en general y Francia en particular. La *verticalidad* es necesaria, para salirle al paso a la represión burguesa, tanto en aquellos países en los que no se puede prescindir de la lucha armada y la revolución violenta, cuanto en aquéllos en los que existe la posibilidad de una lucha parlamentaria y una revolución pacífica, en el entendido, respecto a estos últimos, de que dicha posibilidad no es factible si el partido, empeñado en la pugna parlamentario-pacífica, no está preparado, si las circunstancias lo exigen, para asumir la lucha armada, violenta. En estas condiciones, aun en las naciones en que es posible el tránsito pacífico al régimen post-capitalista se requiere salvaguardar a la agrupación política de la represión policíaca y, por ende, desechar la *horizontalidad*. Creemos, sin embargo, que debe distinguirse entre *horizontalidad empírica* y *horizontalidad teórica*. La primera es la relación *directa* de unas células con otras, de unos individuos con otros. La segunda es la relación de unas células con otras, no en el sentido empírico del trato personal, sino a través de la amplia difusión de los puntos de vista de las células. Nosotros creemos que si la

*horizontalidad empírica* es inaceptable por las razones ya aducidas, la *horizontalidad teórica* es imprescindible. Aún más: estamos convencidos de que si la Dirección impide la *horizontalidad teórica* se convierte en *fraccional* de la misma manera que si toma decisiones antes de que, en problemas cruciales, la base discuta *suficientemente* un problema. Creemos que, *en términos generales*, todo partido revolucionario debe basarse en la *horizontalidad teórica*. Sólo en situaciones de excepción –en medio de la lucha armada, por ejemplo– podría limitarse (aunque nunca excluirse del todo) la *horizontalidad teórica*. Respecto a la *horizontalidad empírica* somos de la opinión que debe desecharse en términos generales y sólo en ciertas circunstancias (cuando el partido tiene garantizado un *aparato militar*, por ejemplo) podría aceptarse con ciertas limitaciones. *Sólo un partido reformista, un partido-sumisión podría aceptar sin taxativas la horizontalidad empírica*. Por eso estamos en desacuerdo con Althusser en este punto. Desgraciadamente creemos ver en ello cierta socialdemocratización de su concepción organizativa del Partido. Los eurocomunistas del PCF sostienen la *verticalidad* no para proteger al partido de la represión, sino para proteger sus intereses copulares respecto a la base. Esta es la razón de que, contra ellos, a nuestro modo de ver las cosas, se precisa el establecimiento no de la *horizontalidad empírica*, sino de la *horizontalidad teórica*.

2. *El problema de las fracciones y tendencias*. Estamos de acuerdo con Althusser y en oposición a los trotskistas, en la decidida recusación de las *fracciones* dentro del partido revolucionario. Pero no en la oposición del tercer Althusser a las *tendencias*. Recordemos su afirmación al respecto: "¿Debemos limitarnos a esa formulación de Lenin: fracción no, tendencias sí...? A esa cuestión enormemente delicada personalmente me inclinaría por responder con una negativa, porque yo creo que, por sus formas teóricas y prácticas, la organización en tendencias estables tiende a reproducir en un partido que no es burgués, sino proletario, obrero, *una forma típicamente burguesa* de representación de las corrientes de opinión".<sup>747</sup> Adviértase que en Althusser se halla implícita una diferencia entre tendencias estables (legalizadas) y tendencias naturales (no estables). Althusser reconoce que en un partido vivo "existen siempre *contradicciones...* o puntos de vista diferentes, y tendencias que las ponen de manifiesto", o sea que reconoce la formación espontánea de tendencias naturales. Pero afirma resueltamente que "el *reconocimiento jurídico* y la *legalización de las tendencias* no nos parece la mejor manera de resolver esas contradicciones...".<sup>748</sup> Probablemente el temor que sobrecoge a nuestro filósofo al hablar de la *legalización o reconocimiento jurídico de las tendencias* es que devengan fracciones y que no tiendan a su disolución en un nivel más alto de unidad. Nosotros creemos que las cosas son exactamente al revés. De modo no sólo natural, sino necesario, y de modo

no sólo necesario, sino conveniente, en todo partido vivo, fecundo y operante, se forman contradicciones no estables primero y estables después. La "legalización" de las mismas, si deseamos seguir empleando dicha expresión, no consiste en sancionar para siempre su impenetrabilidad sino todo lo contrario: reconocer su existencia y buscar los medios para que racionalmente tiendan a su desaparición. Recordemos la vieja fórmula: *unidad lucha/unidad*. Sólo es posible cerrar el círculo en espiral que presupone este mecanismo si las contradicciones no ocurren a espaldas del partido, sino que son francamente reconocidas. Lo esencial en el problema de las tendencias es que fluyan libremente y tiendan a su disolución y no que, excluidas formalmente y satanizarlas y restablecer un verticalismo *ultracentralista* (Rosa Luxemburgo) que convierte de hecho a la Dirección en un verdadero grupo fraccional dentro del Partido.

Si recapacitamos en lo escrito en este párrafo, advertimos que nuestra concepción del partido difiere en no pocos puntos de la de Althusser. El partido que concebimos y que contraponemos al althusseriano, no es un *partido de los trabajadores* basado en el sistema *binario*, sino un *partido obrero-campesino*, esto es, un partido, interno, de los *trabajadores manuales*, fundado en un sistema ternario *clasista*. No es un partido basado en el centralismo democrático –ni siquiera en un *centralismo democrático* depurado frente a las "tergiversaciones" del PCF– sino un partido que se organiza de acuerdo con la *democracia centralizada*. No es un partido que acepte la *horizontalidad* y reniegue de las *tendencias*, sino que sustenta la necesidad de rechazar la *horizontalidad empírica*, pero no la *teórica*, y subraya la conveniencia impostergable de reconocer la existencia de las tendencias, aun las estables, para planear su resolución dentro de la fórmula de la *unidad/lucha/unidad*. No es un partido que, organizado de acuerdo con el *centralismo democrático*, se base en lo que llama Althusser la línea de "unión popular", sino un partido que, cimentado en la *democracia centralizada*, defiende la *línea de masas*: la línea de masas en su interpretación científica y revolucionaria, esto es, sustentada en la Revolución Articulada. La *democracia centralizada* no es la forma orgánica del laboratorio *burgués y/o intelectualista*. No respeta la división del trabajo. No intenta generar y consolidar el "productivismo político" resultante de armonizar "correctamente" el trabajo intelectual complejo de los "expertos" y el trabajo manual simple de los militantes de base. *La democracia centralizada es la forma orgánica de la revolución cultural anticipativa*. Sus principios (respecto de las organizaciones de masas): elección de los miembros del partido por las masas *politizadas*, control de la organización partidaria por parte de los trabajadores manuales sin partido, rotación de los cuadros dirigentes (sin perder la continuidad), implementación no de la elitista "escuela de cuadros" sino de la "escuela abierta" para pasar incesantemente medios *intelectuales* de producción de

la dirección a la base y del partido a las masas (aunque fomentando también el proceso educativo inverso), se basa incuestionable-mente *en la necesidad de subvertir la división del trabajo en general y la contraposición del trabajo intelectual y el trabajo manual en particular.*

d) *El problema del socialismo.*

Además de las nociones de lucha de clases (como preeminente respecto a las clases), del Estado en general (como máquina que transforma la violencia en poder) y de las dos formas esenciales del Estado moderno (la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado), Althusser pasa a analizar la *transición* del capitalismo al socialismo. En primer lugar –nos dice– hay que tener en cuenta que el marxismo habla no sólo de la destrucción del aparato estatal de la burguesía, sino de la desaparición del Estado en cuanto tal. Sólo si tomamos en cuenta tal objetivo final, podremos implementar una tesis correcta respecto a la estrategia global de los marxistas frente al problema del Estado. Althusser escribe, por eso, que "la cuestión de la destrucción del aparato burgués sólo se comprende a partir de la extinción del Estado, es decir, en la posición del comunismo".<sup>749</sup> Es preciso partir de la estrategia del comunismo. No de la estrategia del socialismo, ni mucho menos de la de un régimen democrático y popular (que desplace al CME); "hay que ver lejos en el futuro de la lucha de clases, sin lo cual, decía Marx, la mejor organización de la lucha de clases proletaria cae en el oportunismo: basta con sacrificar los intereses del futuro a sus intereses inmediatos".<sup>750</sup> Debe partirse de la estrategia del comunismo y no de la del socialismo, porque el socialismo no es un modo de producción, sino una *transición*. Es, en efecto, la etapa inicial, transitiva, del comunismo. Carece del contorno estructural de una formación social cerrada. Lenin considera el período de transición –escribe nuestro filósofo y político– como un "período definido por la contradicción entre el capitalismo y el comunismo...".<sup>751</sup> Todo esto, sin embargo, resulta muy general, muy abstracto, muy teórico. ¿Qué ha sucedido al respecto en un país, como la URSS, donde, tras la revolución de octubre, se ha pretendido sustituir la dictadura de la burguesía por la del proletariado, el sistema capitalista por el régimen socialista? En primer lugar hay que desechar la caracterización que los propios dirigentes del Partido y el Estado soviéticos dan de su sistema político como un "estado de todo el pueblo" ya que "teóricamente hablando, la noción de un Estado que fuese 'el Estado de todo el pueblo' es un absoluto contrasentido".<sup>752</sup> Un Estado, en efecto, siempre es el aparato de una clase dominante. Un Estado que fuera "de todo el pueblo" no sería Estado. ¿Qué es, entonces, qué representa, qué significa el Estado de la URSS? Como "los aspectos dominantes de la formación social soviética no parecen –repárese, como algo verdaderamente significativo, hasta dónde llega el tercer Althusser–... derivar de la dictadura de la burguesía, pero tampoco de un modo visible de la dictadura

del proletariado, es obvio que nos preguntemos: ¿cuáles son actualmente las relaciones de producción en la URSS, las relaciones de producción y las relaciones sociales, políticas e ideológicas correspondientes?".<sup>753</sup> La pregunta no es nueva. La aseveración de que en la URSS no impera ni la dictadura de la burguesía ni la del proletariado tampoco la es. Ya Bruno Rizzi o James Burnham, para no citar sino a dos disidentes del trotskismo, se la plantearon con toda nitidez y adelantaron dos hipótesis (que en la URSS predomina el "colectivismo burocrático", dijo uno; que existe en ella un "régimen managerial", dijo el otro). No son, pues, temas, preguntas, inquietudes nuevas. Lo nuevo es que hayan surgido en el PCF y como culminación, en el tercer Althusser, de los desarrollos teórico-políticos del primero y el segundo. Althusser, además, hace notar que: "Si pudiéramos, finalmente, dar una respuesta científica a esta pregunta-clave esta respuesta podría contribuir... a preparar la solución a uno de los aspectos más graves de la crisis del movimiento comunista internacional, es decir, a la división actual del movimiento comunista internacional, división que es la principal fuerza del imperialismo".<sup>754</sup>

Aunque Althusser se pregunta por la naturaleza del régimen existente en la URSS, aunque niega que sea una dictadura burguesa o una dictadura proletaria, no nos brinda una respuesta acabada. Y aunque piensa en la necesidad de elaborar ésta última, para solucionar la crisis histórica del movimiento comunista, no logra ofrecernos, a manera de respuesta al interrogante en cuestión, un análisis científico de la naturaleza de la URSS. Parece, sin embargo, inclinarse al punto de vista –coincidente con los anarquistas Pannekoek, Korsh, Bordiga, Mattick, etc.,– de que en la URSS hay un capitalismo de Estado; pero no nos brinda esta hipótesis como una teoría desarrollada. Hace notar que cuando la clase obrera en el poder toma sus primeras medidas ¿qué es lo que hace? Expropia a los monopolizadores de los medios de producción de cambio. "He aquí –dice– el punto absolutamente definitivo, *la encrucijada*. Considerada en sí misma, esta acción es contradictoria, ya que nacionalizar es destruir la clase burguesa en sus fortalezas..., es, pues, tomar formalmente la vía del comunismo. Pero al mismo tiempo, nacionalizar no es otra cosa que revestir al capitalismo con una nueva forma, la forma de capitalismo de Estado que obsesionaba a Lenin, y que no es otra cosa que la realización de la tendencia más profunda del capitalismo, aquella de la que *no se quiere hablar*, la de un 'capitalismo' sin capitalistas (Marx) en donde el Estado burgués concentra y distribuye las funciones de la acumulación y la inversión y, por tanto, la reproducción de la relación capitalista".<sup>755</sup> Y añade: "Sí, la relación capitalista, puesto que subsisten los asalariados y con ellos la explotación y las relaciones mercantiles, es decir el poder del dinero".<sup>756</sup> Y adelanta esta explicación hipotética: hay que tomar en cuenta la diferenciación que hace Marx entre la "subsunción formal" –en que subsisten antiguas formas de

trabajo bajo la forma de trabajo asalariado capitalista— y la "subsunción real" —en que dichas formas antiguas se transforman en nuevas formas típicamente capitalistas—. "Este es el tipo de contradicción que se pone en juego en la apropiación colectiva de los medios de producción; con la diferencia de que es la antigua relación (capitalista) la que debe someterse a la nueva forma (comunista)".<sup>757</sup> ¿Capitalismo con forma comunista? ¿Qué puede significar esto? ¿Cuál su estatuto teórico? Althusser escribe: "Digo forma comunista, porque sólo es, en la transformación de la producción (propiedad colectiva, planificación) formal, puesto que no ataca las relaciones de producción (los asalariados), no toca la división y la organización del trabajo".<sup>758</sup> Hasta aquí Althusser parece coincidir sin más con los partidarios, como dijimos, de que la URSS es un régimen de capitalismo del Estado, un régimen de capitalismo de Estado que, por ser un "capitalismo sin capitalistas" asumiría la forma, pero sólo la forma, de comunismo. Algo así como un régimen de forma comunista y de contenido capitalista. Pero las cosas se complican cuando Althusser escribe: "Pero al mismo tiempo digo *forma* comunista porque de todos modos es ya una puesta en marcha, una subsunción que tiende hacia su futuro, que espera de este futuro que le dé la realidad y la existencia".<sup>759</sup> Althusser, en consecuencia, es más optimista que los marxistas holandeses (Gorter o Pannekoek), alemanes (K. Korsch, Otto Rühle, P. Mattick) o italianos (Bordiga, etc.). No piensa que es un *capitalismo burocrático de Estado* sin más. Una forma novedosa de capitalismo, pero capitalismo al fin, sino un régimen en que está a la orden del día quién vencerá a quien. Se trata, pues, de una "encrucijada de caminos" "o bien la antigua relación capitalista podrá más que la nueva forma comunista, o bien la nueva forma comunista se convertirá en real y se impondrá como la nueva relación".<sup>760</sup> ¿Cómo solucionar este extraño sistema capitalista, con "forma comunista"? Althusser se pronuncia en el sentido de que lo que decide, en esta alternativa, es la correlación de fuerzas en la lucha de clases. Lucha de clases que se juega no sólo a nivel económico sino también *superestructural*: en el carácter del nuevo Estado y del partido. "En este momento se pone en marcha una enorme y larga prueba de fuerza, que se llama *la lucha de clases bajo la dictadura del proletariado*, a la vez en la producción, la política y la ideología."<sup>761</sup> En Althusser hay, entonces, cierto optimismo, como decíamos, respecto a la caracterización de los países "socialistas", en comparación de quienes piensan que se trata de una formación social que ya no es capitalista, pero que tampoco es socialista; y frente a quienes opinan que sigue siendo un régimen capitalista, aunque con una forma de capitalismo colectivo de Estado o burocrático-estatal; su optimismo reside en el hecho de ver a este régimen como un "sistema" en el que se dan, imbricados, elementos capitalistas (sub-sistencia de la explotación, etc.) y elementos socialistas (colectivización *formal* de los

medios de producción), y en el hecho de suponer que esta *ambigüedad conformativa*, de carácter transicional, da pie, o puede darlo, para que el proletariado salga finalmente triunfante. Tesis de *optimismo ambiguo* o de *ambigüedad optimista*. Tesis que, con la salvedad de no mencionar para nada la "burocracia", la "degeneración burocrática" o el "Thermidor stalinis-ta", coincide plenamente con la posición trotskista. Althusser no sólo habla, sigue hablando –como en la última cita transcrita– de que este régimen es una organización social en que se da la lucha de clases *bajo la dictadura del proletariado*, sino que la subsunción *formal* del capitalismo por parte del comunismo puede interpretarse (de acuerdo con el ejemplo de Marx de que los "oficios" se hallaban subsumidos formalmente al capitalismo, lo cual significaba que *ya eran capitalismo*) como un régimen en que el capitalismo subsumido a la forma comunista *ya es, de algún modo, comunismo*. Si vemos esta doble tesis de la *ambigüedad optimista* y de la *subsunción formal al comunismo* en su más profunda implicación, advertimos, es nuestra sospecha, de que no difiere en sentido teórico del concepto trotskista del *Estado obrero, aunque degenerado*. Althusser escribe: "Para que la subsunción formal del comunismo llegue al comunismo real, para que la apropiación formal de los medios de producción sea real, para que la indecisión de las relaciones de producción se incline, no hacia el lado del capitalismo, sino hacia el lado del comunismo, tienen que entrar en juego, multiplicados por diez, con el máximo de lucidez y conciencia, todas las fuerzas de las masas populares en la lucha de clases".<sup>762</sup> He aquí, pues, la solución. La democracia. La "democracia de masas". Aquélla que, según Lenin, "es la intervención de las masas no sólo la política en el sentido burgués mediante el sistema parlamentario, sino también en el aparato de Estado, en la producción y en la ideología".<sup>763</sup> El rol del partido es fundamental para la resolución de la ambigüedad reinante en los países del Este. "Y su papel –dice nuestro filósofo– es a tal punto decisivo que se puede decir justamente que la posición del partido puede servir de árbitro, en la encrucijada de caminos de la dictadura del proletariado, para la buena orientación de la tendencia histórica. Dime cómo funciona tu partido, y te diré cuáles son las formas de tu dictadura del proletariado; dime cuáles son esas formas y te diré de qué clase, proletariado o burguesía, es tu dictadura".<sup>764</sup>

La idea de basar la política de los partidos obreros revolucionarios en la *estrategia del comunismo* nos parece justa; pero con una condición: la de despojar a la noción de comunismo de su cualidad acostumbrada de *ideal abstracto*, de fin perseguido por el *deseo* de emancipación, de objetivo que alienta (y vuelve todopoderoso) a la inteligencia y a la voluntad que luchan por conquistarlo. El *comunismo como ideal es pura escatología religiosa*. El comunismo no puede ser sino *la justa relación del fin (desde luego perseguido) y los medios pertinentes para lograrlo*. Es como *ideal*



*concreto*, la síntesis de camino y meta. Los *medios pertinentes* no pueden darse al (margen de la estructuración real de la sociedad. El socialismo arranque del sistema comunista) no será nunca un fin que se logre al margen de estos *medios pertinentes* o, lo que es igual, haciendo abstracción de la conformación real que presenta la sociedad moderna y sus leyes de tendencia. Esta es la razón que nos lleva a afirmar, con toda decisión, que no sólo no existe un solo país socialista, ni un solo país en *transición* al socialismo sino que, en las naciones capitalistas, *no está a la orden del día la creación del socialismo*. El régimen capitalista está estructurado de tal modo que, en el caso de prohijar una crisis social que condujese a la revolución, daría a luz, no el socialismo, sino el modo de producción intelectual (MPI). La necesidad de este tránsito es tan forzosa como la que existió entre el feudalismo y el capitalismo. De la misma manera que los "ideales comunistas" de las guerras campesinas en Alemania (Tomás Münzer) o en Bohemia (Juan Huss), etc., no podían generar, al estallar a finales del régimen feudal, un sistema comunista, sino que el *comunismo religioso* fue la ideología que animó alas masas en el *único sentido* en que la conformación estructural de la sociedad de entonces lo permitía (esto es, hacia la perspectiva burguesa), de igual modo el comunismo profano actual (de que se habla en los países capitalistas) es la *ideología proyectiva que cohesiona la acción de las masas en su lucha, supuestamente por el socialismo, pero en realidad en pro del MPI*. Después veremos si este encadenamiento necesario *capitalismo/MPI* es fatal. Por lo pronto, insistamos en que, dada la organización *ternaria* de la sociedad capitalista, dada las leyes de tendencia inmanentes a este tipo de sociedad, y dado, por último, un grado de conciencia que, en lugar de comprender la esencia de estas condiciones objetivas, se halla bajo la influencia de un *binarismo* que perturba la visión del presente y tergiversa los vislumbres del porvenir, la formación social post-capitalista que surgirá *naturalmente* de la destrucción de socialismo será el MPI. Althusser habla de basar la política en la estrategia del comunismo; pero como no tiene una idea clara de la estructuración efectiva de la sociedad capitalista, como desconoce las leyes de tendencia, no advierte los *medios pertinentes* para el establecimiento del socialismo. A diferencia de los reformistas a ultranza (de los socialdemócratas y los eurocomunistas) visualiza (a pesar de sus concesiones al parlamentarismo pacifista), si no todos, sí algunos de los *medios pertinentes*, no para crear el socialismo, sino para establecer el MPI. Son, desde luego, *medios pertinentes destructivos* y, en comparación con las acciones propias de los *partidos-sumisión*, elementos francamente anti-capitalistas; pero *no son medios pertinentes para realizar el fin del socialismo*. No se basan, pese a su intención, en una justa concepción de la *estrategia del comunismo*.

La concepción althusseriana de que en los países "socialistas" la antigua relación capitalista se somete a la nueva forma comunista, hace coincidir su hipótesis con quienes aceptan que la URSS y los demás países post-capitalistas, si bien ya no son capitalistas sin más, tampoco son socialistas en sentido estricto. ¿Qué son entonces? Son *regímenes de transición*. La hipótesis althusseriana, dijimos, se acerca a la trotskista: ambas consideran que los países del *socialismo realmente inexistente* son regímenes de *transición*. La única diferencia que hallamos entre una posición y otra estriba en que Althusser no hace intervenir en el concepto de *transición* la noción trotskista de *burocracia*. Para Althusser la transición tiene como esencia el que, por medio de la estatización de los medios de producción, el comunismo subsume formalmente al capitalismo. Para los trotskistas ocurre lo mismo, pero con una mediación: la *burocracia*. Burocracia que, en su proceso degenerativo, expresa los intereses del capitalismo desplazado. Althusser es, vélgase la expresión, un *trotskista sin la noción de burocracia*. Y en esto su punto de vista es más atrasado, nos parece, que la proposición trotskista, porque mientras la posición de Althusser es un *binarismo en primera instancia*, la de Trotsky es un *binarismo en última instancia*, ya que la *burocracia* apunta en el último, aunque de manera fantasmal e inconsciente, a un "tercer factor" que, a pesar de que Trotsky lo disuelve rápidamente en la dicotomía de "las dos clases fundamentales del capitalismo", no deja de tener cierta fisonomía específica que le permite a Trotsky llevar a cabo un juego dialéctico menos torpe que el althusseriano. Detengámonos, pues, un momento en el problema de la *transición*. Marx y Engels entienden por *régimen de transición* entre el capitalismo y el comunismo, la *fase socialista*. Hablan de comunismo, entonces, en dos sentidos: en *sentido estricto* se refieren a la fase superior del régimen emanado de la revolución, y en *sentido amplio* a todo un nuevo modo de producción que abarca una primera fase (o socialismo) y una fase superior (o comunismo propiamente dicho). El socialismo no es otra cosa que aquella etapa del comunismo en que se crean las bases materiales y culturales para transitar, sin *obstáculos clasistas*, al comunismo en sentido estricto. La concepción de *régimen de transición* en Marx y Engels implica que no debe trazarse una línea demarcatoria entre una fase y otra de la formación comunista, de tal manera que se dé pábulo a la idea de que el socialismo es un modo de producción y el comunismo otro. En este sentido le asiste la razón a Althusser cuando argumenta que el socialismo no es una formación social sino una *transición*. *Se trata de un solo modo de producción individual en dos fases*. Lenin se aferró a este punto de vista en la mayor parte de sus obras. Pero en la última fase de su vida, y estando el partido bolchevique ya en el poder, empezó a manejar otro concepto de fase de transición. Moshé Lewin dice: "otra concepción esperaba a los militantes al salir de las ilusiones del comunismo de guerra. La

construcción de las bases que faltaban al edificio no iba a permitir un acceso directo al socialismo y, con más razón, al comunismo. Lenin calma a los impacientes repitiendo que es sólo un periodo de transición el que empieza, pero para el cual él admite la prolongación de la política de la NEP".<sup>765</sup> Adviértase, entonces, que Lenin acuña un nuevo significado en el término: ya no se trata de la transición al comunismo, sino de la transición al socialismo o, dicho de otra manera, de la transición a la transición. No se puede hómologizar (como lo hace Althusser) el concepto de *transición* clásico con el leninista (y trotskista) de *transición a la transición* porque sus objetos, su contenido, difieren ostensiblemente: si la finalidad de la transición es crear el comunismo *desde* el socialismo, el objetivo (obrero) de la *transición a la transición* es crear el socialismo *desde* un periodo intermedio (y transitorio) que no es capitalista ni socialista. Trotsky, en 1935-36, califica en *La revolución traicionada* al régimen soviético como un régimen de transición (en el sentido de *transición a la transición*). Trotsky explica que este régimen no puede ser sino intermedio: "Calificar de transitorio o intermediario el régimen soviético –dice– es dejar de lado las categorías sociales acabadas como el capitalismo (comprendido el 'capitalismo de Estado') y el socialismo".<sup>766</sup> El punto de vista oficial soviético se basa en la afirmación de que la URSS actual se halla en la etapa socialista, esto es, en la parte embrionaria de la sociedad comunista. Según esta manera de ver las cosas, la Unión Soviética se encuentra en un momento histórico en el que no sólo rebasó al capitalismo sino que superó el período de *transición a la transición* (al que se considera integrado por las fases del capitalismo de Estado, del comunismo de guerra, de la NEP, de la industrialización y la colectivización agrícola) hallándose en la actualidad, a partir de la década de los treinta, en el régimen socialista. El punto de vista trotskista entra en contradicción con un enfoque tan optimista. Según el autor de *La revolución traicionada*, la reacción thermidoriana stalinista impidió que la *transición a la transición* diera a luz el período de *transición socialista*, lo cual trajo aparejado que el régimen de *transición a la transición*, que se suponía breve, se ha perpetuado hasta nuestros días en la forma de un *Estado obrero degenerado*, un régimen en el que existe una extraña contradicción: la de una estructura socialista (puesto que los medios de producción están socializados) y una superestructura burguesa (representada por una burocracia antisocialista). Nuestro punto de vista choca tanto con el enfoque de los dirigentes soviéticos cuanto con los planteamientos de los trotskistas. Estamos contra el punto de vista oficial soviético porque pensamos que la *estatización de los medios materiales de la producción no equivale a la socialización de los mismos*. La socialización implica la democracia obrera, la cual no puede ser lograda sin una revolución cultural. Una socialización sin comillas, como una revolución económica también sin ellas, no son posibles sin una

socialización de los medios *intelectuales* de producción. Del punto de vista oficial soviético aceptamos, sin embargo, una afirmación: que hubo un período, ya superado, de *transición*; pero, a diferencia de dicho enfoque, estamos convencidos que no era de *transición a la transición sino de transición a un nuevo modo de producción*: el MPI. A partir de la década de los treinta, en efectivo, ya se halla plenamente constituido este modo de producción que no puede ser identificado ni con el capitalismo ni con el socialismo. Que no puede ser identificado, aún más, ni con el capitalismo ni con un régimen de *transición a la transición* (perpetuado) como quieren los trotskistas. Trotsky es heredero, como también lo es Lenin y prácticamente todos los teóricos marxistas, de la concepción *binaria que campea* en las obras de Marx y Engels sobre las clases sociales en el capitalismo. Para Marx, en efecto, dos y sólo dos son las clases fundamentales de la sociedad capitalista. El modelo revolucionario que se desprende de la concepción binaria es el del *trueque de contrarios*. En efecto, si la burguesía domina al proletariado en el régimen capitalista, el proletariado dominará a la burguesía (hasta destruirla) en la revolución proletaria. La revolución no puede ser sino un *trueque de contrarios* y la concepción de la *transición a la transición* no puede tener otro significado, que el período de lucha para llevar a cabo y consolidar esta mutación de antagonistas. Pero las cosas se modifican si, en vez de poseer una *concepción binaria* de las clases sociales en el capitalismo, tenemos una *concepción ternaria*. Si a la concepción binaria corresponde el modelo de revolución del *trueque de contrarios*, a la concepción ternaria que sostenemos corresponde el modelo revolucionario *de la elevación al poder de la clase intelectual que en su lucha contra el capital utiliza como trampolín material a la clase manual*. El binarismo es no sólo un error sino una mixtificación. Un error, porque no se logra apreciar correctamente ni la *estructuración* clasista que priva en el presente capitalista, ni las *leyes de tendencia revolucionarias* que se deducen *espontáneamente* de la conformación real del sistema. Pero es también una mixtificación. Si algo conviene a la ideología de una clase social dominante es ocultar su carácter de clase.

¿Cómo ubicar, en esta perspectiva, el planteamiento althusseriano? Para el tercer Althusser la URSS es, en esencia, un régimen de *capitalismo estatal*. Estado burgués que "concentra y distribuye las funciones de la acumulación y la inversión" y recauda, por tanto, la plusvalía. Estado burgués en que "subsisten los asalariados y con ellos la explotación". Estado burgués, en fin, porque no desaparecen "las relaciones mercantiles, es decir, el poder del dinero". ¿Que ya no existe la propiedad privada? No importa, ya que Marx hablaba de un "capitalismo sin capitalistas". Sin embargo, este régimen que, en esencia, es capitalista (o capitalista de Estado) tiene una envoltura comunista o, para decirlo con una expresión

que ya conocemos, es un capitalismo (estatal) *subsumido formalmente al comunismo*. ¿Cuándo se logrará el socialismo, no como formación social acabada, sino como transición al comunismo en sentido estricto? Cuando la *subsunción formal devenga subsunción real*.

Varios comentarios nos surgen a partir de esta posición.

1. Althusser es, como hemos dicho, un claro representante de la concepción *binaria*. No puede concebir, por ende, la revolución social sino como *trueque de contrarios*. En la URSS, como régimen de *transición*, no hay sino dos y sólo dos contendientes: la burguesía (estatal) y el proletariado.

2. Su concepto de *transición* no coincide con la versión oficial soviética, porque mientras ésta última plantea que la URSS está construyendo el *comunismo*, Althusser se inclina a pensar que es un capitalismo de Estado (con forma comunista) en el que está a la orden del día la construcción del *socialismo* (inexistente). Es, pues, de hecho una *transición a la transición*: una dictadura del proletariado que se ha corrompido hasta permitir que, pese a la subsunción formal comunista, subsista el capital, aunque en la forma estatizada del "capitalismo sin capitalistas".

3. Pero Althusser no le da a su interpretación del ser de los países "socialistas" el nombre de *transición a la transición, de transición a la primera fase de la sociedad comunista*, sino simplemente el de *transición*, con lo que hómologiza la tesis *leninista* de la transición como período de creación del *socialismo* y la tesis *marxista* de la transición como período de creación del *comunismo* (como fase superior del socialismo).

4. De hecho, como decíamos, Althusser coincide con el trotskismo. La URSS es, para ambos, una *transición a la transición* (aunque no se formule con este nombre), una "encrucijada de caminos", una lucha entre el capital y el trabajo. Es cierto que está ausente en Althusser la noción de *Estado obrero degenerado por una burocracia que expresa los intereses de la burguesía*; pero hay en él el concepto, no lejano del anterior, de *una dictadura del proletariado que no ha logrado* –Althusser da esta razón: porque la lucha de clases dentro de esta *transición* no ha sido todavía favorable del todo a la clase proletaria– *que la subsunción formal del capitalismo por parte del comunismo devenga real*.

5. Nuestro punto de vista entra en contradicción tanto con el trostkista, como con la formulación althusseriana. Pensamos que los regímenes "socialistas" *no están transitando a perpetuidad a la transición socialista*. La razón de su permanencia, de su estabilidad, de su historia ininterrumpida, de su *incapacidad estructural de volver al pasado capitalista y de su imposibilidad conformativa de saltar al futuro socialista* (a la "subsunción real"), estriba en que no se trata de un régimen de *transición a la transición*, sino de un nuevo *modo de producción*, en el que lo que impide la revolucionarización del sistema en una organización socialista *no es la burguesía* (como se deducía de la concepción binaria del

*trueque de contrarios*) sino la *clase intelectual* y sus sectores hegemónicos (como se desprende de la concepción ternaria de la *elevación al poder de una clase, la intelectual, que era la parte dominante, en el capitalismo, del polo dominado*).

La URSS y los otros países socialistas no son un *proceso abierto*, sino una *estructura cerrada* o, si se prefiere, son el *proceso de una estructura cerrada* (como es el caso de todo *modo de producción*). Así como la reproducción capitalista no genera el socialismo, la reproducción del MPI no genera tampoco la primera fase del comunismo. Si no se revoluciona, si no se convierte en objeto de cambio, al MPI le sucederá lo mismo que al capitalismo o a cualquier otro modo de producción: que tiende prácticamente a reproducir sus condiciones de existencia ilimitadamente. Es posible que se pudiera establecer la hipótesis de una teoría del *derrumbe* del MPI como la del capitalismo; pero las tendencias contrarrestantes de tal cosa (en ambos casos) son tales, que no nos es dable entrever el hundimiento del MPI, como el del capitalismo, si no estalla, si no se *hace* la revolución social. No se puede negar la validez del argumento, caro a los trotskistas, de que la temporalidad de la transición, no habla de por sí en contra de que haya transición, *ya que la transición* de unas formaciones a *otras ha durado a veces hasta siglos* (se pone el ejemplo del paso del feudalismo al capitalismo *a través* del absolutismo). En efecto, la esencia de la transición no se basa en que dure poco o mucho sino en que presente la confirmación estructural de un régimen que articula inestablemente dos grandes fuerzas en pugna. Puede haber transiciones *de siglos*, pero puede haber transiciones relativamente *breves y aceleradas* que generen regímenes configura-dos como *modos de producción*. El problema a discutir no es, pues, el tiempo. Ni el método a seguir, el analógico. El método es combinar la estructura y la historia, que es lo que no hacen ni el trotskismo ni el tercer Althusser.

La sociedad soviética es una sociedad de clases y de lucha de clases. La conformación *ternaria* del capitalismo deviene configuración *binaria*. Las dos clases son el *trabajo intelectual y el trabajo manual*: los poseedores de medios *intelectuales* de producción y los desposeídos de ellos. De la misma manera que, de acuerdo con el volumen de capital que posean, los burgueses se dividen en gran burguesía, mediana burguesía y pequeña burguesía, la clase intelectual se fragmenta, de conformidad con la cantidad de medios *intelectuales* de producción que detenten, en grandes intelectuales, medianos intelectuales y pequeños intelectuales. Hay quienes, respondiendo a los intereses y los puntos de vista oficiales, arguyen que en la URSS no hay clases sino estratos.<sup>767</sup> Argumentan de modo semejante a los economistas y sociólogos burgueses. Parsons, Merton, Radcliffe Brown, etc., ponen el acento en una *teoría de la estratificación* de los países capitalistas; pero esta teoría no es otra cosa que una columna de

humor para ocultar la existencia de las clases y su pugna. Lo mismo ocurre con los teóricos "socialistas" que sostienen la tesis de que si en el capitalismo hay clases, en el "socialismo" sólo hay una estratificación. La verdad es que hay clases y lucha de clases tanto en el capitalismo como en el MPI, por más que se le dé a éste último el nombre de socialista y se declare demagógicamente que se está creando el comunismo. Es claro que se puede y se debe hacer una *teoría de la estratificación*; pero *toda teoría de la estratificación social* debe subordinarse a una *teoría de las clases sociales*. Y esto es válido no sólo respecto al capitalismo (donde la *clase burguesa* se subdivide en estratos) sino también respecto al MPI (en que la *clase intelectual* se subdivide también en estratos). La clase dominante también se divide en *ramas de aplicación*. Así como hay capitalistas, que participan en el Estado, la industria, la agricultura, la banca, el ejército, hay intelectuales que divididos por su función, son burócratas, técnicos industriales, agrónomos, militares. Pero es importante hacer notar que la clase intelectual en el MPI difiere sustancialmente de la clase intelectual en el capitalismo. En éste, es una clase dominada. En aquél, una clase dominante. La clase intelectual *ya existe en el capitalismo*; pero su condición para sustantivarse es la eliminación del capitalismo privado, de la burguesía en general. *La sustantivación de la clase intelectual* (llevada al poder por la alianza entre su sector histórico y la masa popular) *tiene el significado preciso de que los intelectuales, dueños de los medios intelectuales de producción, se apropian, por monopolizar esos medios, de los medios materiales de la producción*. Tales intelectuales –burócratas, técnicos, militares– si bien ya no forman parte de un sistema capitalista, refuncionalizan el capital, en la forma que podríamos llamar *capital social planificado* (CSP). Detengámonos un momento en este punto. Pensamos que un tratamiento dialéctico del proceso histórico debe tomar en cuenta no sólo el principio de que *en el seno de lo viejo se genera lo nuevo*, sino el de que *en el seno de lo nuevo se refuncionaliza lo viejo*. El primer principio ya lo hemos detectado en los análisis precedentes: la clase dominante del MPI existía ya en el capitalismo. Son falsas todas las teorías que piensan que la clase dominante de los regímenes "socialistas" *es contemporánea* de la instauración de este sistema social. Recuérdese que, de acuerdo con lo afirmado con anterioridad, el *para* de la revolución social no es sino el *por dirigente* del proceso. Pero ahora es necesario añadir que el nuevo modo de producción hereda, aunque modificándolos, elementos que eran característicos del modo de producción precedente. La plusvalía y el trabajo asalariado reaparecen, en efecto, en el MPI. Pero el CSP *no es el fundamento del MPI, sino que el MPI es la base del CSP*. ¿Por qué? Porque, cuando no existe la propiedad *privada* de los medios *materiales* de producción, la forma de acceder a la apropiación factual de ellos ya no es un título de propiedad, sino el monopolio de los medios *intelectuales* de

producción. La *estructura* de un burócrata, un técnico o un militar *con poder decisorio*, esto es, de alguien que interviene, junto con los otros funcionarios, en el control de los recursos económicos, la recaudación de la plusvalía y la planificación económica, es un intelectual: alguien que monopoliza conocimientos científicos, técnicos, ideológicos, etc. Es claro que por intelectual estamos entendiendo aquí no sólo el intelectual académico, el artista, el filósofo, etc., *sino el intelectual que subyace en el fondo de todo funcionario importante*. Aún más, no es raro que así como ciertos pequeño-burgueses no sólo no forman parte del aparato del Estado capitalista, sino que *pueden ubicarse en una perspectiva política opositora*, también una porción más o menos importante de intelectuales en el MPI están "fuera" del Estado: en sentido amplio y en sentido estricto. En el sentido amplio *todos* los intelectuales, dado el carácter absoluto del Estado, dada la existencia de un sólo patrón, forman parte del Estado. Son, comparativamente a los trabajadores manuales, los elementos dominantes de la sociedad. *El Estado en el sentido amplio del término se identifica, pues, con la clase intelectual sustantivada.*<sup>768</sup> En el sentido lato no sólo los funcionarios, técnicos, militares y la intelectualidad académica (científicos, artistas, filósofos, ideólogos, etc.) son *burócratas*, sino todos ellos son, si los comparamos con las masas manuales, *intelectuales*. Todos son pequeños o grandes caudillos en su medio ambiente. Ejercen, frente a los obreros y campesinos, artesanos y otros, un evidente *mandarinato intelectual*. Nos parece más importante, sin embargo, poner el acento, respecto al MPI, en el Estado en sentido estricto. Entendemos por Estado en sentido estricto aquella parte del aparato que cumple las funciones decisorias del régimen. Está conformado por el conjunto de instituciones del Partido y del sistema político tomado en su totalidad que rigen –a partir, desde luego, de sus titulares y subalternos de importancia– la política interior y exterior de los países del "socialismo realmente inexistente". El Estado, en su acepción restringida, *no se identifica con la clase intelectual*, aunque expresa (frente a los trabajadores físicos) los intereses de la intelectualidad tomada en conjunto. El Estado en el MPI, desde este punto de vista, puede ser dominado por los *burócratas*, por los *tecnócratas*, por una *tecnoburocracia* (producto de la conciliación de estos dos estratos de la clase intelectual) o por la *cúpula militar*, como en el caso de Polonia.<sup>769</sup> En los países del MPI no sólo hay una lucha de clases entre la clase intelectual sustantivada y la clase manual, sino *contradicciones inter-intelectuales*. Cuando, por ejemplo, los técnicos (la cúspide decisoria del aparato productivo) chocan con los burócratas del partido y el Estado, intentan arrastrar, y en ocasiones arrastran (el caso de Yugoslavia es evidente) a los trabajadores manuales hacia una perspectiva *proletario-tecnocrática de carácter antiburo-crática*. Proceso reformista que tiene como *agentes* del proceso a los *proletarios* o al *frente laboral* tomado en conjunto, que



enfoca como *enemigos* del mismo a los burócratas (a su autoritarismo, ineficiencia, corrupción, etc.) y que presenta, si tiene éxito, como *usufructuarios* de la reforma a los técnicos con poder decisorio. Es claro que estos técnicos, al convertirse en poseedores del aparato estatal, se funcionalizan y devienen burócratas.<sup>770</sup> Es de subrayar-se, entonces, que como los burócratas (políticos) se sienten amenazados por los técnicos (productivistas) tienden a asociarse con ellos conformando una *burotecnocracia*, y como los técnicos, al funcionalizarse, se burocratizan, la ley de tendencia general en estos regímenes es a que, en la cúpula de la clase intelectual y de su Estado, predomine, según el caso, una *burotecnocracia* o una *tecnoburocracia*. El caso de los militares es similar: pueden excluir del mando a los burócratas de viejo tipo y a los técnicos; pero tarde o temprano se burocratizan y, si no concilian con los técnicos, entran en contradicción con dicho estrato. Por eso su *ley de tendencia* es, a la larga, la conformación de la hegemonía gubernamental a partir de una interpenetración de la *burocracia* y la *tecnocracia*. Sustentamos, pues, esta hipótesis: así como la "forma natural" de la dominación burguesa es el régimen parlamentario (lo que no impide que, en el proceso histórico, se den y se sigan dando una serie de países capitalistas que están lejos de funcionar con dicho modelo) la "forma natural" del MPI consiste, como resultado de un proceso gradual o por saltos, en la *interpenetración de ambos estratos* (lo que no excluye que se dé y siga dando un complejo espectro de regímenes intelectuales, o de etapas dentro de ellos, que no se identifican con dicha "forma natural" de operar). La toma de conciencia de las contradicciones interintelectuales dentro del MPI es esencial para la estrategia de lucha de la clase obrera y los campesinos. Pero aquí debe andarse con tiento, porque es indispensable explicitar que, si los obreros no identifican a su enemigo de clase fundamental, pueden ser manipulados, como ha ocurrido con otras clases a través de la historia, por una de las fracciones de clase intelectual en pugna. La burocracia puede ser, en un momento dado, el *enemigo principal* de los obreros en lucha (como en el caso de Polonia); pero su enemigo fundamental es la *clase intelectual*. Si no se tiene en cuenta tal cosa, el proceso de cambio puede convertirse en lo que más arriba llamábamos una perspectiva *proletario-tecnocrática*. No en una revolución, sino en una reforma. En un cambio de amos: la sustitución de la burocracia política (ineficaz y marrullera) por la tecnocracia productivista (demagógica y manipuladora). Si la clase obrera no tiene conciencia de su enemigo de clase fundamental, existe incluso el peligro, en el caso extremo, de que lo que nos gustaría llamar el *plebeyismo intelectual*, esto es, el peligro de que los intelectuales antiestatales y académicos que apoyan a los manuales contra los burócratas, técnicos y militares, al desplazar (en un proceso muy profundo) a los anteriores *mandarines*, se vayan ubicando de golpe o poco a poco, de manera visible,

*o de modo velado, en los puestos de mando. Sin la revolución cultural, cualquier estrato de la clase intelectual que superviva, se reproducirá, como ciertos animales a quienes aunque se les corte una parte de su cuerpo, tienen la capacidad regenerativa de volverla a gestar.*

Pero retrocedamos un poco. El para de la revolución *proletario-intelectual* es un sector de la clase intelectual que, por ser dueño de los medios *intelectuales* de producción, realiza dos funciones: *la función política de burócrata y la función económica de gestor*. Funciones que, desde luego, no se dan separadas. Cumple, en realidad, la función de gestor a través de su función de burócrata con poder de decisión. ¿Por qué las masas están excluidas del ejercicio de la función económico-política? Porque carecen de medios *intelectuales* de producción. Esto quiere decir, entonces, que debe rebasarse una teoría *funcionalista* (que ponga el acento en los *roles* administrativos de la clase intelectual) mediante una *teoría estructural* (que muestre que la condición posibilitante de esas funciones es el monopolio de un caudal de conocimientos especializados que permiten operar en un sentido u otro). Pero esa teoría estructural devendría *ideología estructuralista* si no se vinculara con un enfoque *histórico*, es decir, si no nos preguntamos cómo se genera en la práctica esta posesión privada de los medios *intelectuales* de producción en una clase que no nace al día siguiente de la gestación del MPI sino que hinca sus raíces generativas, o hace "nido", en el modo de producción capitalista. Esta secuencia: *funciones/estructura/historia* no sólo nos habla, a nuestro modo de ver las cosas, de un planteamiento dialéctico del problema, sino que le abre la posibilidad a la clase obrera para detectar *cual ha sido el origen de su enemigo fundamental en el MPI, cuál es la razón de su supervivencia y cambio, y cómo logrará vencerlo finalmente*. Pero la secuencia cronológica *historia* (existencia de la clase intelectual en el capitalismo), *estructura* (monopolio de medios *intelectuales* de producción) y *funciones* (desempeño del papel burocrático y económico) no agota el problema. *El monopolio de conocimientos es la condición necesaria, pero no suficiente, para ejercer el poder*. Si no fuese así, si fuera el único factor participante, se daría el absurdo de que *a más conocimientos más poder*, lo cual resulta contradicho constantemente por la práctica. Stalin derrotó, por ejemplo, a Trotsky primero y a Bujarin después, y resulta indudable que Stalin era, desde el punto de vista del acervo de conocimientos en general y del conocimiento del marxismo en particular, indiscutiblemente más atrasado, ignorante y limitado que los otros dos bolcheviques. ¿Cuál es la razón de que no siendo un intelectual de primera, por así decirlo, venciera franca y decididamente a los otros? La razón ya fue sugerida: el monopolio de conocimientos (y bien que los tenía Stalin *en comparación* de los trabajadores manuales) es indispensable; pero no basta. Se necesita, además, la *lucha por el poder*. La astucia política, la marrullería, la "grilla"

no corren parejas, en todos los casos, con los conocimientos. Hasta es posible hablar del *verdadero sabio* que es renuente a las componendas, conciliaciones, aprovechamientos y que, por ende, es un *mal político*. *Stalin* era un intelectual mediocre, pero un político (en el sentido de la astucia y la ausencia de escrúpulos) verdaderamente "genial". Intelectual mediocre, pero intelectual. Intelectual que podría responder, aunque la mayor de las veces de manera mañosa y superficial, a sus contrincantes. La *lucha por el poder* –de la que no podemos hacer un estudio detenido en este sitio– tiene dos facetas: una *subjetiva y psicológica* (ambición de poder) y otra *objetiva y social* (toma de conciencia de la correlación de fuerzas y, en relación con ello, actuación hábil e inescrupulosa para la obtención de ciertos fines egoístas). La raíz *material* de la *lucha por el poder*, de sus dos facetas, de su sistemática aparición en la *sociedad moderna* (tanto *capitalista* como *intelectual*), si bien se da articulada con la forma de *propiedad existente*, esto es, con la estructura económica imperante, no se reduce a ella, ni es un mero epifenómeno de su funcionamiento. Esta raíz material estriba en la existencia y permanente revitalización de *un cuerpo social jerarquizado en todos los niveles*. La *lucha por el poder* se basa en lo que hemos denominado la *enajenación autoritaria*, es decir, en la conciencia de que si no se posee, en la forma de la propiedad privada, un "puesto de mando", se pertenece al mundo de los subalternos, gobernados o dirigidos. Estamos convencidos de que en la sociedad moderna no sólo existe la propiedad privada de medios de producción (*materiales e intelectuales*) sino también de las personas, del poder y de la nación. No sólo debemos sustituir la concepción *binaria* tradicional por una *ternaria* (en lo que al problema de las clases sociales se refiere), sino las concepciones *monovalentes* (aquéllas que ponen el acento en lo *económico* y ven todo lo demás como derivado de ello) por un enfoque polivalente que reconoce la existencia y articulación, el juego y la interrelación, entre diversas esclavitudes o enajenaciones: la económica, la cultural, la sexual-familiar, la autoritaria y la chovinista. *La concepción ternaria es, entonces, una parte del enfoque polivalente*. En su perspectiva desenajenante, la concepción polivalente (con el *ternarismo clasista* incluido), origina lo que hemos denominado la revolución articulada (RA). Revolución que implica no sólo luchar contra la propiedad privada de las condiciones *materiales* de la producción, sino también, de modo articulado, y respetando el *tiempo* pertinente a cada proceso, la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la producción, la propiedad (*cosificación*) de las personas, la propiedad privada del poder y la propiedad privada de la nación. El Estado moderno no es sólo el aparato que expresa los intereses de la clase dominante (de la burguesía en el capitalismo y de la clase intelectual en el MPI), sino que, respondiendo a la interrelación de las enajenaciones, encarna lo que nos gustaría denominar el *despotismo*

*articulado*: el despotismo articulado *burgués* o el despotismo articulado *intelectual*. El *despotismo articulado* no es otra cosa que la *interpenetración, en el seno del Poder público, de la defensa de todas las enajenaciones o esclavitudes de la sociedad moderna*. El Estado, en tanto *despotismo articulado*, no sólo está puesto al servicio de tal o cual clase dominante sino de todas las otras esclavitudes ya mencionadas. Digámoslo así: el *Estado burgués*, en tanto despotismo articulado, es el aparato sociopolítico que apuntala a las diversas esclavitudes: es un Estado capitalista, fomentador de la división del trabajo, defensor del machismo y la cosificación, propiciador de las jerarquías y sustentador de la patriotería. El Estado *intelectual*, en tanto despotismo articulado, es el instrumento sociopolítico puesto al servicio de las diversas enajenaciones: es un Estado de la clase intelectual, un Estado que concentra el capital social planificado (CSP), un Estado machista y cosificador, un Estado autoritario y propiciador de jerarquías y un Estado chovinista. *La RA es la estrategia de lucha de la clase obrera y los campesinos tanto en el capitalismo cuanto en el "socialismo"* porque muestra la necesidad no sólo de destruir el Estado (*capitalista* en un caso, *intelectual* en el otro), sino el *despotismo articulado* inherente a él, o sea, la expresión condensada del plexo de esclavitudes que, en el sentido polivalente de la expresión, soportan los humildes en sus hombros.

Tomemos al problema del poder. La *función* burocrática, ideológica, económica nos remite a su condición posibilitante o *estructura*: el monopolio de medios *intelectuales* de producción. Pero hacíamos notar que la propiedad privada de las condiciones *intelectuales* de la producción es la condición necesaria, pero no suficiente, para ejercer el poder. El *despotismo articulado* nos ayuda a entender, por consiguiente, que para ocupar una posición de mando (lo mismo en una empresa, en un sindicato o en el Estado), se requiere ser un *intelectual astuto* y frecuentemente no sólo astuto sino marrullero e ines

crupuloso. Una persona que ambiciona el poder pero que es iletrado e ignorante no puede cumplir sus aspiraciones. Un intelectual que posee un caudal importante de conocimientos, pero que carece de perspicacia política, o se muestra renuente a los compromisos y la marrullería, tampoco podrá acceder a los más altos puestos. De acuerdo con el *despotismo articulado*, los más altos dirigentes del MPI son quienes aúnan un cierto acervo indispensable de conocimientos técnicos, científicos, filosóficos, etc. y un grado importante de lo que eufemístamente se llama *capacidad política* y que en general no es otra cosa que una gran *aptitud para las maniobras, los compromisos, las tradiciones, el servilismo y el ejercicio de mando*.<sup>771</sup>

La URSS y los otros países llamados socialistas ya no son capi

talistas. No son tampoco socialistas. Ni, finalmente, regímenes de transición al socialismo. Constituyen *diferentes modalidades de un nuevo modo de producción: el MPI*. Son *formaciones sociales* que tienen como su estructura definitoria el ser MPI. Afirmar, entonces, que constituyen un nuevo modo de producción que no se puede confundir ni con el capitalismo ni con el socialismo y que, demostrando con ello que *tampoco* son regímenes de transición a la transición, reproducen incesantemente sus condiciones de existencia, nos lleva a la necesidad de explicar por qué no son socialistas, por un lado, y por qué no son capitalistas, por otro.

## 1. Por qué los llamados países socialistas no lo son

Varias son las definiciones que se han dado y siguen dándose de lo que es el socialismo. Se dice que es la *emancipación del trabajo* (nombre del grupo de Plejanov, Axelrod, Vera Zasulich, etc.); se arguye, inspirándose en una frase de Marx (y también, por cierto, de Bakunin) que es la *libre asociación de los trabajadores*; se asienta que, de acuerdo con Marx, es la *expropiación de los expropiadores*; se asevera que en esencia no es otra cosa que *autogestión consejista* o *la democracia obrera de los productores*; hay quienes, como Althusser, finalmente definen al socialismo como el momento en que la subsunción *formal* al comunismo se convierte en subsunción *real*, etc. Todas estas expresiones tienen algo en común: son anticapitalistas. Pero también poseen otro rasgo comunitario: adolecen de cierta ambigüedad o, lo que es lo mismo, son susceptibles de dos lecturas esenciales: o inducen a pensar en la revolución *proletario-intelectual* o se alude con ellas a la revolución hecha *por* los trabajadores manuales *para* los trabajadores manuales. La clase intelectual –su sector para sí– se ha aprovechado de esta homología, y sigue aprovechándose, para presentar el proceso anticapitalista como una revolución del proletariado *para* la clase obrera y los campesinos, cuando no es sino una revolución hecha *por* los obreros y campesinos dirigida por la intelectualidad "marxista-leninista", *para* la clase intelectual en su conjunto y la tecno-burocracia o burotecnocracia en particular. Veamos definición por definición. 1.– *Emancipación del trabajo*. ¿De qué trabajo se habla? ¿Del manual o del intelectual? Generalmente en el marxismo ortodoxo, al hablar de proletariado o de clase se hace referencia a los trabajadores que se hallan ubicados en la esfera de la producción y que, por ende, generan el valor y el plusvalor. De acuerdo con esta concepción, *emancipar el trabajo* sería liberar a los productores, a los trabajadores industriales productivos. Lo demás: la liberación de los otros trabajadores (los no productivos, los

campesinos, los terciarios, vendría por añadidura). Pero lo que oculta este planteamiento es que incluso entre los trabajadores productivos se da el contraste entre trabajo intelectual y trabajo manual, distinción no cuantitativa sino *cualitativa*. Distinción no emanada de la rama de aplicación (ya que ambos laboran en la esfera productiva) sino en el *tipo* de trabajo. Aún más. Incluso si nos referimos sólo a los trabajadores físicos –a los que damos el nombre genérico de *obreros*– hay capas entre ellos (la de los trabajadores manuales especializados) que poseen medios intelectuales de producción *auxiliares* que los colocan en un lugar de privilegio (la aristocracia obrera) frente a las otras capas de la clase. Marx hablaba del *obrero colectivo* que opera en la esfera de la producción y que comprende trabajo directo y trabajo indirecto, trabajo simple y trabajo complejo, trabajo físico y trabajo intelectual. Hablar, pues, de la *emancipación del trabajo puede interpretarse como la liberación del obrero colectivo*. Pero (ojo con ello) en el *obrero colectivo* en general el trabajo directo se somete a las decisiones del indirecto, el simple a las del complejo y el manual a las del intelectual. Si, entonces, interpretamos el socialismo como llevar al poder, tras de destruir el poder de la burguesía, al *obrero colectivo*, le damos al "socialismo" una connotación *intelectual* y, junto con ello, consideramos los regímenes del "socialismo realmente inexistente" como regímenes (*intelectuales*) de carácter "socialista". Si, por lo contrario, interpretamos la noción de trabajadores como trabajadores manuales, los regímenes llamados socialistas no lo son, porque, cae de suyo, que los obreros, campesinos y todos los humildes están excluidos del poder. 2.– *Libre asociación de los trabajado-res*. Además de la homología ya señalada que arrastra consigo el concepto de *trabajadores* (o de *productores*, termino también empleado por Marx), esta definición puede leerse, y habitualmente se lee, a la luz de un enfoque *binario*, lo cual implica suponer que lo que impide a los trabajadores o productores (directos e indirectos) asociarse libremente es la burguesía. Una vez eliminada ésta, nada podrá oponerse, a la larga, a la libre asociación del proletariado, de los trabajadores "convertidos en clase dominante". Si se subraya, ante este punto de vista, que, en los países "socialistas", ya no hay burguesía (capital privado) y que, no obstante, una parte de los "*trabajadores*" u "*obreros*" o "*proletarios*" o "*productores*" (los intelectual-burócratas, los intelectual-técnicos o los intelectual-militares) se contraponen al resto de la población, se dirá que la *parte más* consciente de los trabajadores liberados dirige el proceso socioeconómico de acuerdo con los intereses históricos de todo el frente laboral y qué, por tanto, en esencia, la libre asociación de los trabajadores es una realidad en esos países. Si, pese a tal argumentación se insiste en que la historia demuestra que existen, o pueden existir, contradicciones veladas o explosivas entre la base y la cúpula de la pirámide *proletaria* que se ha hecho del poder, se traerá a

colación, en el más puro lenguaje trotskista que el problema reside en que, en la cúspide del Partido y el Estado, hay una "*casta*" burocrática que, sin negar el carácter *obrero* del sistema –pues subsiste la socialización de los medios de producción– ha sufrido una degeneración, con lo que tales regímenes no son socialistas en sentido estricto sino formaciones de *transición* que requieren el reajuste de una *revolución política* que restablezca la armonía destruida entre una economía *socialista* y una política (con sus consecuencias sociales) deformada por una *burocracia* que es, en primera instancia, una *capa* con intereses antisocialistas y que representa, en fin de cuentas, una supervivencia de la burguesía. La degeneración burocrática encarna, en estas condiciones, *una extraña ambigüedad*: es una *casta* que expresa, en cierto sentido, los intereses de la burguesía (por eso promueve la *degeneración* del sistema); pero es, al propio tiempo, expresión de los intereses del *proletariado no burocrático* (ya que se convierte en salvaguarda del sistema económico, esto es, de la socialización de los medios de producción). Ante la ambigüedad de la "burocracia socialista" la estrategia de la clase obrera, en su interpretación trotskista, deviene no menos ambigua: hay que apoyarla y combatirla, cerrar filas con ella y desenmascararla. Tenerla, en una palabra, como amiga y como enemiga. Pero dejemos aquí las cosas. Por lo menos por ahora.

3.– *La expropiación de los expropiadores*. ¿Quiénes son los expropiadores y qué es lo que han expropiado? Son, ya se sabe, los burgueses. Burgueses que, a partir de la acumulación originaria del capital, han expropiado a los trabajadores sus medios de producción. *El socialismo será, pues, el momento histórico en que los medios de producción vuelvan a las manos de sus antiguos poseedores*. Expropiación de los expropiadores que asumirá el carácter de socialización de los medios de producción, ya que sólo de esa manera los trabajadores "libres" en el doble sentido del término (libres de contratarse y libres o liberados de medios de producción) podrán dejar a sus espaldas la esclavitud que supone esas "*libertades*" y devenir verdaderamente libres. Sin embargo, no sólo los trabajadores físicos han sido despojados de los medios de producción, sino también los productores intelectuales. En realidad quien ha sido expropiado es el *trabajador colectivo* (no sólo el ubicado en la esfera de la producción sino también el que opera en la rama de la circulación y en la de los servicios). *Expropiar a los expropiadores* puede significar, por consiguiente, arrebatar los medios de producción a los capitalistas, para entregárselos, de manera común, al *trabajador colectivo*. Pero el problema está, ya lo sabemos, en que en el seno del *trabajador colectivo* –productivo o no– no hay homogeneidad clasista, lo cual significa que, en la realidad, la tesis de la expropiación de los expropiadores puede interpretarse, como tienen a bien hacerlo los burócratas, en el sentido de una expropiación de los capitalistas *a nombre* de los trabajadores no intelectuales pero en beneficio de los sí

intelectuales quienes, aunque se hallaban despojados, en el capitalismo, de los medios *materiales* de producción, no lo estaban de los medios *intelectuales* de la misma. Si se recuerda la secuencia: *historia-estructura-función*, se ve que aquéllos se apropian de hecho de los medios de producción, aunque de manera colectiva. La *expropiación de los expropiadores* termina por ser, en este caso, *la expropiación de los capitalistas por parte de los intelectuales*. 4.– *Autogestión consejista o democracia obrera de los productores*. Se dice que frente a la burocracia de los llamados países socialistas, la salida, la solución es la *autogestión proletaria*, la implantación o resurgimiento de los *consejos* o *soviets*, en una palabra, la *democracia de los productores*. Pero esta formulación es susceptible de una interpretación meramente formal. La consigna: *contra la burocracia, la autogestión*, nos lleva a preguntarnos nuevamente, de manera machacona: ¿autogestión de quién? La respuesta habitual se nos viene encima: de los trabajadores no burocráticos, es decir, del *trabajador colectivo*. Pero la *autogestión del trabajador colectivo* es la democracia no de los trabajadores manuales, sino de los, trabajadores intelectuales o de los trabajadores manuales calificados. La consigna del consejismo, del consejismo *antiburocrático* (para no hablar del consejismo burgués, que también lo hay) es una consigna tecnocrática. Es la política de lo que hemos llamado la perspectiva *proletario-tecnocrática*. Es una estrategia que olvida al enemigo fundamental de la clase manual en el MPI: la *clase intelectual*. 5.– *Conversión de la subsunción formal al comunismo en subsunción real*. Esta es una fórmula susceptible igualmente, dada su abstracción y carácter ambiguo, de una interpretación *intelectualista*. La *subsunción formal* podría devenir una *subsunción real* si la estatización se convirtiera en socialización, si la gestión desde arriba fuera sustituida por la gestión desde abajo, si los burócratas fueran barridos por la reorganización *consejista* de la sociedad. Pero todos los argumentos esgrimidos en el punto anterior valen para éste. El planteamiento del desplazamiento de la *subsunción formal* por la *real* no ataca explícitamente al enemigo fundamental de la clase manual (a la clase intelectual) sino sólo a uno de sus estratos: la *burocracia*.

¿Cómo evitar, entonces, que las definiciones del socialismo no sean interpretadas en un sentido intelectualista (ya sea burocrático o tecnocrático)? Creemos que la forma es relativamente sencilla: consiste en destacar que el *protagonista histórico de la emancipación social en los países socialistas* es no el proletariado, sino el proletariado manual, porque éste, desposeído de todo tipo de medios de producción, no tiene nada que perder, con la revolución, sino sus cadenas apropiativo-materiales y sus cadenas apropiativo-intelectuales. Reformulado así el problema, ya no hay ambigüedad. El socialismo es, indistintamente, la *emancipación del trabajo manual*, la *libre asociación de los trabajadores físicos*, la *expropiación de*



*los expropiadores de medios materiales e intelectuales de producción,*<sup>772</sup> *la autogestión de los productores manuales* y la conversión de la subsunción *formal* al comunismo en una subsunción *real* que implica la *dictadura del proletariado manual* y no de la tecnocracia o cualquier otro de los estratos de la clase intelectual sustantivada.

¿Por qué los llamados países socialistas no lo son? Porque, al destruir el Estado capitalista, no han generado un semi-Estado (Engels) que tienda a su extinción, sino un super-Estado, en el que encarna el *despotismo articulado intelectual*, que reproduce sin cesar sus condiciones de existencia. Para que el "socialismo realmente inexistente" deviniera *socialismo*, régimen de transición al comunismo (en el sentido estricto del término), se requeriría llevar a cabo: a) una reorganización social de abajo arriba en que las *masas manuales* (agrupadas en el partido, los sindicatos, los consejos y las comunas) tuvieran diputados o representantes (en general sin remuneraciones "especiales" y amovibles en cualquier momento) en el aparato estatal. Representantes, repárese en esto, de extracción obrera y campesina, en su gran mayoría. Obreros y campesinos no desarraigados de la producción y la *línea de masas*. Como este punto es necesario, pero no suficiente, como es un punto que, si se desvinculara de otros, no sería una garantía para evitar que surgieran *vanguardias solapadas* de carácter intelectual, se requiere tomar en cuenta otro aspecto; b) un partido y un Estado que se basan en la *estrategia del comunismo* o, lo que es igual, que fundan su actuación en la teoría de la *Revolución Articulada* (RA) en general y en la existencia de una *clase intelectual* (que tiende a sustantivarse) en particular. Como este segundo punto es nuevamente necesario, pero insuficiente, es preciso complementarlo con otro elemento; c) una conversión del partido, del Estado y de todas las organizaciones de masas (sindicatos, consejos, comunas) en *laboratorios de comunismo*, no ya en *laboratorios anticipativos de comunismo*, sino en *laboratorios sociales de comunismo*. La cúspide debe ser siempre más comunista que las masas. Debe servir a los obreros y campesinos aprender humildemente de sus experiencias, pasarles sistemáticamente medios *intelectuales* de producción, tener un trato con los camaradas y los que no son miembros del partido que vaya prefigurando, en la fase de transición socialista, el trato propio del hombre comunista: que tomará a sus semejantes de manera permanente, no como medios, sino como fines o sea como *personas*. Como este punto de nuevo es indispensable, pero no colma las exigencias al respecto, conviene subrayar la necesidad de un último factor; d) una organización social basada, no en el centralismo democrático forma asociativa propia de los *partidos intelectualistas*— sino en una *democracia centralizada de carácter nacional*, es decir, una democracia manual que subvierte planificadamente la división del trabajo y que centralice en el Estado y el Partido (los cuales, sin embargo, no deben ser confundidos) las

decisiones fundamentales (controladas siempre por la masa organizada autogestivamente) de la política interior y la política exterior; de la planificación económica, de las actividades sociales, políticas, culturales; de la construcción, en una palabra, del comunismo.

El socialismo es, pues, un proceso y no un acto. Un proceso que se inicia con la toma del poder del *proletariado manual*, y su lucha, basada en la RA, contra el *despotismo articulado* que encarna en el Estado. No podemos negar el hecho de que seguramente habrá un período de *transición a la transición* socialista. Pero este período no puede ser confundido con la "transición al socialismo" de que hablan los intelectualistas y que no es otra cosa que la transición (no al socialismo, como fase inicial, transicional, al comunismo) sino al MPI. La *transición a la transición* de que hablamos será el momento de lucha entre la clase proletaria manual que se ha hecho del poder y los intelectuales que pretenden sustantivarse o se hallaban ya sustantivados. La "transición a la transición" de que habla el *marxismo intelectualista* es, en cambio, el momento de pugna entre la clase intelectual (apoyada por las masas manuales) y la clase burguesa. La transición al MPI (o "transición a la transición") y la transición al socialismo (o *transición a la transición*) tienen diferente temporalidad, entre otras cosas, porque mientras la *transición al MPI* termina cuando se socializan los medios *materiales* de la producción y se desmantela el poder de los burgueses, la *transición al socialismo* termina, no al socializar los medios *intelectuales* de producción (lo cual ocurre sólo al llegar a la fase superior del comunismo) sino al tomar el poder la clase obrera y campesina y destruir el poder político de la *clase intelectual*, aunque, como se comprende, no la existencia de los intelectuales. El comunismo, aclaremos ahora, no debe ser interpretado *como la desaparición de la división del trabajo*, tanto de la división horizontal (la diversidad de ocupaciones) cuanto de la división vertical (la diferencia entre el trabajo intelectual y el trabajo manual). Lo que desaparece con el comunismo no es la división del trabajo (como una necesidad técnica de la producción) sino *la asignación de por vida* de un tipo de trabajo a ciertos individuos y de otro tipo de trabajo a otros. El poder cambiar de un trabajo a otro de acuerdo con los deseos individuales y las necesidades de la colectividad será *la regla fundamental del proceso laboral en el comunismo*. Aún más. Los hombres se emanciparán de la necesidad de llevar a cabo la mayor parte de los trabajos manuales pesados que exigen ser realizados en la actualidad, como resultado del desarrollo explosivo de las fuerzas productivas. Esta conquista de un margen cada vez mayor de ocio, no debe interpretarse como la obtención del "paradisiaco mundo de los holgazanes", como dicen ciertas gentes, sino la conquista del *estado social* en que el trabajo dejará de ser un medio para la supervivencia y se transformará en un fin en sí mismo. Será un trabajo, por consiguiente, *desenajenado*.

## 2. Por qué los llamados países socialistas ya no son capitalistas

### I. La "astucia del capital"<sup>1</sup>

La caracterización del modo de producción que impera en los países del Este, es uno de los problemas más debatidos e importantes de nuestra época.

Son, a nuestro juicio, tres las posiciones fundamentales a este respecto:

1) La que lo caracteriza como socialista en sus dos modalidades:

a) La versión oficial (de la tecnoburocracia dominante en tales países) que lo define como *socialista* e incluso en ocasiones como embrionariamente *comunista* (Jrushiov dijo en cierta ocasión que el día en que cada soviético consumiera la misma cantidad de mantequilla *per capita* que los norteamericanos se habría llegado al comunismo en la URSS).

b) La trotskista que, a pesar de la intención crítica que posee, acaba por defender el carácter en última instancia socialista y obrero de dichos países. Como dice Marc Paillet: "Trotsky... contribuyó, muy a su pesar, y muy eficazmente, a reforzar el poder de esta misma burocracia manteniendo la polémica en un marco en que los disidentes no podían esperar más que la derrota. Estado degenerado, sociedad desviada, la Rusia Soviética era también un estado proletario, una sociedad proletaria y este hecho era la legitimización última de todo lo que podría lograrse...".<sup>773</sup> La visión trotskista acaba por convertirse en el *último reducto teórico capitalizable por la burocracia dominante en los países del bloque "socialista"*.

2) La que lo define como *capitalismo de Estado o capitalismo buro-crático o capitalismo colectivo estatal* que, con ciertas diferencias significativas entre ellos, tiene como principales exponentes a algunos teóricos de la izquierda europea (como Bordiga, Korsh, Mattick, etc.), a algunos teóricos maoístas (como Charles Bettelheim y otros) y cierta cantidad de marxistas actuales de diversas corrientes.

3) La que lo caracteriza como una *nueva formación social* basada en la refuncionalización de la antigua división del trabajo; concepción que finca sus raíces en la tesis bakuninista de que el *Estado Popular* de los socialdemócratas no es sino "el gobierno de los intelectuales", que asimismo es asumida y sistematizada por el marxista polaco W. Machajski

---

<sup>1</sup> Este inciso, con los dos que vienen a continuación, fueron redactados en lo esencial por Guillermo González Phillips.

y que actualmente es sostenida, con diferentes matices, por teóricos como Rudolph Bahro, Ivan Szelenyi, Marc Paillet y algunos sociólogos herederos de la escuela de Frankfurt, en especial, A Gouldner.

Es evidente que, por razones históricas, la polémica en cuestión se ha dado, sobre todo, entre los que sostienen la posición de que en dichos países existe o se está construyendo el socialismo y la que cuestiona el carácter pretendidamente socialista de tales formaciones sociales. Tanto los que caracterizan como *capitalistas* a dichos países cuanto los que los definen como un *nuevo modo de producción* se ven enfrentados a la posición oficial (y a la trotskista) e incluso utilizan argumentos y cuestionamientos semejantes, ya que en la actualidad, con excepción de lo que podríamos llamar la feligresía del marxismo burocrático, resulta imposible permanecer en una actitud dogmática y doctrinaria mientras en el bloque "socialista" ocurren fenómenos como las invasiones soviéticas en Hungría, Checoslovaquia, Afganistán: las guerras entre Vietnam-China y China-Vietnam, la represión al sindicato *Solidaridad* en Polonia, etc.

Creemos que ya existe una infinidad de pruebas y argumentos contundentes que cuestionan el carácter socialista de los países del Este; hechos y argumentaciones que no es posible mencionar aquí, pues el objeto del presente estudio es la *crítica de la corriente que los define como capitalistas*; crítica que no intenta subestimar esa convergencia en determinado nivel que existe entre los teóricos del "capitalismo de Estado" y los de la *nueva formación social*, sino que pretende empezar a explorar un problema que tarde o temprano ya a convertirse, estamos convencidos de ello, en el fundamental de nuestra época.

Además, la misma exposición de las dos caracterizaciones realmente críticas, de alguna manera contiene la crítica a las *defensas apoloéticas del "socialismo realmente existente"* (Bahro), que nosotros caracterizamos como *"realmente inexistente"*.

Quienes definen como capitalistas de Estado a las formaciones sociales aludidas anteriormente, aciertan en la medida en que resulta evidente la subsistencia del capital en tales regímenes, aunque de manera impersonal y no concurrencial; la supervivencia de la plusvalía y el trabajo asalariado, la diferencia entre trabajo necesario y trabajo excedente, la lucha de clases, etc... Pero definir como capitalistas a dichos países también acarrea una serie de inconvenientes teórico-políticos pues se insiste de tal manera en la recuperación de elementos inherentes al capitalismo privado que se desvanecen los contornos de la novedad del régimen en cuestión, se relegan a segundo plano otras características esenciales. Definición en la que resulta imposible comprender el *carácter no concurrencial del capital*, la inexistencia del mercado interno y una serie de fenómenos que más tienen que ver con una *refuncionalización de algunas categorías capitalistas que con su simple reaparición y consolidación*.

De hecho, plantear que en los regímenes "socialistas" reaparecen categorías capitalistas decisivas (como capital, plusvalía y trabajo asalariado) suele ahorrar a muchos el estudio minucioso y detallado de la especificidad que implican dichas formaciones sociales. El razonamiento es muy sencillo: en estos regímenes, ¿hay capital, plusvalía y trabajo asalariado? Sí, luego son capitalistas o capitalistas de Estado o capitalistas colectivos de Estado.

A nuestro juicio, denominar a las formaciones sociales en cuestión como *capitalistas*, acarrea, entre otros, dos tipos principales de inconveniencias: una teórica y otra política.

a) Inconveniencia teórica:

Como se podrá advertir, el título del presente escrito constituye una paráfrasis del concepto hegeliano de la "*astucia de la razón*", mediante el cual Hegel describía aquella capacidad del espíritu que le permite determinar "a su antojo" (a su *necesidad conceptual*) el rumbo de la historia. Las guerras, pestes, plagas, etc., son fenómenos que, a pesar de ser dolorosos, tienen una *razón* de ser, que no es otra que la de seguir el camino "de la inescrutable libertad" trazado por la *razón misma*. La *razón* posee la suficiente *astucia* para acabar por imponerse, por más que, desde el punto de vista de la conciencia inmediata de los hombres, *utilice* mecanismos aparentemente muy absurdos y nefastos para lograrlo.<sup>774</sup> Nuestros teóricos del capitalismo estatal, ven el capital de una manera semejante a la forma en que Hegel concibe la razón; aquél es, para ellos, un ente abstracto. Lo suficientemente *astuto* para realizarse independientemente de los agentes que lo encarnan. ¿Como es que puede haber capitalismo con un mercado interno restringido a ciertas funciones de contabilización? ¿Cómo es que los agentes del capital en esos regímenes sean capitalistas sin capital, sin poseer un capital de manera individual o por acciones?

Ante preguntas como éstas, la respuesta no se hace esperar: "El capital es una 'categoría' o una 'función' (?) que nada tiene que ver con las personas o los agentes". El capital "se realiza independientemente de quienes les sirvan de vehículos". Hay que recordar en este e abstracto y dotado de vida propia capaz de realizarse y reproducirse punto que cuando Marx dice que el capital no se identifica con las personas quiere señalar dos cosas: 1) que es una clase (o, dicho de otro modo, que la fragmentación de la clase no debe ocultarnos a la clase misma) y 2) que se trata de un sistema productivo específico. En ningún momento quiere decir que el capital pueda existir absolutamente sin fragmentación. La "sociedad por acciones", a la cual llama Marx *capital colectivo*, no es más que la asociación de ciertos capitalistas (por medio de la concentración y la centralización de los capitales) dentro de la fragmentación del capital inherente de manera necesaria al sistema capitalista.

Se dice que lo decisivo no es definir quién o quienes son los agentes del capital (o sea la tecnoburocracia), sino que lo importante es reconocer la existencia del capital como ente abstracto, como función. Jacques Camatte, importante teórico de esta corriente, señala, como Althusser, que en tales países "hay capitalismo sin burgueses". Es claro que con esto quiere mostrar que en dichos países no hay burgueses individuales, sino capital colectivo. No capitalistas privados como en occidente, sino capitalistas que, mediante su posición en el aparato estatal, se apropian colcutivamente del excedente. También plantea que, por lo tanto, las revoluciones soviética y china no fueron *revoluciones burguesas pero sí capitalistas*. Es evidente aquí la forma en que la noción de capital se maneja como *un ente independiente de los agentes que lo encarnan*. Pero ¿por qué eluden el problema de los agentes de capital? Porque piensan que el factor *determinante o esencial* es la subsistencia de la contradicción capital-trabajo, por lo que resulta secundario e irrelevante plantearse el análisis de los agentes. Esto es, se ahorran (o escamotean) el problema del estudio de las características que distinguen a estos agentes del capitalismo de Estado en ascenso. O, dicho de otra manera, no importa qué fueron o a qué clase pertenecían los agentes antes de ejercer la gestión estatal, pues en el momento que lo hacen, se convierten mecánicamente en capitalistas ya que quedan sujetos a los designios inescrutables del "astuto capital".

Este planteamiento no sólo resulta homológico o ambiguo al no especificar las diferencias entre los agentes tecnoburocráticos del capital y los capitalistas privados, sino que no esclarece mediante qué elementos (atributos, cualidades), tales agentes pueden convertirse en *capitalistas de Estado*.

Nosotros pensamos que la condición estructural histórica para acceder a los puestos de gestión estatal es la *posesión* de ciertos conocimientos y experiencias; conocimientos y experiencias que no necesariamente equivalen al conocimiento científico –aunque éste puede formar parte de aquéllos–; sino a aquel conjunto de instrumentos *intelectuales*, indispensables para realizar la gestión económica y política, necesarios para la administración, la planificación y el control ideológico de la sociedad.

De todo lo dicho anteriormente, se desprende el hecho de que, para los teóricos del capitalismo de Estado, entre el capitalismo privado y esta "nueva forma de capitalismo" hay *diferencias meramente cuantitativas*, ya que en ambos sistemas aparecen las contradicciones fundamentales del capitalismo. Aún más, resulta clara la presencia de la concepción marxista ortodoxa de la paulatina centralización y concentración del capital que va a facilitar el proceso de socialización: de los oficios artesanales a la libre empresa, de ésta al monopolio de Estado, de éste al monopolismo de Estado, de éste al capitalismo de Estado y de éste último al socialismo.<sup>775</sup>

Además, estos teóricos del capitalismo de Estado ponen tanto el acento en las características que poseen en común el capitalismo privado y el capitalismo de Estado, que se olvidan de esclarecer las distinciones entre ambos; ven diferencias cuantitativas y secundarias donde hay diferencias cualitativas y de primera importancia. En efecto, hay capital, pero este capital ya no es concurrencial, o sea, es un capital *refuncionalizado*. Esta misma refuncionalización actúa sobre todas las demás categorías capitalistas; la reubicación estructural de unas provoca la reubicación de otras y así sucesivamente.

A propósito de lo anterior, Marc Paillet, hablando del proceso de revisión y de confrontación con la realidad de la teoría del socialismo dice que: "...la revisión más fácil a emprender era la que consistía en decir que Stalin [nosotros, de acuerdo con los teóricos del capitalismo de Estado, añadiríamos Lenin y Trotsky] no había hecho más que restaurar el capitalismo en la URSS. Desde luego, no podía tratarse del capitalismo clásico. Pero *podían intentar hallarse en la Unión Soviética mecanismos fundamentales asimilables a los procesos esenciales que definen el capitalismo*" (subrayado nuestro). Y más adelante: "Se analiza, imitando el método empleado por Marx, al nivel del proceso de la producción y de la creación de plusvalía, y se intenta hallar analogías fundamentales entre la URSS y los países capitalistas. Se pretende, en especial, probar que el antagonismo esencial denunciado por Marx entre el carácter social del proceso de producción y las modalidades de apropiación de la plusvalía, no desaparecía sino que simplemente se transformaba y se alzaba al nivel del Estado en la URSS. Más esto sólo servía para demostrar que la burocracia tenía la posibilidad de controlar el reparto de la plusvalía sin ser por ello una clase burguesa. ¡Una clase dominante sí, una clase burguesa no! En verdad, *la demostración se apoyaba más en necesidades finalistas que en análisis objetivos...* [se trataba entonces de una de dos cosas: o capitalismo o socialismo]... *¿Qué otra cosa si no? Puesto que*, claramente la sociedad staliniana nada tenía que ver con el socialismo, era preciso que fuese un avatar del capitalismo. *Puesto que*, el mecanismo de producción de los beneficios y sus modalidades de apropiación y repartición dejaban subsistir un proletariado explotado y una clase de poseedores, se trataba de un capitalismo de Estado. Este análisis finalista hacía entrar el fenómeno soviético, mal que bien, en el cuadro bien preparado de la alternativa 'capitalismo o socialismo'. Pero fuera de esto nada cuadraba. La propiedad privada (aun la colectivamente privada) de los medios de producción había desaparecido. Los que la detentaban y sus aliados habían sido eliminados y a menudo hasta asesinados. Los mecanismos de formación de precios no tenían nada que ver con los mecanismos de los países capitalistas. El beneficio se materializaba de forma diferente, en puntas diferentes y jugaba un papel diferente. Lo mismo se podía decir del mercado, de la moneda. La

disposición de las clases sociales ya nada en común tenía con las estructuras de la sociedad capitalista ni las formas reales de gobierno, ni las reglas jurídicas y morales, ni los comportamientos, ni... y, lo más incomprensible de todo, el mundo capitalista, el verdadero, continuaba considerando a aquella sociedad su enemigo fundamental..."<sup>.776</sup>

Esta larga (pero penetrante) cita de Paillet es elocuente en lo que al esclarecimiento de la *refuncionalización* del capital se refiere. Tomando en cuenta todo lo que aclara dicha cita, trataremos además de ubicar en qué sentido se da la refuncionalización de alguna de las categorías capitalistas fundamentales.

La plusvalía social, por ejemplo, está determinada por un *plan central*, fenómeno que no ocurre en el capitalismo ya que si en éste la categoría estructurante, realizadora, es el *mercado*, en el régimen tecnoburocrático dicha categoría es la *planificación central*. Sobre esto Paillet observa que: "La plusvalía real en la URSS no puede aparecer ni se contabiliza más que en el escalafón central...". Y más adelante afirma que en el capitalismo "al menos en la época clásica, el capitalista, individual o colectivo, extrae la plusvalía empresa por empresa. Más exactamente aún, logra esta plusvalía, que está sometida a una apropiación al nivel de la empresa, de la sociedad, del trust, por medio del mercado. En un régimen tecnoburocrático no hay nada de esto. La estructura económica de tales regímenes se caracteriza por esto. La estructura obtenida a través de la planificación, a su vez apoyada en la estatización de los medios de producción y de distribución. En un régimen tal la plusvalía no puede aparecer ya como sucedía en el régimen capitalista, a nivel de fábrica o de trust"<sup>.777</sup>

Por otro lado, creemos que resulta inadecuado hablar de plusvalía o excedente para denominar la forma específica de la apropiación de valor en los países "socialistas" ya que esto sería como hablar de la *especie* bajo el nombre de *género*. Adelantaremos que, a nuestro modo de ver las cosas, lo que existe en estos regímenes es la *plusvalía social planificada* (PSP). La "plusvalía" existe en dichos países como trabajo no retribuido y generado en la esfera de la producción, pero es social (a diferencia del capitalismo) porque no hay un mercado libre de la fuerza de trabajo y la apropiación no se da en forma privada sino colectiva; y además, a diferencia de la plusvalía capitalista, es una plusvalía planificada. Paillet nos dice al respecto: "La sustitución de una apropiación periférica de la plusvalía por el capitalista, industrial o social, por una apropiación central de la colectividad de los 'dirigentes', es la ley esencial de la tecnoburocracia"<sup>.778</sup> Y en otra parte asienta que: "Es precisamente sólo a través de esta 'colectivización' como la colectividad de tecnoburócratas puede lograr ser la clase dirigente. La forma estatal de la propiedad no es una simple negación de la forma capitalista, es una afirmación positiva de los derechos y de los medios de la nueva clase dirigente"<sup>.779</sup>



En realidad la *planificación central de la economía*, es el elemento que viene a *refuncionalizar* las categorías del capitalismo. No sólo está *refuncionalizada la plusvalía* (de tal manera que aparece como *plusvalía social planificada*) sino que está igualmente refuncionalizado el trabajo asalariado, ya que los salarios se determinan no a través de la *ley mercantil de la oferta y la demanda* sino mediante el criterio planificador de la tecnoburocracia.

Sin embargo la planificación es un instrumento de la clase que, a nuestro juicio, detenta el poder en los regímenes en cuestión.

Se ha manejado comúnmente el hecho de que la planificación en esos países es "limitada". Cornelius Castoriadis nos dice, por ejemplo: "La existencia misma del aparato burocrático lleva a la opacidad social hasta un grado desconocido anteriormente, y hace que la información requerida para la planificación (de lo económico o incluso (le la producción de una gran empresa (esté constantemente ausente. La masa de ejecutantes oculta la verdad al aparato".<sup>780</sup> Esta cita demuestra con elocuencia algunas causas de las deficiencias que en materia de planificación padecen dichos regímenes: la retención de información para propiciar actos fraudulentos por parte de la tecnocracia a cargo de las empresas, la falsificación de esta información por parte de la burocracia menor, etc... Pero no se debe interpretar ese fenómeno como un mero error *técnico*, ya que es el claro efecto de *la lucha de la tecnoburocracia por satisfacer sus intereses de clase echando mano de sus funciones administrativas. No es que la planificación utilice a los tecnoburócratas sino que éstos utilizan aquélla*. Michel Pablo observa que la burocracia posee "el monopolio sobre los medios de producción comprendidos los de la informática...".<sup>781</sup> Es importante hacer notar que la tecnoburocracia no posee (*controla*) los medios materiales de producción sino gracias a poseer previamente —o como condición posibilitante— los medios *intelectuales* de la misma. La vía necesaria (aunque no suficiente) para acceder al control de los medios materiales de producción en el aparato estatal, es la previa posesión de los conocimientos y experiencias necesarios para ello. Cuando se aniquiló a los capitalistas, tras la revolución de octubre, los burócratas no se vieron obligados por ese "astuto ente abstracto" llamado capital a ejercer esa función de "capitalista colectivo", sino que llegaron a ejercerla gracias a su actividad teórico-política en el interior del partido bolchevique y su conocimiento económico-técnico. Incluso las medidas implantadas por Lenin —durante las fases del capitalismo de Estado, el comunismo de guerra, la NEP, etc.— significaron la consolidación de la conquista del poder por vía de los conocimientos científico-técnicos e ideológico-políticos.

La tesis bakuninista de que el Estado popular de los marxistas, no era sino un "gobierno de los ingenieros sociales" (lo cual llevó a Marx a la ingenua exclamación de: "¡Qué cosa fantástica!") demuestra tener muchas

implicaciones en la actualidad y también parece poseer más grado de concreción que el utopismo "fantasioso" de Marx en este punto.

*La refuncionalización es el efecto de la sustantivación de la clase intelectual (tecnoburocrática),<sup>782</sup> la cual se apropia del aparato de Estado gracias a su estructura definitoria: la posesión de los medios intelectuales de producción (en el sentido amplio del término).*

La siguiente cita de Paillet nos permite profundizar en este asunto: *"El parlamentarismo era la designación de una 'clase política' dependiente por medios y según procedimientos controlados de los dueños capitalistas. La tecnoburocracia es una clase política dirigente que ha eliminado a los capitalistas y posee el control de la economía a través de sus funciones, dominando así a sus súbditos. Ambas lógicas son, pues, el reverso una de otra".<sup>783</sup>* Con ello se deja claro cómo son los tecnoburócratas los que conforman el sector hegemónico de esta nueva clase, precisamente por poner en juego ciertas funciones. Pero en este punto creemos que resulta limitada la posición de Paillet, pues las *funciones* que realiza la tecnoburocracia sólo las puede lograr mediante su *estructura* de posesión de las condiciones *teóricas* de producción. Detrás de cada funcionario (burócrata, técnico, militar) hay un individuo que ha trabajado su fuerza de trabajo y se distingue de los demás por su monopolio cognoscitivo. Cuando Paillet mas adelante dice que esta tecnoburocracia "dirige a través de sus funciones y no de la propiedad. O más exactamente, ella 'posee' el instrumento de producción por las funciones que ejerce",<sup>784</sup> es muy claro en cuanto reitera que la "clase dominante" de dichos países, mediante el ejercicio de funciones tecnoburocráticas, *controla los medios de producción materiales*; pero no llega a ver con claridad el problema de que, a su vez, tales funciones son el resultado de un previo monopolio cognoscitivo.

El camino que tuvieron que recorrer los tecnoburócratas para refuncionalizar el capital fue el de su previa preparación para poder ejercer tales funciones. No es el ente abstracto el que crea a sus agentes, sino que éstos, generados previamente en y gracias al capitalismo privado,<sup>785</sup> se apropian de la máquina estatal y la ponen en servicio del MPI en primera instancia, y del sector técnico o burocrático al que pertenecen.

En realidad el *capital social* que existe en las formaciones en cuestión, no es otra cosa que uno de los ingredientes de la conformación orgánica del Modo de Producción Intelectual. En el capitalismo existe una evidente correspondencia entre los agentes (los capitalistas) y las categorías imperantes (también capitalistas). En las formaciones "socialistas", por el contrario, hay un desfase entre los agentes (tecnoburócratas) y las categorías (el *capital social*, la *plusvalía social planificada*, etc.). No es que este nuevo "modo de producción capitalista" genere a la tecnoburocracia para reproducirse, sino que ésta, creada previamente en el capitalismo

privado, y en proceso recreativo incesante en el propio MPI, *refuncionaliza, gracias a su estructura apropiativa-intelectual, el capital social planificado al interior de un nuevo modo de producción*. Es cierto que los agentes del capital en el bloque seudoesocialista (esto es: los tecnoburócratas) no sólo ejercen tal función, sino que a su vez la función reacciona sobre ellos, los enajena y les imprime determinada dinámica, pero esto no debe hacernos perder de vista el hecho de que *ellos son agentes concretos que refuncionalizan el capital*.

El esquema del ente abstracto (capital) que astutamente utiliza a los hombres para realizar sus designios, *es un esquema fundamentalmente idealista y escatológico*. La *idea* del capital va a realizarse echando mano de los agentes que sean y en las circunstancias que sean, ya que ésta es la teleología del capital. En este punto a nuestros teóricos se les desmorona su pretendida ortodoxia y su apego a los conceptos fundamentales del marxismo, ya que, como dice Alfred Schmidt: "Marx no reconoce otros fines en el mundo que no sean los establecidos por los hombres".<sup>786</sup>

b) *Inconveniencia empírico-política:*

Hablar del "capitalismo sin clase burguesa" es inconveniente en la medida en que no queda claro qué clase constituye el enemigo principal de la clase obrera en los regímenes burocráticos. Si pensamos que el enemigo principal de la clase obrera lo constituyen las categorías abstractas de "*capital colectivo o plusvalía social*", con ello obstaculizamos la detección de su enemigo concreto. Las tesis bordiguistas del "capital colectivo" se deben "poner sobre sus pies". En efecto, resulta bastante complicado tratar de denunciar a un enemigo tan abstracto.

Hay que dejar en claro que no es dicho ente supraindividual el que utiliza a los individuos como sus agentes, sino que éstos –la clase intelectual burocrático-tecnocrática– son los que hacen uso de tal capital para reproducir el modo de producción específico y para satisfacer sus intereses de clase dominante. La fórmula de Camatte *capitalismo sin burguesía* debe ser sustituida por la fórmula: *capitalismo planificado por la clase intelectual tecnoburocrática*. Sólo mediante la búsqueda de la estructura de clase específica de los agentes del capital en los regímenes "socialistas" podemos detectar con claridad el enemigo de la clase obrera en tales países. *El enemigo principal de la clase obrera en las formaciones en cuestión no es otro que la clase intelectual tecnoburocrática, la cual, gracias a su previo monopolio cognoscitivo, puede obtener los puestos de gestión y control de la producción*. Solamente con tal *delimitación* del enemigo se pueden evitar soluciones formales –como la "abolición del trabajo asalariado" o "la autogestión productiva"– las cuales, como veremos más adelante, y hemos insinuado con anterioridad, *lejos de atender contra la estructura del nuevo modo de producción lo acabarán por reformar y apuntalar*.

Es probable que los teóricos del capitalismo de Estado respondan a la anterior argumentación subrayando que es la burocracia, o la clase capitalista-burocrática, la que constituye el enemigo principal; planteamiento que es correcto pero insuficiente puesto que la burocracia constituye el sector hegemónico dentro del Estado en dichos países, pero *no tiene garantizada esa hegemonía*, prueba de ello es el tremendo peligro que representa para la vieja burocracia el empuje tecnocrático que se ha manifestado ya en varios países del bloque "socialista". La "autogestión" yugoslava no significa otra cosa, a pesar de su apariencia obrerista y democrática, que la conquista, por parte de la tecnocracia, de mayor poder decisorio tanto en las empresas como en el órgano central de planificación. En el movimiento antiburocrático en Polonia –antes del golpe militar– encontramos también a los tecnócratas *dirigiendo* a la federación sindical Solidaridad, con el objeto de arrancarle fuerza y poder a la vieja burocracia subordinada incondicionalmente a la URSS, que todavía está al frente del POUP. Estos ejemplos, y muchos más que por razones de espacio no podemos ofrecer, son una clara muestra de que la capacidad de reproducción del nuevo modo de producción es tal que no basta con la lucha antiburocrática para poder destruirlo, sino que es preciso diseñar y llevar a la práctica un largo y profundo proceso de subversión de la división del trabajo (de revolución cultural) que socialice de tal manera los conocimientos científico-político y técnicos, que los obreros mismos puedan echar a andar la producción y también administrarla y planificarla globalmente.

Consideramos que la "autogestión productiva" puede ser un recurso más de la clase intelectual para consolidar este nuevo modo de producción, ya que de nada sirve la legalización del control de la producción por los productores, cuando las decisiones que toman los consejos de fábricas están piloteadas por la tecnocracia y los cuadros científicos. La *autogestión real* sólo se puede dar mediante un profundo proceso de *revolución cultural*, pues sólo de ese modo los obreros y campesinos manuales pueden poseer los suficientes conocimientos para decidir por sí mismos la manera de dirigir, planificar y distribuir la producción tanto a nivel empresarial como a nivel global. Consignas como la *autogestión productiva* o la *abolición del asalariado*, pueden convertirse en un recurso teórico-demagógico más de la clase intelectual para garantizar la reproducción a largo plazo del modo de producción del cual es la clase dominante. Hay que recordar en este punto, que la clase intelectual (como clase social) no es *absolutamente homogénea*, y por lo mismo son constantes las contradicciones en su seno, en especial las que se dan entre tecnocracia y burocracia,<sup>787</sup> ya que la primera se autoconsidera más apta para la gestión que la segunda, en base a sus atributos científico-técnicos, y la burocracia asimismo se considera más

apta en base a su manejo político-ideológico y en no pocas ocasiones sus méritos (reales o no) revolucionarios.

A propósito de estas pugnas y reacomodos de funcionarios estatales, Marc Paillet plantea que: "el poder burocrático tiene como esencial al Partido, estructurado como una ciudadela, mientras que la tecnocracia podría utilizar el aparato de Estado *constitucional*, Gobierno y Parlamento, para despejar el camino de su propio poder, legalizando formas de expresión popular como los consejos obreros, que traducen a su modo exigencias democráticas nuevas. Esto no es de todas formas un pronóstico abstracto puesto que hemos visto a los tecnócratas checos, entre otros, orientarse en esta dirección en 1968"<sup>788</sup> Resulta por sí misma elocuente esta cita de Paillet donde se pone de manifiesto que las soluciones "autogestionarias" en abstracto no son más que el recurso tecnocrático para la toma de posiciones en el sector hegemónico del Estado. La *división vertical del trabajo* (entre trabajo intelectual y trabajo manual) *es un problema estructural*, y de nada sirve tratar de ocultarla mediante recetas más o menos democráticas –como la "autogestión productiva" o la "democracia socialista"– puesto que *tal estructura se reproduce incesantemente sin que pueda ser afectada por medidas jurídico-políticas formales*.

La tesis teleológica del *capital absoluto* puede acabar por ser el último reducto tecnocrático en contra de la burocracia partidaria de viejo cuño, pues en la medida en que ésta pueda utilizar a la clase obrera como instrumento para restarle poder a la burocracia, podrá acabar por convertirse en el sector hegemónico de la clase intelectual, apoderándose no sólo de la gestión empresarial (como ha venido haciéndolo en los últimos años), sino posiblemente también de la gestión central de la economía.

Los teóricos del capitalismo de Estado identifican a la burocracia con la clase capitalista dominante y, por lo tanto, encubren el resto de la clase intelectual que por ahora no posee los puestos de gestión que están en manos de la burocracia; pero que constituye un peligro potencial (y quizá más poderoso que la burocracia, ya que esta ha puesto de manifiesto en varias circunstancias su debilidad) para la clase manual.

Hay quienes afirman que no importa el origen de clase de los funcionarios (esto es, no importa si eran obreros o intelectuales), sino que lo verdaderamente importante es que en el momento en que ocupan un puesto de gestión se convierten en parte de la clase dominante. Esta postura *pretende encontrar el fundamento de clase de la burocracia en sus funciones*.

Sin embargo nosotros creemos que el carácter de clase de la burocracia *no está fuera de ella, no está en sus funciones, sino como hemos venido repitiendo, en su estructura*, y su estructura es la misma que la de todos los

poseedores del conocimiento y, aún más, *pueden ejercer sus funciones precisamente gracias a su estructura apropiativa.*

Los mismos elementos de la clase obrera que son asimilados por el aparato de Estado llegan a ejercer funciones burocráticas por poseer ciertos conocimientos, determinada influencia política en la clase o por pertenecer a la aristocracia obrera, al trabajo manual complejo y calificado.

Por otro lado, creemos que la consigna de la "abolición del salariado", es una consigna importante en tanto que es *anticapitalista*, pero que plantearla como alternativa revolucionaria en las formaciones post-capitalistas, resulta igualmente demagógica, pues mediante dicho mecanismo no se elimina lo que es la causa estructural del dominio de clase en dichas formaciones, esto es, la división clasista del trabajo. Durante el comunismo de guerra, por ejemplo, o en las comunas autogestionarias en España, se llegó a abolir el salario en parcelas importantes de la economía, sin que por ello se afectaran las diferencias clasistas entre los poseedores del conocimiento y los desposeídos de éste. La fórmula de "a cada quien según su trabajo", fórmula que encarna la contradicción entre la clase intelectual y la clase obrera manual, puede subsistir aunque no perdure el salario, pues la política redistributiva puede basarse en tal fórmula sin que tenga que intervenir necesariamente el salario (por ejemplo, mediante bonos o prestaciones de acuerdo al tipo de trabajo y al grado de calificación del mismo).

*Definir como enemigo principal de la clase obrera en los países del bloque "socialista" a la burocracia "capitalista", es, entonces, un grave error estratégico, pues de este modo se posibilita la consolidación tecnocrático-intelectual del modo de producción, ya que no se incluye dentro del enemigo a aquellos sectores de la clase intelectual que si bien en la actualidad no son hegemónicos, pueden en un futuro próximo llegar a serlo, y aún más, pueden consolidar una forma más "democrática" de dominación clasista que permita la supervivencia a largo plazo de este nuevo modo de producción basado en la división clasista del trabajo.*<sup>789</sup>

## **II. Tres categorías lógicas para la comprensión de algunos aspectos del proceso económico**

*La sola presencia de capital no determina mecánicamente que exista el régimen capitalista. De todos es sabido que en pleno feudalismo haba capital y ello no implica que la feudalidad fuera capitalista. Los teóricos del capitalismo de Estado caracterizan al MPI como la culminación de un*

proceso de concentración y centralización del capital, que va de la libre empresa al capitalismo colectivo o burocrático de Estado, pasando por formas intermedias de capitalismo fuertemente concentrado. Nos parece que interpretan como *cambio cuantitativo* lo que realmente es un *salto cualitativo*. Para explicar esto, echemos mano de tres *categorías lógicas que nos auxilian en la comprensión de tal proceso económico*. Se trata de las categorías lógicas de la cantidad: lo *singular*, lo *particular* y lo *universal*.

De acuerdo con las anteriores categorías, el paso de lo singular a lo particular se identifica (en cuanto al proceso económico) con el tránsito de la libre concurrencia al monopolio, como resultado de la concentración y centralización del capital. Conforme a un enfoque dialéctico, el *monopolio* (lo particular) aparece como *singular* en el sentido de que frente al capital en general (lo universal *disperso*) resulta ser una unidad. En cambio frente a la empresa de la etapa de la libre competencia (lo singular) aparece como un "conjunto de singularidades" o si se prefiere como lo *universal embrionario*. Tanto en la libre concurrencia (lo singular) como en el monopolio (lo particular) es evidente la existencia de la *concurrencia mercantil*. En la polémica con Bujarin, a Lenin le asistía la razón cuando asentaba que la existencia de monopolios no implicaba la desaparición del mercado –como aquél sostenía. Si en la etapa de la libre empresa los capitalistas competían en el mercado como entes individuales o en grupos reducidos, en la fase monopólica concurren como grandes corporaciones que agrupan a muchos capitalistas. Sin embargo, *ni en el primer período ni en el segundo, la concentración y centralización de los capitales se dan al grado de hacer desaparecer la concurrencia*. Es aquí donde las etapas *mantienen una diferencia de cualidad con el Estado supercentralizado* (como lo es el del MPI), en donde desaparece o tiende a desaparecer la concurrencia. Cuando surge el monopolio (como manifestación de lo particular) se desdobra, de acuerdo con la fase del desarrollo económico, en tres formas principales: 1) lo *particular-privado* (monopolio generado por la libre concurrencia), 2), lo *particular-estatal* (monopolio de Estado) y 3) lo *particular mixto* (monopolios estatal-privados). Los tres modelos de lo particular guardan, con respecto a lo singular, una diferencia cuantitativa, pues son dos niveles distintos al interior de una *dinámica concurrencial*. *Las categorías concurrenciales de la cantidad* constituyen un rasgo esencial y definitorio del capitalismo. El tránsito de lo *singular-particular* (capitalismo) a lo *universal* (MPI) implica un *salto cualitativo*, un cambio de terreno: se pasa de la economía concurrencial (inherente al capitalismo) a la *planificación estatal* (burocracia).

Resulta contradictorio el concepto de "capital colectivo" que utilizan algunos de los teóricos que caracterizan a los países "socialistas" de "capitalismo de Estado", ya que el capitalismo implica necesariamente lo

singular y lo particular como *categorías concurrenciales*, y lo "colectivo" implica un salto cualitativo a lo universal (de lo concurrencial a lo no concurrencial), de lo "privado" (lo singular-particular) a lo "público" (lo universal).<sup>790</sup> Marc Paillet nos dice: "las estructuras de la sociedad tecnoburocrática, como ya hemos visto, son muy diferentes a las estructuras capitalistas. La plusvalía circula de forma diferente y se contabiliza en la variante burocrática del modelo, en una cúspide".<sup>791</sup>

El salto cualitativo conquistado por la revolución *proletario-intelectual* trajo consigo modificaciones esenciales (de las cuales hablaremos más adelante) pero también refuncionalizó algunas propias del capitalismo. Marc Paillet examina de manera penetrante el problema del intento de caracterizar como "capitalistas" a los regímenes tecnoburocráticos. Recordemos, al respecto, las siguientes palabras: "Pero fuera de esto nada cuadraba. La propiedad privada (aun la colectivamente privada) de los medios de producción [la *singular-particular*, diríamos completando a Paillet] había desaparecido. Los que la detentaban y sus aliados habían sido eliminados y a menudo asesinados. Los mecanismos de formación de precios no tenían nada que ver con los mecanismos de los países capitalistas. *El beneficio se materializaba en forma diferente, en puntos diferentes y jugaban un papel diferente*. Lo mismo se podría decir del mercado, de la moneda".<sup>792</sup>

Las diferencias estructurales que el *salto cualitativo* (de las categorías concurrenciales a la no concurrencial) produjo en el MPI, a diferencia del capitalismo privado, no se reducen a las mencionadas "de paso" por Paillet. La *propiedad* misma se refuncionaliza.<sup>793</sup> El asalariado también. "El patrón universal –dice Paillet– y la condena total. No queda más que el trabajo marginal, el trabajo maldito. No queda otra cosa que la capitulación".<sup>794</sup> Lo afirma aludiendo a la pérdida de la libertad de contratarse por parte de la clase obrera. La refuncionalización es producto de la ley dialéctica de que "en el seno de lo nuevo reaparece lo viejo". Hay categorías capitalistas que subsisten; pero eso no debe llevar a hacer *análisis analógicos*. Hay que reubicar esas categorías del pasado en un nuevo régimen en el cual, como en la decadencia del feudalismo, *hay capital mas no capitalismo*. Fórmula ésta que no debe ser confundida con la de que, en la URSS y los otros países del llamado campo socialista, lo que existe es un capitalismo *sin* capitalistas, a diferencia del capitalismo *con* capitalistas que predomina en Occidente. El tránsito, en efecto, del *con* al *sin*, corresponde al *salto cualitativo* de lo singular-particular a lo universal. Un capitalismo *sin* capitalistas modifica de tal manera las cosas, articula de modo tan diferente las categorías económicas, inicia de tal forma una nueva estructuración del todo social que no puede ser constreñido a la noción de capitalismo y representa, por ende, una contradicción en los términos.



### III. Sobre las categorías de la esencia y el fenómeno

Si bien algunos filósofos antiguos la hicieron objeto de reflexión, la dicotomía *esencia/fenómeno* recibe su primer tratamiento sistemático en Kant. El filósofo alemán entiende por fenómeno, como se sabe, lo *que la cosa, como objeto, es para nosotros*, para nuestra sensibilidad y nuestro entendimiento. La esencia, en cambio, es la *cosa en sí* (el noumeno), la cual existe, pero es incognoscible, ya que intentar apropiárnosla acarrearía el contrasentido de "sacarla de sí" y arrebatarle su carácter trascendente. En el momento en que la conociéramos, dejaría de ser la *cosa en sí* para convertirse en *cosa para la conciencia*, esto es, en fenómeno.

La concepción kantiana presenta tres características fundamentales:

1. *El agnosticismo que implica asegurar que el fenómeno se conoce* (más aún: por eso es fenómeno) *y la esencia es incognoscible* (y precisamente por ello es la x del conocimiento).
2. *El divorcio que se establece entre la esencia y el fenómeno* (divorcio propio del tratamiento disyuntivo-metafísico) y,
3. *La topología que considera a lo externo fenoménico escindido de lo interno esencial* (escisión característica asimismo del procesamiento disyuntivo-metafísico).

A partir de la crítica de Marx a Hegel, pero refuncionalizando formulaciones dadas ya por el autor de la *Ciencia de la lógica*, el marxismo establece las siguientes tesis sobre la dicotomía, en cuestión:

1. *La esencia es perfectamente cognoscible*. Precisamente es por ello que la tarea de la ciencia consiste en distinguir, conociéndola, la esencia del fenómeno.
2. *La esencia y el fenómeno no se hallan metafísicamente divididos; se encuentran unidos contradictoriamente de tal modo que la esencia constituye la trabazón interna de los fenómenos*.
3. *Es preciso redefinir la topología de la objetividad como un exterior en el que se expresa, deformado, un interior*; y mostrando que lo interior-exterior es una metáfora que no debe inducir a pensar las cosas de manera espacial.

Un ejemplo de utilización inadecuada del binomio *fenómeno/esencia* nos lo proporcionan los teóricos que piensan que la naturaleza de los llamados países socialistas es el capitalismo de Estado, ya que ellos argumentan que si bien se ha abolido la propiedad privada, y esto acarrea modificaciones de detalle, ello tan sólo es la apariencia el engaño superficial de la *"astucia del capital"*, porque la esencia del capitalismo subsiste: *hay capitalismo, pero "burocrático", "no concurrencial" o "colectivo"*.<sup>795</sup> ¿Pero qué entienden

estos marxistas por esencia del capitalismo? La existencia de la plusvalía y el trabajo asalariado. Mientras subsista la exacción de plusvalía, mientras persista el trabajo asalariado, proseguirá su existencia el capitalismo. Esta concepción no respeta lo que el marxismo entiende por esencia: *la trabazón (interna) de los fenómenos* o, lo que es igual, la articulación específica que opera (al interior) de los fenómenos otorgándoles el sentido y el carácter particular que presentan. Su concepción de la esencia advierte la *topología de lo externo y de lo interno*, pero como deja de lado la trabazón interna, la articulación específica, cae inevitablemente en un esquema abstracto. Los partidarios de esta interpretación hablan, en realidad, de una *esencia constituida, postulada* y, como decía Paillet, caen en un *análisis finalista* que no escapa de los marcos ortodoxos planteados a priori: capitalismo o socialis-mo. ¿Para qué investigar la particularidad de las formaciones sociales en cuestión si ya conocemos de antemano su "esencia"? Ellos no buscan apropiarse epistemológicamente de la esencia real, concreta; de la esencia que no puede ser *construida sino descubierta* o, si se quiere, de la esencia que sólo permite un tipo de constitución: su descubrimiento. Esta es la razón por la que, al constatar que en los regímenes socialistas hay trabajo asalariado y plusvalía, no advierten que estos fenómenos no existen a secas, que el proletariado (salarinado) subsistente no es el capitalista y que la plusvalía no es el plustrabajo impago propio del capitalismo, sino que lo que hay es *trabajo asalariado planificado* (no hay mercado de la mano de obra, o lo que es igual, el obrero colectivo carece ahora de la libertad de contratarse) y *plusvalía social planificada* (que aparece ya sin la necesaria intervención realizadora y distributiva de la esfera de la circulación). No es ya la "esencia del capitalismo"; es *otra esencia*. El carácter de *interioridad* de la esencia no debe disculparnos de analizar su articulación *específica*. Resulta sencillo, finalista y cómodamente ortodoxo –basado en el prejuicio apriorista de "lo binario"– dejarse llevar por semejanzas o por elementos comunes abstractos que diluyen la especificidad cualitativa. Pero también resulta ello extremadamente inadecuado, porque entraña el peligro de considerar la historia como una evolución lineal y continua, sin cambios bruscos, puesto que, si podemos tomar arbitrariamente elementos comunes de los distintos modos de producción, podríamos asegurar, por ejemplo, que el capitalismo no es otra cosa que un *feudalismo salarial* y así sucesivamente. Cuando, entonces, nuestros teóricos no titubean en definir a los países "socialistas" como capitalistas, como capitalistas de Estado, como la fase superior del capitalismo o, incluso, como la fase última del imperialismo, no hacen otra cosa que inmolarse las diferencias en nombre de las semejanzas y alejarse de una concepción materialista y dialéctica de la historia.

Por otra parte, las consecuencias políticas de considerar al "capital burocrático o colectivo" como el único enemigo de la clase obrera y los

campesinos en esos países, pueden resultar funestas, ya que en el caso de que se eliminara políticamente, y aun se expropiara en sentido económico, a los burócratas detentadores del poder económico y social, no faltará otro sector de la clase intelectual que, gracias a su estructura apropiativa, se sustantive, se contraponga de nuevo al trabajo manual y, como antaño la burocracia, reconsolide el dominio de la clase intelectual. La tecnocracia, en efecto, se ha valido de críticas de "izquierda" a la burocracia para acceder al poder (el caso de Yugoslavia es una muestra de ello), y el resto de la intelectualidad, si bien hasta ahora ha permanecido al margen del control estatal, gracias a su estructura productiva y apropiativa desde el punto de vista técnico-funcional, no está muy lejos el día en que exija "su parte" del poder. Las luchas obreras en los países de Europa Oriental (Alemania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia) se han caracterizado por su orientación *antiburocrática y consejista*. Pero esta orientación no se identifica con un planteamiento socialista. Son demandas necesarias, pero insuficientes. La tecnocracia, en primer término, y la intelectualidad humanística y académica en segundo, se está aprovechando del descontento popular para exigirle a la burocracia estatal y partidaria que abra los canales que les permitan concurrir en la toma de decisiones a nivel central. Pero el gran ausente, el excluido por sistema, es el trabajo manual.

Definir a un capital abstracto, a una *esencia abstracta*, como el enemigo primordial de la clase obrera, provoca que, por un lado, se confunda el estrato hegemónico de la clase intelectual con la clase en su conjunto, facilitándole así las cosas a aquellos sectores de la intelectualidad que si bien son antiburocráticos, lo son desde una posición igualmente egoísta y elitista. Esto supone un error etapista y gradualista. Primero, luchemos contra la burocracia capitalista, luego contra la división del trabajo y contra la división sexual del trabajo, etc. *Esta concepción etapista puede convertirse en el último reducto de la ideología intelectualista, ya que propicia el ascenso al poder de sectores "de avanzada" de la clase intelectual como son la tecnocracia y la intelectualidad científica.*

El manejo del *capital social* en los regímenes del MPI está condicionado a la posesión o no de los medios intelectuales que se requieren para hacerlo. Hasta ahora la burocracia ha sido en general el sector hegemónico en lo que al control del aparato se refiere; pero el ascenso tecnocrático –o la simbiosis de tecnocracia y burocracia– es clarísimo. Incluso en algunos países la tecnocracia ya tiene acceso a la planificación central, que deviene *planificación tecnoburocrática* (como en Yugoslavia y, al parecer, en la China de Teng Siao-Ping).

De acuerdo con lo anterior, el enemigo fundamental de la clase obrera manual de tales países no es otro que la *clase intelectual* en su conjunto.<sup>796</sup> La clase manual no tiene otra posibilidad de acceder al poder que la de echar a andar una *revolución cultural* que pugne por la socialización de las

condiciones culturales de la producción, único remedio contra la sustantiva-ción de los monopolizadores del conocimiento.

La *esencia* de este nuevo modo de producción *intelectual* (tecnoburocrático) no está conformado sólo por la categoría autónoma (como el *capital*) ni una red funcional derivada de ella (como las relaciones capitalistas), sino por un sistema de categorías en que tanto el capital (como *capital social*) cuanto sus detentadores aparecen como uno de los elementos de la articulación general que constituye un modo de producción que se distingue, sí, del socialismo; pero que se diferencia también, y en la misma medida, del capitalismo. La *esencia* de los países "socialistas" no es, por consiguiente, algo que está "por debajo" de una superficie y que resulta invisible a simple vista. No es una metafísica substancia capitalista. La *esencia* reside en la *nueva articulación de las categorías*. Se puede hablar, desde luego, de una apariencia; pero el fenómeno consiste en el desconocimiento de la *relación*. La topología no va de lo externo a lo interno, en sentido especial, sino de lo externo (como desconexión) a lo interno (como trabazón de fenómenos). Si no advertimos que todo ha sido revolucionado (que el capital, el salario, la plusvalía, etc., ya no son los conceptos económicos capitalistas, sino que, trabados de diferente manera, generan una *esencia* distinta); si no advertimos que la naturaleza de un sistema brota, del todo orgánico de sus múltiples relaciones, no lograremos nunca entender la especificidad del nuevo modo de producción, y caeremos en un error de incalculables consecuencias teóricas y políticas.

Hagamos una comparación, a manera de resumen, entre la posición de los teóricos del capitalismo de Estado y la nuestra.

POSICION DE LOS PARTIDARIOS DE QUE LA ESENCIA DE LOS PAISES "SOCIALISTAS" ES EL CAPITALISMO DE ESTADO	POSICION NUESTRA
---	------------------

<p>Ven la esencia como algo interior (capitalista) contrapuesto a lo exterior.</p>	<p>Vemos la esencia como la síntesis de múltiples relaciones y determinaciones (como trabazón interna de fenómenos).</p>
<p>Ven la esencia como postulada o construida.</p>	<p>Vemos la esencia como la articulación de las categorías no postulada sino descubierta.</p>
<p>Emplean, en el fondo, un método analógico.</p>	<p>Pretendemos entrar en conocimiento de la especificidad.</p>
<p>No ven el sistema real. Las categorías económicas, etc., mantienen una relación externa entre ellas.</p>	<p>La relación entre los fenómenos es interna y constituye un sistema.</p>
<p>Abren la puerta a una concepción continuista o graduista de la historia.</p>	<p>Subrayamos el carácter continuo y discontinuo del proceso histórico.</p>